# En los muelles de Brooklyn
## Maxwell Grant




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

## *CAPÍTULO I*
## *RUFIANES NOCTURNOS*

Seis hombres hoscos y silenciosos, iban sentados en el interior de un viejo coche de turismo, que, con ruido ronco, avanzaba velozmente por la obscura calle. Con las cortinillas echadas, el coche serpenteó entre elevados pilares, torció bruscamente hacia la derecha y luego, patinando, volvió a virar hasta detenerse junto al bordillo, delante de una manzana de casas de siniestro aspecto.

El hombre corpulento que iba sentado junto al conductor, lanzó un gruñido.

Llevaba levantado el cuello de la chaqueta, el sombrero echado sobre los ojos, y la mano derecha, hundida en el bolsillo, apretaba con fuerza un objeto duro y metálico.

-Este no es mal sitio-murmuró.

Comprendiendo, el chófer quitó el contacto y apagó las luces.

Uno de los otros abrió con precaución la portezuela posterior.

-Voy a descargar a Louie-sonó un susurro.

El hombrachón, volviendo su robusto torso, se inclinó hacia atrás y habló rápido por la comisura de los labios.

-Louie está bien donde está. Me sorprende que habiendo vivido tanto, seas tan bruto. Si dejases a Louie aquí verías que pronto tendríamos a los sabuesos de la ciudad sobre nuestra pista. Por lo visto tú lo que quieres es estropearnos el negocio a nosotros y al Tim.

"Por tontos que fuesen, los agentes no tardarían en figurarse que Louie había tratado de inmiscuirse en nuestros asuntos. Louie se queda. Encárgate tú de calentarle.

El corcovado que estaba detrás, refunfuñó: -No me gusta viajar al lado de un fiambre.

Pero la portezuela volvió a cerrarse suavemente.

De los seis atezados pasajeros del coche, cinco estaban vivos.

Ernie, el hombre corpulento que era el jefe, abrió con precaución la portezuela y atisbó fuera. Sus ojos bizcos se esforzaban por perforar la obscuridad. De lejos llegó el solitario estruendo de un tren elevado. Fuera de eso, el silencio era absoluto.

Blasfemó entre dientes. Luego, un instante después, repentinamente quedó atento. A través de la quietud oyó el débil ruido del motor de un camión de gran tonelaje.

Los ojos de Ernie chispearon. Los tres hombres del asiento posterior cambiaron de posición ligeramente, distendidos por la expectación, sus ojos de rata.

Pronto las luces de unos faros iluminaron el parado coche de turismo. Los frenos del vehículo que se aproximaba, una gran conductora de un guardamuebles, entraron en acción.

De su cubierto pescante, saltaron a tierra dos hombres. Parecían tener prisa, se mostraban impacientes por quitar de en medio el coche que les impedía el paso. Vociferaron malhumoradas preguntas.

-¡Duro con ellos¡-escupió Ernie.

De pronto las encortinadas portezuelas del coche de turismo giraron sobre sus goznes, abriéndose. Salieron loe gangsters y en tropel, se lanzaron sobre los hombres de la conductora.

Refriega rápida. Jadeante ruido de golpes. Un puño enfundado en metal dio contra la mandíbula del más alto de los hombres, el chófer de la conductora, que cayó al suelo como una bolsa de papel mojada.

EL más pequeño forcejeaba con dos gansters, y por fin se desplomó como muerto recibir detrás de la oreja, el golpe de una pesada llave inglesa.

-¡Destrozad la carga!-ordenó Ernie en voz baja.

Las delgadas siluetas de los rufianes se movían rápidas, como fantasmas, en la obscuridad. Dos de ellos subieron al asiento del chófer; dos más corrieron a la parte trasera del vehículo.

Una corta palanca de hierro de la que era portador uno de la última pareja, había sido ya insertada entre los tableros posteriores. Echó sobre ella todo su peso. Los tableros crujieron. Y el ruido se confundió con una exclamación de aviso, emitida en tono bajo por el otro gángster que estaba junto a él.

Señalaba un sedán pequeño y bajo, que se dibujaba junto a la acera a pocos pasos de ellos. Tan silenciosamente había llegado, rodando a motor, que ninguno de los malhechores le había visto acercarse.

El rufián de la palanca de hierro se volvió bruscamente. Cuando lo hizo, un sonido peculiar y sibilante llegó de la entreabierta ventanilla posterior del coche en tinieblas.

El gangster dio un grito. La palanca de hierro resonó en el empedrado. Se cogió la muñeca.

-¡Tira con silenciador-gruñó el hombre herido.-¡Cuidado... ¡

Otra vez se dejó oír el silbido. Repentinamente, el compañero del herido se desplomó.

Ernie corrió en derredor, escudriñando, pistola en mano.

-¡Volcad la conductora¡ ¡Apoderaos del coche¡-gritaba, acercándose al sedán. De un tirón abrió la portezuela, con la pistola levantada.

La pistola de grueso calibre fue blandida hacia abajo. Pero el golpe no llegó a producirse.

Una mano poderosa e invisible surgió de la obscuridad; dedos como de acero asieron la gruesa muñeca de Ernie.

Un retorcimiento rápido y fuerte, y Ernie se encontró tendido, boca arriba, en el suelo.

Al mortecino fulgor de los faros de la conductora, una figura vestida de negro se lanzó al ataque. Cual enorme murciélago de forma humana, la figura golpeaba con los puños. A cada golpe, un gángster se desplomaba.

Los golpes fueron seguidos de una risa burlona, imponente, siniestra. El misterioso entrometido, se había desvanecido como el humo. Mas el sedán pequeño y bajo, se alejaba tan rápido y silencioso como había llegado.

Ernie se alzó sobre las rodillas a tiempo para ver deslizarse al coche velozmente como una sombra.

Como hipnotizado, Ernie se tambaleó; el recuerdo de aquella risa burlona seguía tíntineando aún en sus oídos.

Pero entonces llegó hasta él un ruido más terrenal, más apropiado para estimular al gangster a la acción.

¡La estridente alarma del silbato de un policía!

Ernie luchó por mantenerse en pie. Descansó un momento apoyándose en el guardabarros de la conductora y luego, con las manos en los bolsillos y el ala del sombrero echada hacia delante, se encaminó, sin apresurarse, en dirección opuesta a aquella por donde había venido la ráfaga amonestadora.

Sabía que los bandidos que yacían en la calle sin sentido, no hablarían, a menos que quisieran renunciar  seguir viviendo.

## *CAPÍTULO II*
## *RACKETERS DESAVENIDOS*

El Hotel Spartan era una vieja hostería de tercera clase que se alzaba cerca del ángulo da la parte baja del East Side. Habían transcurrido muchos años desde que aquel lugar conociera días de prosperidad. Estaba rodeado de bajos y arruinadas edificios, y el ferrocarril elevado pasaba por delante de sus mugrientas ventanas.

Un hombre robusto penetró en el edificio por la puerta abierta. Observó a los haraganes que estaban por el vestíbulo, y después emprendió la subida de la escalera alfombrada de gutapercha. Si se hubiese detenido para echar una mirada a través del amplio ventanal del vestíbulo, habría podido ver una forma indefinida fundirse en las tinieblas.

Llegado al cuarto piso, se detuvo frente a la puerta de una habitación y llamó suavemente.

-¿Quién está ahí?-murmuró una voz.

-Ernie-replicó el visitante.

La puerta se abrió y Ernie avanzó dentro. La puerta se cerró tras él.

Momentos después, hubo un movimiento en el rellano donde estaba la habitación cuya puerta acababa de cerrarse. Durante un breve instante, la forma de un ser humano se dejó ver, luego desapareció: era una figura que retrocedió hacia la escalera que conducía a la planta baja.

Dentro de la habitación del hotel, dos hombres estaban frente a frente, iluminados por una luz mortecina. Formaban una extraña pareja, en aquella estancia anticuada con varias sillas desvencijadas y una otomana en el rincón.

-¿De qué se trata, Ernie?-preguntó el hombre alto y rudo que estaba en la habitación-. ¿Qué te ha sucedido?

-¡Nada, Tim!-gruñó el interpelado-. ¡Nada de particular! ¡Dame un trago! ¡Quiero hablar contigo!

Tim fue hacia un cuarto interior, dejando la puerta abierta.

Este cuarto era pequeño. Contenía una mesa de escritorio, dos sillas y una caja de caudales. Sobre la mesa había una maquina de escribir. Junto a ella se alzaba una pila de papel de cartas con el membrete "Asociación de Seguridad de Guardamuebles".

El llamado Ernie llegó adonde estaba Tim, cuando éste llenaba para él un vaso de licor. Ernie tragó el líquido de un solo golpe.

-Siéntate un minuto, Tim-dijo.

Tim puso el corcho en la botella, enojado y obedeció. Miró con asombro cómo Ernie apagaba la luz, de manera que sólo quedaba el débil reflejo del otro cuarto.

Tim observó también cómo Ernie cautelosamente levantaba la persiana de la ventana y miraba hacia abajo a la obscuridad de la callejuela. Luego bajó la persiana y encendió la luz.

-¿A qué viene todo esto, Ernie?-preguntó Tim.

-Si quieres saberlo-gruñó el visitante,-¡yo te lo diré! ¡El negocio de almacenajes de Tim Waldron ha recibido rudo golpe este noche!

-¿Sí?-Había amenaza en el tono de Waldron-. ¿Sí ¿Y qué le pasaba a Shires, el hombre que cuenta con tantos pistoleros de categoría?

-A mí no me pasaba nada-replicó Shires-. En cuanto a los pistoleros... son tuyos ¡no míos! ¡Por mi parte, puedes quedarte con todos a céntimo por cabeza.

Waldron se recostó en la silla. Frunció el entrecejo mientras echaba la colilla de su cigarro en un rincón y sacaba otro puro del bolsillo.

Por un momento sus ojos fueron amenazadores; luego su voz se volvió más suave.

-Desembucha, Ernie-dijo.

Shires le miró con desconfianza. Cruzó el cuarto y se apoyó contra la pared.

La palidez había desaparecido de su rostro. La dureza de sus facciones era aún más pronunciada.

-Antes de que empieces-dijo Waldron tranquilamente,-será mejor que te refresques la memoria acerca de lo que te dije anoche. ¿Recuerdas? Te he estado pagando mil dólares semanales, en espera de necesitarte alguna vez.

"No te he metido a hacer recaudaciones porque me olía que algo iba a ocurrir y no quería que te vieses mezclado en ese aspecto del negocio. Esos pistoleros... bueno, yo te di el dinero para pagarlos, pero tú los escogiste. ¡No lo olvides!

-Bien, he tenido un fracaso, eso es todo -dijo Ernie sombrío-. Conozco este negocio, Tim. Puede ser nuevo, pero tú lo llevas como muchísimos otros. Sacando dinero de todos esos guardamuebles y casas de mudanza. Haciéndoles tener la misma tarifa. Y procurando que ninguno se mueva de su propia demarcación.

"¡Con qué facilidad se fueron entregando! ¿Verdad? Hasta que ese individuo, Burton Brooks, te dijo: Eso se acabó, y armó otro tinglado para hacer lo mismo.

"Tu plan era bueno. Todo preparado para reventar una de las conductoras de Brooks. Aporrear al chófer y el encargado del camión. Hacerlos desistir y asustar a los demás. Hacer que el dinero volviera a ingresar en tu caja. Sencillo, ¿verdad?

-Sencillo, en efecto-replicó Waldron-. Y ahora permíteme que te diga una cosa, amigo. Esos conductores de camión están sindicados y yo he logrado irme metiendo en su sindicato.

"Es gente que tiene mucho apego al pellejo, y abandonarían a Brooks sí tuvieran la menor excusa. Por eso te dije que tuvieses pistoleros a mano para aporrearlos. ¿Lo hicieron?

-Empezaron a hacerlo, pero...

-¿Pero qué?

El gruñido de Waldron fue tan enfático como el de su visitante.

-Alguien metió baza y nos estropeó la combinación--replicó Shires.

-¿Cuantos individuos?-chanceó Waldron incrédulo.

-¡Uno!

-¿Y tenias allí a tu banda?

-¡Sí! Pero ese fulano llegó a hurtadillas y nos sorprendió. Tenía una pistola con silenciador. Liquidó a toda la pandilla... menos a mí.

-¡Un individuo, eh!-gruñó Waldron-. Esto me suena increíble y tú me pareces un cobarde!

Ernie Shires saltó hacia adelante desde la pared. Tim Waldron se levantó para salir a su encuentro. Durante unos momentos los dos hombres se miraron el uno al otro.

Luego Shires se volvió repentinamente y anduvo hasta al otro extremo de la habitación. Waldron, mascando la punta de su cigarro, ocupó de nuevo su asiento.

-¡De manera que dejaste colgada la faena!-dijo Waldron con desdén-. Sales a machacar a dos fulanos y a reventar una conductora... ¡y un solo pájaro os liquida a ti y a tu banda! ¡Buen racimo de pistoleros elegiste!

Shires apretó los puños, pero no contestó.

-Voy a decirte lo que esto significa-dijo Waldron fríamente-. Tú crees que representa el final de mi organización, al menos es lo que dijiste al entrar. Pues bien, ¡no lo es! ¿Te enteras? Lo que significa es tu propio final. Ni más ni menos.

"Lo sucedido me pone en un aprieto, porque cuando alguna vez falla un golpe como ése, los primos alzan el gallo y cuesta un rato largo enseñarles a volver donde estaban. Ahora ya estarán buscándome las cosquillas. ¡Pero de todos modos, tendrán lo suyo!

"El negocio de guardamuebles será mayor que nunca, cuando haya acabado con ellos.

-¿Sí?-respondió Shires. Él desafiaba ahora-. Bien, la mitad de tu banda ha quedado aplastada esta noche. ¡Pero yo no me acobardo! ¡Además, estoy dispuesto, decidido, entendérmelas con el resto de la banda.

-¡Escucha, amigo!-dijo Waldron-. Dijiste que esos eran mis pistoleros. ¡Tienes razón! ¡Lo son! Diez de ellos... que tú sepas

"Pero hay algunos de reserva que tú no conoces. ¡Tengo veinte más... y son duros! Matones de los muelles, algunos de ellos. ¡Brooks va a recibir lo suyo, así como sus compinches! ¡Y pronto, además!

"Conozco este negocio y estará muerto si lo dejo seguir así diez días. ¡Entonces ninguno pagaría!

¡Pero tendrán que pagar! Voy a hacerle papilla... lanzaré contra ellos toda mi banda. Con un hombre a la cabeza de la partida. ¿Qué te parece?

Una ligera sonrisa de lobo pasó por el rostro de Ernie Shires. Su animosidad quedó olvidada. Olfateaba grandes tareas en lo porvenir, en más paga sí tenia éxito.

-¿Me los vas a dar todos, eh?-preguntó-. ¡Esa es la base de todo, Tim! ¡Esa es¡ ¡Los liquidaremos como quien lava! !Y yo mismo también, me encargaré de echar el guante a ese sujeto que nos aguó la fiesta esta noche!

-¿Crees saber quién es?

La expresión triunfal de Ernie desapareció súbitamente. Miró de nuevo hacia la ventana. Se acercó a Tim Waldron y se sentó en una silla, junto a él.

-Escucha, Tim-la voz de Ernie era baja-. Ese individuo iba vestido de negro, completamente de negro... ¿Me comprendes?

-Llevaría luto por alguien, supongo-fue la sarcástica réplica.

-Completamente de negro-repitió Shires-. ¡Y cuando se marchó soltó una carcajada¡

-Nada tiene de particular. ¡Motivos sobrados tenia para reírse!

-¡Hablo en serio, Tim! ¡Esto no es ninguna broma!

"Solo uno podría luchar como él lo hizo... sólo uno podría reír de aquella manera. Y si tiene la intención de atraparte el negocio, necesitaré todos los pistoleros que vas a darme. ¡Todos!

-¿Por qué?

-¡ Porque creo que ese individuo es La Sombra!

Tim Waldron se reclinó en la silla y soltó una carcajada. Miró a Ernie Shires, y cuando vio la expresión grave de su secuaz, volvió a echarse a reír.

-¿También has oído tú esa historia?- preguntó-. ¿Un individuo vestido de negro llamado La Sombra? ¡Simplezas¡

-¡Existe de veras, Tim¡

-¡Ya! Es lo bastante real y verdadero- para asustar a los niños por la radio y a los tontos que se pasan la mitad de la vida viendo visiones.

"¡Pero si se propone estropear algún negocio ya puede esfumarse! ¡Y si empieza por el mío, está más que fresco! ¿Me entiendes?

Shires asintió, aunque convencido a medias. Tim Waldron notó su tibia expresión. Iba a replicar, cuando un teléfono zumbó al lado de la mesa. Waldron respondió,

-Muy bien-dijo al teléfono.-dile que aguarde exactamente diez minutos-. Entonces que suba y entre. ¿Comprendido?

Colgó el aparato y miró a Shires.

-¿Has oído hablar alguna vez de Cliff Marsland?-preguntó.

-¿Te refieres a un sujeto que encerraron por aquel robo en un banco de Brooklyn, hace algunos años?

-!EL mismo!

-Si, He oído hablar de él.

-Pues bien, ha salido de la Casa Grande ahora. Está abajo y va a subir a verme.

-¿Sí?... -Shires emitió el monosílabo en tono amenazador, mientras se echaba hacia atrás en la silla y se cruzaba de brazos-. ¿Y qué hay con eso?

-Es el lugarteniente que necesito... al menos creo que lo es -EL tono de Waldron era frío y calculador-. Va a ganarse mil dolores a la semana como jefe de mis pistoleros.

-Lo que quiere decir...

-¡Que quedas despedido, cobarde!

"No es el de esta noche el primer fracaso que he tenido. Alguno ha tratado de estropear mi negocio. Alguien ha ido diciendo a los "primos" que me quitasen del paso.

"Al fin he conseguido la colaboración de ese Marsland. Trabajará por más de mil dólares a la semana. ¡Hará lo que yo le diga, si quiere mantenerse lejos de la Casa Grande! ¿Me comprendes? ¡Es el adlátere que necesito!

"No hay más que un solo hombre que pueda llevar adelante mi negocio y ese hombre soy yo mismo, ¡Con un buen subordinado a mi lado, el negocio llegará a ser mayor que nunca!

"Tim Waldron conoce su propio negocio y cuando encuentra un secuaz cobarde, como lo es Ernie Shires...

Nunca se completó la frase. Al inclinarse Waldron hacia la mesa, Shires sospechó algo en su acción.

Como un relámpago, la mano de Ernie salió por debajo de su americana. El cañón de su automática se enterró en el cuerpo de Waldron.

Se oyeron dos sordas detonaciones. EL explotador de guardamuebles se desplomó sobre la mesa con los brazos extendidos. Ernie Shires rió sombrío.

Metió la automática en el bolsillo. Luego, como arrepintiéndose, sacó de nuevo el arma, limpió la culata con el pañuelo y la dejó sobre la mesa junto al cuerpo de Waldron.

-De modo que tenias tus pistoleros- dijo en tono bajo y sarcástico, dirigiéndose a la forma inerte del otro-. !Por eso había algunas caras nuevas en la portería esta noche! Estabas aquí, solo, aguardando a un sujeto de cuidado, a Cliff Marsland, quien ha sido avisado por tu banda. ¡Bien, que venga! ¡Veremos lo que le pasa!

Ernie Shires giró sobre sus talones y salió de la habitación. Únicamente quedó allí, el cadáver de Tim Waldron. De entre el chaleco de la víctima, que estaba en mangas de camisa, la sangre manaba en abundancia y formaba un charco carmesí sobre la papelera que ostentaba el titulo "Asociación de Seguridad de Guardamuebles".

El negocio de Tim Waldron- que sólo él podía controlar- no era más que un nombre e incluso ese nombre ¡se iba borrando literalmente en un mar de sangre!

Reinó el silencio en el aposento de la muerte. Silencio, sólo turbado por un ligero temblor del cristal de la ventana, que podía fácilmente haber sido causado por el paso de algún tren elevado al otro lado del viejo y agrietado edificio.

El charco de sangre se extendía por encima de la mesa, mientras la habitación de la muerte aguardaba la llegada de un nuevo visitante.

## *CAPÍTULO III*
## *EXTRAÑO ENCUENTRO*

El reloj de sobremesa del cuarto exterior del alojamiento de Tim Waldron había marcado diez minutos desde la salida de Ernie Shires. La puerta que daba al rellano de la escalera se abrió, y un hombre entró en el departamento.

Cerró cuidadosamente la puerta tres él. Se volvió para observar a su alrededor. No viendo a nadie, se sentó tranquilamente y encendió un cigarrillo.

La apariencia de este nuevo visitante era claramente diferente de la del maleante habitual que acudía al cuartel general de Tim Waldron.

No iba mal vestido, no con mal rebuscada elegancia. No representaba ninguno de loe dos extremos. No podría haber sido clasificado ni como brutal pistolero ni como atildado explotador de negocios ilegales.

Su rostro, también era distinto de las fisonomías habituales en el hampa. Sus facciones eran firmes y bien dibujadas. Sus ojos eran azules y el pelo rubio.

Se semejaba más el atleta deportista que al gangster.

Sin embargo, había una amenaza en su mandíbula cuadrada, y su expresión impasible indicaba un carácter enérgico.

Iban transcurridos casi ocho años desde que se identificó con el hampa de Nueva York. Ocho años es mucho tiempo en los bajos fondos de la sociedad.

¡No obstante el nombre de Cliff Marsland no había sido olvidado.

Mientras los minutos pasaban, Marsland conservaba su expresión de impasibilidad. Era un hombre que parecía acostumbrado a esperar. Con gesto mecánico encendió un segundo cigarrillo y después un tercero.

Cuando había dejado la colilla del último cigarrillo en un recipiente que hacía las veces de cenicero, Marsland observó el reloj de sobremesa. Había estado aguardando diez minutos. Se levantó y miró a la puerta entreabierta que conducía al cuarto interior. Fue hacia ella y dio unos golpes. No oyendo respuesta, entró.

Se detuvo en seco en cuanto pasó el umbral. Ni sorpresa ni confusión se reflejaron en sus firmes facciones. Marsland, simplemente, quedó inmóvil mientras contemplaba la forma de Tim Waldron que yacía de bruces sobre la mesa, con los brazos extendidos.

Marsland concretó la mirada en aquella parte de la habitación. Avanzó y examinó el cadáver con la fría precisión del hombre para quien la muerte no extraña.

Cogió la pistola que estaba sobre la mesa. La examinó de una manera superficial y a volvió a colocar como estaba.

Un ruido sordo llegó del extremo de la habitación. Marsland se volvió sin prisa.

Una vez más quedó inmóvil. En el rincón del cuarto, en lugar poco iluminado, estaba un hombre alto vestido de negro Formaba extraña e imponente figura, con una gran capa que le colgaba de los hombros.

Su sombrero de alas anchas, vueltas hacia abajo, mantenía su rostro en la sombra.

El único color que se distinguía en aquella masa negra, era una mancha de rojo, donde el forro de la capa estaba vuelto. El tono carmesí del forro rivalizaba con la sangre que cubría la mesa donde yacía el cadáver de Tim Waldron.

Cliff Marsland no se movió. Ni siquiera intentó coger el arma que estaba sobre la mesa. Estudió al hombre vestido de negro con firme mirada.

Durante algunos momentos ninguno de los dos se movió. Luego Marsland deslizó con calma la mano en el bolsillo de la americana. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Una risa sorda y burlona, salió del hombre del rincón. Por primera vez Marsland se estremeció. La cerilla cayó de sus dedos.

Súbitamente recobró su compostura y pisó la cerilla encendida.

El hombre vestido de negro salió del rincón. Extendió un brazo y con una mano enguantada de negro señaló en dirección a una silla. Marsland se sentó.

Chupaba todavía su cigarrillo, pero una expresión intrigada había aparecido en su rostro.

La sorpresa estaba unida al temor. Empezó a sentirse incómodo. No podía distinguir el rostro oculto por el sombrero de anchas alas... sólo el brillo de dos ojos que parecían profundizar en todo.

-Tú eres Cliff Marsland-dijo una voz susurrante. Marsland asintió con una inclinación de cabeza.

-¿Por qué viniste aquí- preguntó el hombre vestido de negro. Marsland señaló con el pulgar hacia el cadáver de Tim Waldron.

-Para verle-dijo conciso.

-¿Con qué objeto?-fue la pregunta.

Marsland se encogió de hombros.

Una risa tenue salió de debajo del sombrero de anchan alas. Incluso para Marsland, la risa era escalofriante. Cambió de postura inquieto y contempló estrechamente a su interrogador.

-Cliff Marsland-dijo la voz murmurante-. Este no era tu nombre... hace catorce años... cuando estabas en ultramar...

Marsland miraba incrédulo mientras la voz se perdía. Se movió ligeramente en la silla, buscando alcanzar un nuevo ángulo que le permitiese ver mejor al hombre vestido de negro. No lo consiguió.

-¿Acaso-dijo la voz-, recuerdas el pueblo de Esternay en la primavera de 1818... o tal vez aquel viaje a Monte Carlo, tres semanas después del armisticio? ¿Has olvidado a Blanton, cl francés...?

Marsland medio se levantó de la silla, sus manos se crisparon en los brazos, su rostro se puso tenso, y su cuerpo rígido con la reprimida excitación.

¿,Quién eres?-preguntó roncamente-. ¿Quién eres?

Una risa baja y susurrante fue la única respuesta. Su silbante sonido parecía salir de las paredes, del suelo, del techo, como si la misma habitación se burlase del que escuchaba. Marsland volvió a caer en su asiento.

-Como tú--dijo la voz-, soy un hombre cuyo nombre ha sido olvidado. No hablaremos más de los años idos. Tú eres ahora Cliff Marsland. Yo soy-la voz se detuvo impresionante y solemne-. ¡La Sombra!

-¡La Sombra!-repitió Marsland como un eco.

-¡Sí! Nunca me has encontrado en mi aspecto presente. Pues yo empecé mi nueva carrera mientras tú estabas en...

-Sing Sing -siguió Marsland.

-En Sing Sing--dijo la Sombra-. Allí estabas por un robo que no cometiste.

Cliff Marsland levantó la cabeza con súbita sorpresa.

-¿ Como lo sabes?-preguntó-. No me defendí...nunca lo negué...nunca.....

La voz baja de la Sombra le interrumpió.

-Basta conque conozca el hecho-dijo en tono suave-. Y no sé eso solo.

"Hubo otro crimen .. más grave.., un asesinato... que también se te atribuyó. No por la policía, pues no lo conocen; ¡sino por el hampa, cuyos secretos pertenecen a La Sombra!

Marsland asintió y continuó contemplando al hombre vestido de negro.

-Viniste aquí-continuó la Sombra-, porque fuiste llamado. Tim Waldron conocía tu secreto. Lo usaba como amenaza permanente sobre tu cabeza Te creía asesino, así como convicto de robo.

"No sabia lo que yo sé.., que te acusaste de un crimen por salvar a otro hombre. ¡que también aceptarías el otro, sí te lo atribuyesen!

El hombre sentado en la silla se movía inquieto. Tales revelaciones eran pavorosas. Contempló al hombre vestido de negro; luego miró a la figura caída de bruces sobre la mesa. Entonces, preguntó a su vez.

-¿Fuiste tú?-dijo, señalando hacia Waldron.

-No-replicó La Sombra-. ¡Este crimen se cometió con la sana intención de atribuírtelo a ti¡ La ironía del destino. Cliff Marsland ha hecho que otro crimen fuese planeado pensando en que pudiese serte atribuido.

"Una vez más eres un asesino... ¡por delegación!

Marsland miró desesperanzado el cadáver de Waldron.

-Viniste aquí-la voz de la Sombra parecía sonar muy lejos de su interlocutor -, reconciliado con la vida del crimen. Estabas dispuesto a secundar los planes de Waldron, a unirte a su banda de criminales, ya que se te consideraba como uno de tantos.

"Estás amargado por el lastre del pasado. Estás dispuesto a aceptar cualquier futuro, sí te produce ganancia. Pues bien. ¡yo te ofrezco un porvenir!

-¿Como el que Waldron tenía para mí?

-¡No! ¡No por la causa del crimen!

-¿Por la causa de la justicia, entonces? -Marsland rió con amargura-. ¿Por la justicia? ¡Preferiría el crimen!

-¡Ni por el crimen ni por la justicia¡- dijo la voz susurrante-.Tu futuro radica ¡en la causa de La Sombra! Servirme será tu único trabajo. ¿Aceptas?

Una extraña luz brillaba en los ojos de Clifford Marsland, cuando posó su mirada en el hombre vestido de negro. La habitación y cuanto le rodeaba le parecen cosas irreales.

A su lado, el cadáver de un hombre asesinado; frente a él, una figura misteriosa que poseía datos sorprendentes.

Todo ello se apoderó de su imaginación. Clifford Marsland no podía dar más que una respuesta.

-¡Acepto!-dijo.

-¿Prometes obediencia absoluta?

-¡Prometo obediencia absoluta¡

-¿Sin condiciones?-

-¡Sin condiciones!

Hubo un silencio durante el cual la importancia de sus palabras se grabó en el cerebro de Clifford Marsland. Entonces se dio cuenta de lo extraño de su situación.

Había venido a ser una figura del hampa por su encarcelamiento en Sing Sing, debido a un atrevido robo que le había sido atribuido. Se le creía un asesino. Era conocido en los bajos fondos. Había ido allí, aquella noche, en respuesta a una llamada.

Una claridad súbita sé hizo en él. !Cuando saliese, su reputación sería aun mayor! Cuando este pensamiento se le ocurría a Cliff Marsland, La Sombra habló.

-Un hombre yace asesinado en esta habitación-dijo con tono siniestro, el ser vestido de negro-. Era un bandido notorio, un hombre con pocos amigos, pero de gran reputación por sus hazañas.

"El matador de Tim Waldron adquirirá gran fama en el hampa ¡Pero sólo dos hombres-excepto el propio matador-conocerán la identidad del asesino! ¡Tú eres otro de ellos; yo soy el otro!

"Para el hampa, el matador de Tim Waldron será Cliff Marsland, la única persona que se supone ha visitado esta habitación esta noche. Nosotros dejáramos que se extienda el rumor.

"Pero escúchame bien, Clifford Marsland, mientras pronuncio el nombre del verdadero asesino: ¡Ernie Shires! Cuando mató a Waldron, planeaba tu muerte, pues supo que ibas a subir aquí y dedujo que el crimen te seria imputado.

!Recuerda el nombre de Ernie Shires! Cuando llegue la hora, te tocará el turno a ti. ¡Tú descubrirás el camino que conducirá a la perdición de Ernie Shires!

Los labios de Cliff Marsland se contrajeron enérgicos. Comprendió el significado de las palabras de la Sombra. Era la misma idea de venganza que tenia Marsland, la cual habla ido tomando cuerpo en él años antes, cuando se batiera en ultramar: y se habla robustecido durante los años de presidio sufridos,

-Tu misión no es matar-continuó La Sombra-. Eso quedará para otros. Tu trabajo es esperar y obedecer.

"Cuando salgas de aquí, dobla la esquina de la calle de más arriba del hotel. Verás un sedán que te espera a la entrada de la primera travesía. Entra en él y ve donde se te diga. Tendrás trabajo que hacer.

"Pero ahora nuestro tiempo es breve. Ernie Shíres salió de aquí sin ser molestado, porque su presencia se ignoraba. Tu caso es diferente. Has sido vigilado desde el momento en que pusiste el pie en este hotel.

"Afuera, en el corredor, hay hombres aguardando... los mismos hombres que viste en el vestíbulo. ¡Ábrete paso a través de ellos! Baja por las escaleras del lado del ascensor. Una vez en la calle, huye hacia donde te he dicho. ¿Estás dispuesto?

Marsland sonrió ceñudo. Y asintió, haciéndose fuerte para acometer la aventura que tenia por delante.

-¡Coge esa pistola!-le ordenó La Sombra, señalando a la mesa.

Marsland obedeció.

-¡Recuerda-la voz de la Sombra parecía un siseo-que eres un asesino que huye! ¡Cinco segundos más y no tendrás que elegir! Espera allí... en la puerta de la habitación exterior.

Una mano enguantada de negro, salió de la capa forrada de rojo. Una automática apareció en la mano de la Sombra.

Apuntando con el arma por debajo la persiana a medio echar de la ventana, el hombre vestido de negro disparó dos tiros seguidos. Luego, rápidamente, saltó al otro lado de la habitación y apagó la luz.

Cliff Marsland comprendió. Los dos disparos fueron a beneficio de los que vigilaban en el comedor. Se habían hecho con la intención de que se consideraran como los tiros que habían matado a Tim Waldron.

Al mismo tiempo que estos pensamientos cruzaban por la mente de Marsland, la puerta de la habitación exterior se abrió, y tres hombres se precipitaron dentro del departamento.

Rápido como un relámpago, Marsland se escondió detrás de la puerta y extendió el brazo hacia los atacantes vengadores.

Dos tiros salieron de su automática. Uno de los hombres cayó. El segundo se bamboleó al tropezar con el cuerpo caído. La vista de lince de uno de los pistoleros descubrió a Marsland, agazapado.

Con un grito de venganza, el gángster le encañonó su automática. Marsland vió el peligro un instante demasiado tarde.

A la sazón, mientras Cliff continuaba siendo un blanco perfecto para el pistolero, dos detonaciones vinieron de la obscuridad de la habitación interior.

¡La Sombra, siempre vigilante, había salvado la situación! El enemigo de Marsland cayó.

EL tercer hombre estaba en el umbral. Cliff saltó sobre él cuando penetró en la obscuridad. Un golpe rápido con la culata de la pistola y el tercero de los pistoleros de Waldron cayó a su vez.

Cliff miró rápidamente por encima de su hombro buscando a La Sombra. El hombre vestido de negro había desaparecido. Sólo la persiana de color claro crujía en las tinieblas.

¿Dónde estaba La Sombra?

No era tiempo de inquirir. Cliff recordó las instrucciones recibidas.

Se precipitó al cuarto exterior. AL llegar a la puerta, instintivamente, se detuvo. Era tiempo. La boca de una automática amenazaba cuando un cuarto pistolero salió de su guarida. Los disparos sonaron simultáneos.

Cliff se tambaleó dolorido al recibir un balazo en el hombro. Pero su propio disparo no había errado el blanco. El otro hombre yacía en el suelo.

Cliff apagó la luz de la habitación exterior y se arrimó a la pared. Fue un prudente movimiento, pues un quinto hombre acababa de aparecer en el corredor.

Los hombres heridos en la habitación ulterior disparaban ahora a ciegas, en la obscuridad, hacia la puerta abierta de la habitación exterior, EL recién llegado no era visible para ellos. Ignorante del peligro pasó el umbral de la puerta exterior, y cayó víctima del fuego de sus compañeros,

Agachándose, Cliff pasó por encima del cuerpo, y se precipitó escaleras abajo.

Todo fue bien hasta que llegó al vestíbulo. Allí vaciló, mientras el lugar iluminado parecía que giraba a su alrededor. Vio hombres allí; no esperó a decidir si eran pistoleros o simples huéspedes del hotel. Hizo dos disparos y vió a los hombres correr, como ratas, buscando donde guarecerse.

Se precipitó a la puerta, haciendo otro disparo por el camino. En respuesta llegaron detonaciones desde el mostrador que tenia a su espalda. El dependiente trataba de impedir su huida, pero los disparos no hicieron blanco.

Por un instante, Cliff, vaciló al llegar a la calle. Momentáneamente estaba confuso, sin saber qué camino tomar. Entonces el aire frío le reanimó.

Se volvió en sentido paralelo a la línea del ferrocarril elevado, y corrió a lo largo de la acera. Un hombre salió a cerrarle el paso, pero se tambaleó y cayó cuando Cliff usó de su automática. Llegaban balas desde la fachada del hotel, mientras la esquina estaba todavía a bastantes metros de distancia.

Cliff casi resbaló al cogerse a un grueso farol y se volvió para disparar las balas que le quedaban contra sus perseguidores. Vió cómo los hombres saltaban alocadamente para procurarse refugio.

Entonces emprendió la última carrera hacia la meta. Los perseguidores hicieran un último intento desde larga distancia, cuando Cliff llegaba a la esquina. Una bala rebotó en la acera y le hirió en una pierna.

Tropezó y cayó; luego se arrastró rápido hasta doblar la esquina y se puso en pie, agarrándose a la pared de un edificio con la mano derecha.

Vio el coche ante él, esperando a la entrada de una callejuela. Fue dando trompicones hacia adelante, preguntándose si conseguirla alcanzarlo. Sus pies parecían incapaces de movimiento. Resbaló y se inclinó hacia adelante agarrándose a la pared de una casa que estaba a un lado.

Alguien le sostuvo antes de caer. Para la mente exaltada de Cliff, era como sí una masa de obscuridad hubiese adquirido vida. Entonces unos manos poderosas lo levantaron en vilo los últimos metros, y se sintió depositado en el interior del coche.

Sabía que La Sombra le había salvado. En cierto modo comprendió lo sucedido: la extraña desaparición del enlutado y el crujido de la persiana de la ventana del cuarto de Tim Waldron.

¡La Sombra había ido y se había marchado por la pared exterior del edificio¡

¡Sobre la negra callejuela había trepado, como una mosca humana, por la superficie de salientes ladrillos!

¡Cuando disparó los tiros que atrajeron a los amenazadores gangsters, había dejado la habitación por su propia salida-por la ventana-para esperar en el sedán la llegada de Cliff!

Las ideas se confundían en la mente de Clifford Marsland. Notó que el coche se movía, separándose del bordillo de la acera, y que aceleraba luego la marcha. Se oían tiros en alguna parte, atrás, muy atrás. Loe perseguidores quedaban burlados.

La pierna le dolía. El hombro le tenla inválido. Estaba débil y desfallecido

Los episodios que acababan de ocurrir iban haciéndose confusos.

La cabeza de Cliff cayó hacia atrás. Fue a dar contra el cojín del asiento posterior. Abrió los ojos y se imaginó que veía sobre él una forma negra, con dos puntos brillantes, que relumbraban como los penetrantes ojos de La Sombra.

Entones sus propias ojos se cerraron y se hundió en la inconsciencia.

## *CAPÍTULO IV*
## *DURGAN "EL MATADOR"*

Fue a la mañana siguiente cuando Ernie Shires entró en el vestíbulo del Larchmont Court, uno de los más nuevos hoteles de departamentos de Manhattan. El gangster de rostro duro iba vestido fastuosamente en tan solemne ocasión.

Miró a su alrededor con una sonrisa de aprobación mientras, mentalmente, contrastaba loe elegantes alrededores de este departamento con el decadente vestíbulo del Hotel Spartan. Silbaba suavemente para sí, mientras penetró en un silencioso ascensor y pidió el piso veintiuno.

-¡Diantre¡-murmuraba Ernie, mientras el ascensor ganaba rápidamente piso tras piso-. ¡Esto es una banda¡ Este Durgan debe ser un gran jefe. ¡Tim Waldron no podía ni soñar una cosa así!

El ascensor se detuvo y Shires puso los pies en la espléndida alfombra del corredor. Miró en ambas direcciones; luego, fijándose en los números de las puertas, fu hacia la derecha y se detuvo frente a la entrada de un departamento del rincón. Llamó y le abrieron.

De nuevo, Ernie Shires quedó sorprendido de cuanto le rodeaba. Estaba en una habitación amueblada y decorada con suntuosidad extrema. Parecía notar el grueso de la mullida alfombra que tenia bajo los pies.

En las paredes colgaban tapices de precio. Butacas y mesas, talladas en pesada caoba, hablaban de lujo.

Los ojos de Ernie vagaron por el cuarto, y miró con gran interés hacia un diván en el que estaba reclinada una hermosa muchacha. Su traje, de varios colores, constituía el único punto brillante en la habitación iluminada por una luz suave. La joven tenia el cabello rubio, y miró a Ernie con ojos lánguidos.

Luego, como el gangster continuase mirando hacia ella, la joven volvió los ojos al techo y se llevó un cigarrillo a los labios. Parecía indiferente a la presencia del recién llegado mientras echaba una bocanada de humo.

Ernie volvió de pronto a la realidad. No ignoraba la razón por la cual la rubia obraba de aquel modo. Los hombres del hampa son celosos de sus mujeres. Ernie estaba allí por negocios. No era prudente para ella, atraer su atención.

Ernie Shires se dio cuenta de su falta e inmediatamente la reparó. Se volvió hacia el otro extremo de la habitación, donde dos hombres que estaban sentados, tenían la vista fija en él.

Uno de ellos era de mirada tranquila y rostro grave. Desde luego, se trataba de un visitante. EL otro hombre fue quien atrajo enseguida el interés de Ernie.

No precisaba presentación.

Ernie le reconoció como ¡Durgan "el Matador", pistolero de lujo¡

Nadie había estado más desplazado que Durgan en aquel suntuoso ambiente.

Era un hombre de rostro sádico y cruel, que dejaba adivinar una naturaleza implacable y brutal.

Más de un malhechor se había acobardado ante el rostro arrufado de Durgan "el Matador", pero Ernie Shires no siguió su ejemplo. Lejos de ello, correspondió a la mala mirada de soslayo del hombre, con una sonrisa.

Durgan "el Matador" era un hombre de su gusto. En él, Shires reconocía sus propios rasgos. Habla oído decir que Durgan "el Matador", era un hombre que no se detenía ante nada. Ahora estaba seguro da ello.

Durgan saludó con una lenta inclinación de cabeza mientras inspeccionaba a Ernie Shires. Evidentemente, él, también, estaba complacido. El gangster de rostro duro que se había puesto en pie ante él, merecía su aprobación y mientras le saludaba satisfecho, Durgan dio a sus labios un gesto malicioso.

-¿Tu eres Shires?-preguntó con voz estridente.

-Si-replicó Ernie.

-Siéntate.

Durgan se dirigió al hombre que tenia a su lado,

-Bien, Mike-dijo-. Puedes marcharte. Llámame mañana.

El hombre de rostro grave asintió. Se levantó y salió de la habitación, pasando junto a Shires sin mirarle.

Durgan se volvió hacia el rincón donde la muchacha rubia seguía contemplando las ascendentes nubes del humo de su cigarrillo.

-Lárgate Madge-ordenó Durgan.

La joven se levantó y cruzó la habitación. Abrió la puerta y penetró en otra habitación del departamento.

No miró a Shires al salir. Los secuaces de Durgan "el Matador", actuaban como autómatas humanos cuando recibían sus órdenes.

Ernie Shires sonrió de nuevo, admirado del hombre.

-¿Qué se proyecta?-preguntó Durgan de pronto.

Shires se encogió de hombros.

-Trabajaba para Tim Waldron-dijo-. Lo liquidaron anoche. Feo es todo.

Durgan "el Matador" medio cerró los párpados mientras contemplaba a Shires. Levantó su labio inferior de una manera desagradable.

-¿Qué hacías para Waldron?-preguntó.

-Mandaba sus pistoleros-contestó Shires.

-¿Quién lo despachó?

-Un tal Clifford Marsland.

-¿Qué piensas hacer?

-¿Yo?-Ernie se encogió de hombros-. ¿Qué podría hacer? Yo no era el guardián de Waldron.

-¿Estabas con él por el dinero, verdad?

-Desde luego. Yo cobraba lo mío, del negocio de Waldron. Mil dólares a la semana por hacer trabajar a los pistoleros. Pero ¿por qué había de preocuparme? No estoy a dieta todavía. Me falta mucho para estar arruinado.

Durgan "el Matador" meditaba. Continuó estudiando a su visitante.

Sabia muy bien por qué Shires había ido a verle. Si no hubiese comprendido el objeto de la visita del gangster, no le habría recibido. Shires buscaba colocarse con Durgan y Durgan deseaba averiguar algunas cosas acerca de las anteriores relaciones del gangster con el difunto Tim Waldron.

Había aprendido ya un hecho; que Shires estuvo trabajando para Waldron con arreglo a un convenio estrictamente comercial. Esto le complació.

Tenía razones para no desear un hombre en el que alentase la idea de la venganza. No deseaba embrollarse en una contienda a causa de la muerte de Tim Waldron. Sin embargo, quería saber más.

-¿Por qué mató Marsland a Waldron? -preguntó.

-No me lo preguntes a mí.

-¿Quería tener participación en el negocio de Waldron?

-No. Waldron tenía la sartén por el mango. Su negocio era muy importante y lo llevaba bien.

-¿Acaso ese Marsland cree que él puede hacer otro tanto?

-¿Marsland?-Shires pronunció el nombre con desprecio-. ¿Él? Acaba de salir de la Casa Grande. Todo lo que hizo anoche fue liquidar el negocio para siempre. ¿Has visto los periódicos, verdad?

Durgan "el Matador" denegó meneando la cabeza. Su gesto era una mentira silenciosa. Había leído todo lo referente a la muerte de Tim Waldron, pero quería oír la versión que Shires iba a ofrecerle.

Ernie Shires se inclinó hada adelante, y comenzó su relato:

-Waldron explotaba el negocio de guardamuebles y mudanzas. Los primos empezaron a graznar. Fueron con el cuento a la policía y todo lo demás, pero Waldron tenia buenas aldabas y no pudieron colgarle nada.

"Así las cosas, Cliff Marsland llegó anoche y lo mandó al otro barrio. Eso acaso le hubiera salido bien, a no ser porque Waldron tenia un puñado de hombres vigilando a Marsland. Estaban en el corredor de las habitaciones de Waldron, cuando se hizo fuego.

"Trataron de poner fuera de combate a Marsland. Este, en cambio, se abrió paso y escapó. Había un sujeto en la banda que era un verdadero compañero de Waldron. Era Hymie Bergerman.

'Entró en el preciso momento en que uno de su propia banda sacó una pistola para despachar a Marsland. Hymie recibió el plomo por accidente. Cayó a consecuencia del balazo de su compañero. Esto hizo que se armara una gran confusión.

"Se dispararon muchos tiros en el Hotel Spartan y la policía llegó. Todo estaba revuelto y fuera del cuadro como mudos testigos del caso, los cadáveres de Tim Waldron y de Hymie.

"Los policías encontraron en la habitación de Tim Waldron, todas las pruebas-papeles, listas, etc.-demostrativas de que era jefe del negocio de mudanzas.

'Alguno de los agentes pone a prueba su listeza y logra aclarar la situación. Suelta después la espita de todo lo que sabe, y los moscardones de la prensa se echan encima a ver que pescan. Ahora todo rueda por las primeras páginas de los periódicos y el negocio se ha ido al agua

-¿AL agua, eh? -rió Durgan "el Matador"-. ¡Ese Waldron tenia mucho que aprender! ¡Se creía un gran jefe!

-Tal como llevaba el negocio, debía creer que contaba con alguna protección sobrenatural.

-¡ Sigue ¡

-Eso es todo lo que hay en el asunto.

-¿Todo? ¿Dónde estabas tú? ¡Me figuré oírte decir que dirigías a la gente de Waldron¡

Ernie Shires se pasó la lengua por los labios pensativo. Sospechaba que Durgan "el Matador" sabia más de lo que pretendía.

Durgan era un bandido de monta. Era probable que su ignorancia fuese fingida. Shires se preguntaba sí a oídos de Durgan había llegado el fiasco en que él figurara. Decidió sondearle.

-Hice muchos y buenos trabajos para Waldron-dijo-. Anoche tenia entre manos uno... poco más o menos a la hora en que fue liquidado Waldron.

-¿Sí? - Durgan pareció inquisitivo-. !Cuéntamelo!

-Había seis de nosotros-explicó Shires-. Íbamos a reventar una conductora perteneciente al guardamuebles de un tal Brooks. Estábamos allí para dar un susto al chófer y chafar la mercancía.

-¿Lo hicisteis?-Había un tono agudo en la pregunta de Durgan.

-Pues bien, no-admitió Shires-. La conductora llevaba un coche de escolta. Un tío nos atacó con una pistola provista de silenciador. Le desviamos los tiros, pero tuvimos que retirarnos.

-¡Tuviste que retirarte!-replicó Durgan despreciativamente-. ¡Me refiero a ti... no a los pistoleros que iban contigo! Parte he leído, sin embargo, en los periódicos.

"Esos muchachos fueron atrapados por la policía. Y la redada ayudó a paralizar el negocio de Waldron. Así empezó la cosa

Durgan se echó a reír.

"¡Así empezó la cosa-repitió-, y tienes la frescura de presentarte aquí y querer que te tome a mi servicio¡ ¿Mil a la semana cobrabas? ¡No es de extrañar el mal fin de Tim Waldron!

Un malhechor menos empedernido que Ernie Shires se hubiese acobardado ante el desprecio de Durgan. Pero Shires no era un gangster vulgar.

¡Mil a la semana!-dijo Shires lentamente-. Esto estuve cobrando de Waldron... y eso es lo que valgo para ti, Durgan! ¿Me comprendes? ¿Quieres saber por qué? ¡Ya te lo diré!

Esperó unos momentos para que Durgan desease saber lo que le iba a decir, y luego continuó:

-¿Crees que fracasé en el "trabajo" de anoche?-dijo-. Eso es lo que todos piensan.., aunque no saben quien soy yo. La policía no sabe que uno-que soy yo-se largó.

"No ha habido delator alguno entre los pistoleros. Nadie sabe que yo estaba allí... es decir, nadie que vaya a ir con el cuento. Yo te lo digo, precisamente, porque tengo algo más que contarte.

"Yo sí sé quién estropeó el trabajo. ¡No fueron los policías, ni nadie relacionado con la policía! ¡Fue algún otro... y yo sé quién es¡

Durgan "el Matador" le miró severo, la fría sonrisa burlona escondida en las comisuras de sus labios brutales. Pero sus ojos brillaban con interés.

-Muy bien, muchacho listo. ¿Quién fue? ¿Algún pájaro que se la tenia jurada a Waldron?

Shires extrajo un cigarrillo de un paquete y lo encendió antes de contestar:

-¡Seguro qué es uno que se la tenia jurada a Waldron! Y quizá, él mismo, fue quien lanzó a Marsland contra Waldron. ¡Uno que te la tiene jurada a ti, también¡ Y tal vez acabe contigo de la misma manera.

"¡ Va detrás de ti y de cualquier otro pájaro que explote negocios de esa índole en la ciudad! ¡Y yo soy el truchimán que sabe de qué se trata! ¿Me comprendes?

Shires echó el humo por las narices.

-Mil a la semana, Durgan-sugirió con suavidad-. ¿Lo vale para ti... el seguir viviendo?

Durgan "el Matador" se puso pensativo. Poseía el don de la astucia y la marrullería. Su desprecio era fingido, sus muecas burlonas falsas. Tenia un sentido de percepción que a Tim Waldron le había faltado.

Observaba a Ernie Shires y leía en él como quien lee en un libro. No ignoraba que Shires era pronto en el pensar y tan observador como él mismo.

Y quería saber lo que Shires sabía.

-Mil a la semana-repitió lentamente Durgan-. Bien, acaso lo valgas trabajando para mí. ¡Sí me dices lo que sabes!

Ernie Shires sonrió. Tenía una revelación que hacer y estaba seguro de que había despertado el interés de Durgan.

-¿Quieres saber el nombre del individuo que estropeó el negocio de Waldron?-preguntó-. ¿Quieres estar seguro de que es lo bastante fuerte para darte guerra a ti, también? ¿Darte cuenta de que es más peligroso que la policía? ¿No es eso?

Durgan asintió despacio.

-Y tu trabajo-dijo-, es paralizarlo de manera que no moleste, o que si molesta lo haga sólo en el depósito de cadáveres. Te daré "pasta" en abundancia, con todo lo que haya, desde pistoleros a bombas de mano. Si necesitas verdaderos gorilas, no micos lisiados como los que servían a Waldron ¡los tengo también!

-Los necesitaré de veras-replicó Shires-. ¡Los necesitaré, porque sé bien contra quien vamos¡ Pero si es posible echarle el guante seré yo quien lo haga. Probablemente soy el único con cabeza y manos para llevar a cabo el plan.

"Di, Durgan ¿valdrá más de mil a la semana sí te traigo a ese sujeto tan inofensivo como un sapo muerto?

Shires se echo a reír. Luego siguió:

-¡Desde ahora te digo que su vida no vale un ochavo, sí yo no te ayudo!

Durgan asintió con un movimiento de cabeza, y después se irguió, sorprendido por las siguientes palabras de Shires:

-Porque el individuo que lo transtorna todo es-Ernie Shires hizo una pausa solemne antes de pronunciar el nombre-. ¡La Sombra!

Shires miró atentamente a Durgan. Durante un momento presumió que su afirmación seria recibida con el mismo desdén que mereció a Tim Waldron.

Pero cuando Shires supuso que Durgan era hombre de trastienda, no se había equivocado. EL mal encarado bandido estaba serio.

!La Sombra!-repitió.

Ernie Shires bajó la cabeza, asintiendo.

-¿Estás seguro de ello?-preguntó Durgan con gravedad.

-¡En absoluto!

Durgan "el Matador" se levantó y paseó arriba y abajo por la habitación.

Parecía indiferente e la presencia de Ernie. Su mano dio contra una delicada copa de licor que estaba sobre la mesa.

La frágil copa de cristal se rompió contra el suelo, a pesar del grosor de la alfombra Durgan pisoteó los pedazos y los molió salvajemente bajo sus pies.

Luego miró a Shires.

-¿Sabes por qué me llaman "el Matador"?-preguntó.

-Lo he oído-replicó Shires.

-¡Perfectamente¡ !Al que me propongo lo cazo! Pero desistí de usar la pistola cuando me metí en este negocio. Esta es una vida más tranquila,

"Mira este albergue-y señaló con la mano la habitación en general-, ¿se parece a la de Tim Waldron?

-No.

-¡Desde luego que no! Una docena de Tim Waldron no conseguirían reunir el dinero que hace falta para sostener una casa como esta. Sin embargo, significa poco para mí.

"La muchacha la quiere así... y por eso la tengo, ya que sólo me cuesta, como quien dice, la calderilla.

"¿Crees tú que soy un idiota como Tim Waldron? ¿Crees que una manada de detectives, husmeando por aquí encontrarían algo? ¡No hay grietas en mi negocio!

"Habrás oído hablar de la Asociación de propietarios de Garages Públicos. ¡Pues bien, yo soy la Asociación! Todos pagan la tarifa. Ya lo sabes... pero trata de probarlo. ¿Por qué no podrías? Muy sencillo. ¡Porque soy propietario de garages yo mismo!

"¿Garages? ¡Tengo tres! !Yo pago la tarifa máxima a mi propio recaudador! !Soy uno de tantos propietarios de garages! ¿Qué te parece?

Ernie Shires sonrió con admiración.

-Pero ¡no corro ningún riesgo-continuó Durgan-. ¡Ningún riesgo! Ahora no soy Durgan, "el Matador" Soy Francis J. Durgan, presidente de la Corporación de Garages Nueva Era. Mi dinero viene de fuente legítima, al menos así lo creen.

"¿Recuerdas al sujeto que estaba aquí? !Mike Wharton¡ ¡Administra uno de mis garages! !No está metido en el negocio¡

Durgan se sentó y contempló a Shires. De su rostro había huido el gesto de mirar de reojo. Estaba horriblemente serio.

-¡Policías... políticos...-Durgan hablaba despacio-, todos son míos! !No me asustan loe individuos con pistola! ¡Si alguno tratase de meter mano en mi negocio, sabría a su costa por qué me llamaban Durgan "el Matador"!

"Pero hay un individuo, uno solo, que es distinto de todos los demás. Lo sé, porque he visto lo que es capaz de hacer. Y ese sujeto es ¡La Sombra!

"Hay una serie de individuos enjaulados por su culpa. Todos saben por quién están en la cárcel, pero ninguno habla de él. Hay también muchos que están a dos metros bajo tierra, porque en su camino se cruzaron con La Sombra. Quizá yo tuve suerte al no encontrármelo nunca. Tal vez la suerte la tuvo él. Pero yo trabajaba solo entonces. Ahora es distinto. ¡Deja que se meta conmigo¡ ¡Estoy preparado para recibirle!

"Tienes razón, Ernie. ¡La Sombra hundió un "negocio", intentará repetirte la suerte con otro! Pero ¡es un juego nuevo para él!

EL tono serio de Durgan "el Matador", alarmó a Ernie Shires. El gangster permaneció inmóvil en su butaca mientras escuchaba las palabras de Durgan.

Empezaba a darse cuenta de que la Sombra seria un enemigo formidable.

Los recuerdos de la noche anterior... el silbido de la pistola con silenciador... el negro luchador en la obscuridad.. La risa burlona que llegaba como un eco desde las aceras.., Todo se lo representó como vívida realidad.

¡A pesar del aspecto tranquilo de su duro rostro, Ernie Shires estaba inquieto!

-¡Hay un sitio donde empezará el jaleo -Durgan hablaba pensativo-, y es en el Bronx, donde les estamos poniendo las peras a cuarto, ahora. ¡Ahí es donde atacara La Sombra... sí trata de hundir mi negocio! ¡Allí es donde vas a estar tú, Ernie! Vete allí esta noche y mantente a la expectativa. Llámame mañana al mediodía. ¡Te diré lo que tienes que hacer!

Miró a Shires, todavía serio. Después su gesto de lobo marino reapareció.

Durgan "el Matador" era otra vez el mal encarado explotador de negocios ilícitos, cuyo aspecto conjugaba perfectamente con su sangrienta reputación.

-¡Trabajas para mí, Ernie Shires!-gruñó-. ¡Eso significa que harás lo que se te mande¡ ¿Comprendido? ¡Tuyos son los mil a la semana! Pero eso significa que trabajarás para mí... continuamente

"Mantente lejos de aquí cuando no te necesite y ven cuando-se levantó y se detuvo frente a su visitante, con una amenazadora mirada en su rostro-, me hagas falta, y recuerda esto: No intentes camelar a mi chica! He visto como la mirabas esta noche. No he de oponerme a eso. Está bien para mirarla. ¡Pero nada más! ¿Me entiendes? Si algún gracioso intenta cortejar a mi muchacha ya puede encargar una corona. ¿Comprendido?

Ernie Shires asintió, dándose por notificado. Conocía los procedimientos del hampa. Sin embargo, la advertencia de Durgan no le molestó. Con mil dólares a la semana, podía encontrar infinidad de mujeres, sin necesidad de tener que mirar a la rubia de Durgan "el

Matador". Ya lo comprendería Durgan a su debido tiempo. Shires se guardó sus pensamientos,

-Eso es todo-concluyó Durgan-. ¡Andando!

Ernie Shires salió del piso. Después que se hubo ido, Durgan "el Matador", se detuvo en el centro de su lujosa habitación, pensando.

Al fin, soltó una carcajada, y su rostro pareció el de un monstruo bajo la luz suave de la hermosa sala que contenía a su bestial dueño.

-¡La Sombra! - murmuró Durgan "el Matador"-. ¡La Sombra! conque anda en plan da estropear negocios, ¿eh? ¡que venga¡ ¡Se encontrará con la razón del porqué me llaman Durgan "el Matador"¡

## *CAPÍTULO V*
## *MARSLAND HACE UNA AMISTAD*

Cliff Marsland estaba sentado en el vestíbulo del Larchmont Court.

Observando a los que entraban y salían. Su ventajoso punto de observación era una cómoda butaca situada en un ángulo del vestíbulo.

Aunque no lejos del mostrador del dependiente, el lugar estaba bien elegido, Cliff era indiscernible y sin embargo, podía observar a todos los que pasaban.

Cliff Marsland había invertido mucho tiempo en aquella butaca, pero no le cansaba la espera. Un hombre que acababa de cumplir condena en Sing Sing, era el menos indicado para quejarse del confort que le rodeaba.

La paciencia era una virtud adquirida en Cliff Marsland.

Mientras encendía su cigarrillo, Cliff cambió ligeramente de postura. Un dolor agudo en el hombro le hizo respingar. Era un recuerdo de la noche en que se abrió paso en el Hotel Spartan... de aquella noche en que conoció a La Sombra.

Una semana había transcurrido desde entonces, y la herida de Cliff estaba casi cicatrizada. A veces, le molestaba, como ahora, y el dolor era motivo de reflexión.

Cliff no podía recordar con exactitud lo ocurrido después de su salida precipitada para ponerse a salvo.

Se acordaba de que alguien vestido de negro-La Sombra, naturalmente-le había detenido cuando estaba a punto de caer. Recordaba el sedán en marcha y loa disparos distantes de los perseguidores. Después de eso, todo había sido negrura hasta el día siguiente.

Estaba muy débil cuando despertó, encontrándose en lo que le pareció ser la habitación de una clínica, con una enfermera a su servicio. Un médico había ido mas tarde, para examinar sus heridas. El doctor había sonreído, dándole ánimos.

Cliff había permanecido allí una noche y todo el día siguiente. La segunda noche, habla recibido instrucciones. Llegaron a sus manos en una carta que la enfermera le entregó.

La carta estaba escrita con tinta. Después de haber leído Cliff su contenido, el escrito había desaparecido. La nota le ordenaba abandonar aquella casa en que estaba hospitalizado.

Así lo había hecho, ayudándole la enfermera a descender por un tramo de escalera oscuro hasta la acera. Allí, estaba aguardando un automóvil, con su chófer.

Siguió a esto, un largo recorrido. El coche había dado vueltas por caminos vecinales; contorneado varias ciudades; finalmente, había alcanzado una carretera principal.

Una vez en ella, llegó el Túnel de Holanda, primer lugar que Cliff reconociera, sí bien nunca había pasado a través de aquella pista tubular para vehículos. Sabía que había estado en alguna parte de Nueva Jersey, distante una hora en automóvil de Nueva York. Eso era todo.

El coche le había llevado al hotel Larchmont Court. Llegado allí, el conductor se había marchado con el vehículo.

En el mostrador, Cliff se había inscrito como Clinton Martín, nombre que se le había indicado en la carta. Había sido conducido a un departamento de pocas habitaciones, previamente reservado para él.

Allí había encontrado indumentaria y todo lo que podía necesitar, incluso una cartera bien provista de billetes y un talonario de cheques contra un importante Banco de Manhattan.

Había llenado una cartulina y enviado por correo su firma al Banco usando el nombre de Clinton Martin. Evidentemente, podía disponer de cuantos fondos le fuesen necesarios.

Había pasado los demás días en perezosa convalecencia, y esta butaca había sido su lugar predilecto. Le había sido indicada en otra carta, escrita con la misma tinta de rápida desaparición.

La carta contenía nuevas instrucciones y con ellas una clave a base de puntos y rayas, que Cliff se había aprendido de memoria y destruido después.

Debía usarse más adelante, según decía la carta.

Su trabajo en la actualidad, esa muy sencillo. Debía vigilar a todo el que se acercase al mostrador y preguntase por cierto departamento del piso veintiuno, departamento ocupado por un tal Francis J. Durgan.

En esto, Cliff había tenido éxito. Había hecho casual amistad con el dependiente de noche y el individuo resultó ser locuaz. Aspiraba a ser detective particular y le gustaba mencionar nombres en voz baja cuando Cliff se acercaba al mostrador.

Cliff había visto a Durgan en distintas ocasiones. También se había preocupado, con miras al futuro, de dos a tres hombres, uno de ellos Mike Wharton, ayudante confidencial de Durgan. Pero hasta entonces, Cliff no había visto a ninguno que respondiese a la descripción de Ernie Shires.

Cliff sonrió al pensar en Shires. Cliff buscaba al verdadero asesino de Tim Waldron, mientras él Cliff Marsland ¡era considerado su matador, entre el hampa!

Sólo La Sombra sabía por qué Cliff había estado en Sing Sing. El nombre de Cliff Marsland tenia una falsa aureola en los bajos fondos. Se daba cuenta de que era un personaje del que se hablaba en los más turbios lugares de Nueva York; sin embargo, al mismo tiempo, era un misterio. Pues en realidad era desconocido, y nadie había dado muestras de reconocerlo durante su estancia en Larchmont Court.

Dos de los gangsters que le habían visto en el Hotel Spartan, resultaron muertos en el tiroteo. Los otros estaban en las garras de la ley.

Nadie había conocido a Cliff Marsland con anterioridad a su encierro en Sing Sing. Había surgido de la nada desafiando a la policía, después de un audaz atraco a un banco y había ido a presidio, convicto y confeso delincuente.

Así que allí estaba aquella noche cual silencioso observador, y virtualmente libre del peligro de reconocimiento, a menos que la fatalidad de su destino revelase su identidad.

Cliff miró al reloj que estaba encima del mostrador. Todavía no eran las ocho. Durgan había salido por la tarde y aun no había vuelto. Probablemente, no se presentaría ningún visitante hasta pasado cierto tiempo.

Cliff bostezó y se inclinó en su butaca. Un momento después, se puso alerta.

Una mujer había entrado en el vestíbulo y se dirigía al mostrador. Cliff la había visto antes. Sabia su nombre. Madge Benton, amante de Durgan "el Matador". El dependiente se la había indicado hacia tres días. Después entonces, él la había visto con frecuencia.

Los ojos de Cliff se agudizaban mientras observaban a la muchacha, hablando con el empleado. Era atractiva a pesar de su extravagante atavío.

Demasiadas sortijas y brillantes. Demasiado maquillaje Su rubia cabellera.

Aunque natural en apariencia, indicaba el tratamiento oxigenado.

Cliff comparaba mentalmente a la muchacha con otras que recordaba de hacia años; y las otras salieron vencedoras de la comparación... especialmente una...

El ensimismamiento de Cliff se desvaneció al darse cuenta de que la muchacha le observaba con el rabillo del ojo. No era la primera vez que esto había sucedido.

Durgan y otros hombres al pasar por el vestíbulo no habían prestado atención al hombre inmóvil del rincón; en apariencia no se habían enterado de que estaban siendo observados. Pero la muchacha se había dado cuenta de ello cada vez.

Ahora, se volvió para mirar hacia la puerta. Y su mirada se encontró con la de Cliff. La muchacha sonrió. Los labios de Cliff se movieron ligeramente.

La muchacha se dirigió al empleado y compró varios sellos de correo.

Luego fue deliberadamente hacia Cliff y se sentó en una mesa de escribir a poca distancia.

Sacó tres sobres del monedero, pegó los sellos y empezó a escribir las direcciones. Tanto Cliff como la muchacha estaban fuera del campo visual del empleado. El vestíbulo estaba prácticamente desierto

Un sobre cayó de la mesa. Cayó junto a Cliff. Él lo vio, pero no hizo ningún movimiento. La muchacha acabó de escribir. Entonces buscó el sobre que faltaba.

Cliff sonrió mientras la observaba sin volver la cabeza en su dirección. La muchacha miraba a todas partes excepto al sitio donde el sobre había caído.

Una expresión de despecho aparecía en su rostro.

Cliff se inclinó y recogió el sobre. Levantándose, se acercó a la mesa y puso el sobre delante de la muchacha.

-Gracias-dijo ella rápidamente-. Muchísimas gracias..

Miraba derechamente al rostro de Cliff, y sus ojos azules chispeaban. Cliff le devolvió la mirada; luego hizo un gesto como para alejarse. La muchacha habló otra vez.

-Era una carta muy importante-dijo-.¡No la quería haber perdido por nada en el mundo ¡Quiero darle las gracias de nuevo!

Su voz era atrayente. Cliff sonrió.

-Celebro habérsela encontrado-dijo-. Sólo siento no haberle podido prestar mayor servicio...

La muchacha rió suavemente. Cliff estaba de pie junto al escritorio. La mano de ella se alzó y se posó en el brazo de él con cierta presión.

-Le he visto antes de ahora, ¿verdad?-preguntó la joven.

-Probablemente-respondió Cliff-. Vivo aquí.

-Yo también-replicó ella-. Veo aquí mucha gente... gente con la que me gusta hablar... como usted, por ejemplo... sentados todo el día, sin nada que hacer.

"Ahora mismo-con su mano derecha todavía sobre el brazo de Cliff, la muchacha echó una mirada a un relojito que llevaba en la muñeca izquierda-no tengo nada que hacer durante otra hora. Creo que voy a ir a cenar. Es bastante tarde, pero no he cenado todavía.

-Eso de cenar es una buena idea-sugirió Cliff-. ¿Y sí fuésemos juntos?

La muchacha asintió encantada, su mano oprimió el brazo de Cliff. Se inclinó hacia atrás en la silla y miró alrededor del vestíbulo para asegurarse de que no eran observados.

-Nos reuniremos fuera-dijo en voz baja-. ¡Dentro de cinco minutos, a la vuelta de la esquina, junto a la parada de coches! ¿De acuerdo?

-De acuerdo-continuó Cliff.

La muchacha abandonó el vestíbulo. Cliff volvió a su acostumbrada butaca.

Encendió un cigarrillo y observó el reloj. Cuando hubieron transcurrido los cinco minutos, se puso el sombrero, que estaba en el suelo a su lado, y salió a la calle. Encontró a le joven esperándole a alguna distancia de la iluminada fachada del hotel. Había un taxi junto a la acera.

-¿Hacia el centro?-preguntó Cliff.

La muchacha asintió. Cliff la ayudó a subir al coche. La muchacha se inclinó hacia la ventanilla interior y dio el nombre de un restaurante de la calle Cuarenta y tres.

-Te gustará el sitio-dijo a Cliff-. No encontraremos a nadie que yo conozca. No van allí.

De nuevo la mano de la muchacha apretó el brazo de Cliff. Entonces, su voz adquirió un tono de advertencia.

-Me gustas, muchacho-le dijo-. Te pongo sobre aviso antes de que sea demasiado tarde. Corres riesgo al salir conmigo. Creo que debo decírtelo.

"Soy Madge Benton... ¡la novia de Durgan! ¿Sabes quién es Durgan?

Cliff habló mientras abría un paquete de cigarrillos. Ofreció uno a la muchacha mientras replicaba.

-¿Te refieres a Durgan, "el Matador"?-preguntó con tono indiferente

-Sí-contestó Madge mientras tomaba el cigarrillo-. Por ahora es Francis J... ya no le llaman "el Matador", pero...

Se detuvo y miró a Cliff. Él observó una expresión interrogadora en sus ojos mientras pasaban por una calle iluminada.

-Quieres decir que es un individuo peligroso-dijo Cliff-. ¿No es eso?

-Si-dijo la muchacha-. ¡Es un salvaje¡ Los únicos hombres que conozco son como él y él es el peor de todos (había amargura en su voz) así que te aviso. Si supiera que había salido contigo... ¡no quieras saber... te mataría... eso es todo¡

-Puede probarlo-dijo Cliff tranquilo.

-No conoces a Durgan-dijo Madge previniéndole-. Conozco a muchos pistoleros. Son los únicos hombres que conozco. Me gustan. Están bien. Pero son lo más fiero cuando se trata de sus prójimas.

"No debería estar contigo aquí esta noche. Pero estoy harta de Durgan. Me gustaste la primera vez que te vi, Muchachote- había un tono en su voz, que Cliff se dio cuenta de la admiración que por él sentía-, y quería trabar amistad contigo. Porque me gustas es por lo que te pongo sobre aviso. (Su mano apretó con más fuerza el brazo de Cliff) y no pensaré mal de ti si ahora te despides de mí para siempre. ¡Te lo digo como lo siento!

El tono de voz de la muchacha convenció a Cliff de lo que había venido sospechando; que Madge había estado esperando la oportunidad para entablar relaciones con él.

Cliff había conocido muchas mujeres. Aunque había una que predominaba en su memoria, recordaba a las otras. Nunca había encontrado difícil conseguir el amor de una mujer y cuando una muchacha hablaba como Madge lo hacía, estaba seguro de que nunca traicionaria lo que él pudiese decir.

Pensó que la suerte le sonreía. A través de Madge, podría saber de Durgan, "el Matador". Decidió ganar su confianza.

-De manera que te gustan los gangsters -dijo tranquilamente.

Si-respondió Madge-. Son buenos muchachos. Pero no tengas nunca nada que ver con uno como Durgan...

-¿Conoces a uno llamado Cliff Marsland? -interrumpió Cliff.

-¿El que dicen que mató a Tim Waldron? -preguntó Madge impresionada.

-Sí.

-No. No le conozco.

-¡Si, le conoces ahora¡

Una exclamación de sorpresa salió de la obscuridad junto a Cliff.

Transcurrieron varios segundos antes de que el significado de sus palabras se inculcase en la joven.

-No querrás decir (su voz era trémula) no querrás decir que tú eres...

-¡Soy Cliff Marsland.

-¡Vamos! (El tono de Madge estaba lleno de admiración y entusiasmo) ¡Eres alguien, chico! ¡Nunca hubiera creído que fueses Cliff Marsland!

"Todos hablan de ti..: dicen que eres un gran tirador, por la forma en que te deshiciste de aquella manada de gorilas. Durgan nunca hizo una hazaña semejante. Se estaban preguntando dónde estarías y estabas aquí ¡precisamente en nuestro hotel!

-Mi nombre oficial-dijo Cliff, tranquilo-, es Clinton Martin. Recuérdalo. En cuanto a tu amigo Durgan, "el Matador"..(Había sarcasmo en su voz) ¡no te preocupes por lo que me pueda suceder si me lo encuentro!

No había jactancia alguna en el tono de voz de Cliff. Sus palabras hicieron impresión en Madge. Se apretó junto a él en el coche.

-¿Has estado una temporada en la Casa Grande, verdad?-dijo la joven suavemente.

-Si-replicó Cliff.

-¿Buscas novia?

-No, por ahora.

Madge se echó a reír. Su respuesta la hizo acercarse a él más todavía. De pronto se puso seria.

-¿Y antes?-dijo-, ¿antes de que te encerrasen? ¿Tenías novia, entonces?

-Si-replicó Cliff-, la tenia. Pero hace mucho de eso, Madge. Todo ha sido olvidado.

-¡Bien, Cliff!-exclamó la muchacha-. Me encanta oírte hablar así. Eres como se debe ser. Me alegro de haberte conocido. Romperé con Durgan...

-Más adelante-dijo Cliff tranquilamente.

-Bien-aceptó Madge-. Pero no tardaré mucho, ¿verdad, Cliff?

-No. No mucho.

El taxi se detuvo frente al restaurante. El chófer abrió la puertezuela. Cliff Marsland salió del coche con Madge Benton colgada afectuosamente de su brazo.

## *CAPÍTULO VI*
## *CLIFF HACE PROGRESOS*

Cliff Marsland entró en el cuarto exterior de su departamento en Larchmont Court. Cerró sin ruido la puerta tras él. No encendió la luz. En cambio, atravesó la habitación y fue a sentarse en al obscuridad junto a la mesa del teléfono. La ventana estaba próxima.

Desde su cuarto del piso dieciocho, Cliff podía ver por encima de los edificios circundantes hasta las luces brillantes de Times Square, cuyo resplandor, mezclado a una niebla de humo, se cernía sobre la ciudad.

Cliff observó las luces cambiantes. Muchas de ellas estaban a excesiva distancia para distinguirlas bien; pero había dos anuncios luminosos cercanos, que advirtió.

Uno de ellos era un gran reloj, que marcaba las nueve. El otro era un anuncio luminoso con intrincada orla de luces multicolores que se encendían y apagaban con gran rapidez.

Cogiendo el teléfono, Cliff llamó a un número que se sabia de memoria.

Poco después contestó una voz.

Era una voz tranquila, que hablaba casi mecánicamente. Cliff murmuró algo en el aparato. La voz del otro extremo habló.

-No puedo oírle-dijo.

Cliff habló con claridad.

-¿Puede oírme ahora aquí?-preguntó

Hubo una pausa. Luego llegó la respuesta.

-No muy bien. Debemos tener un contacto deficiente. Estoy ocupado ahora. Volveré a llamarle.

Se oyó como colgaban. Cliff sonrió al colgar a su vez el receptor.

En voz baja, casi para sí mismo, repetía las palabras, que había dicho, acentuando dos de ellas.

Había enviado su primer mensaje disimulado por el método secreto de la Sombra. Había sido informado del mismo en una de las cartas de instrucciones.

"Al informar-decía la carta-hazlo con una simple frase en la que palabras recalcadas den el mensaje. Espera respuestas de la misma naturaleza".

Cliff había enviado un mensaje. Recalcando las palabras, había facilitado la información: "Aquí ahora". Esto no podía significar más que una cosa para el receptor, que Ernie Shires estaba en aquel momento en el hotel, visitando a Durgan, "el Matador".

Shires era el hombre que Cliff había estado esperando. Sólo había un sitio donde Shires pudiese estar. Todo sería comprendido.

Eran ahora poco más de las nueve. Exactamente veinticuatro horas antes, Cliff había dejado a Madge Benton cerca del hotel y había entrado, después que lo hizo ella, para continuar de centinela en el vestíbulo.

Había usado su propia iniciativa al ir con Madge. Había corrido el riesgo de perder de vista a Shires en el caso de que éste hubiese hecho una corta visita a Larchmont Court. Pero había ganado mucho en la hora pasada con la amante de Durgan, "el Matador". Había averiguado que la muchacha estaba al corriente de los negocios de Durgan; y ella había mencionado el nombre de Ernie Shires. Cliff había manifestado interés por el gangster, aparentemente porque Shires había sido lugarteniente de Tim Waldron. Sabía, también, que podía contar con Madge para ulterior información.

En aquella corta hora, la muchacha había expresado todo el odio y el desprecio que le merecía Durgan, "el Matador", cuyo dominio detestaba. Tal odio había acrecentado su deseo de conquistar a Cliff.

Ahora Shires estaba en el hotel. Cliff le había visto entrar, hacia diez minutos. Había sospechado de la identidad del hombre. Había pasado junto a la mesa a tiempo que Shires comunicaba su nombre al empleado.

Sabia que Ernie estaría en el departamento de Durgan durante bastante tiempo. Había aprovechado la oportunidad de informar a La Sombra a través de algún intermediario... el hombre que había contestado al teléfono.

Cliff esperó tranquilamente. La obscuridad era calmante: le dio una sensación de seguridad. Como La Sombra, disfrutaba en las tinieblas.

Olfateaba misterio y aventura en lo futuro.

Hubo una ligera llamada en la puerta. Cliff oprimió su mano contra el bolsillo de la chaqueta y sintió debajo la automática. Cruzó la habitación.

-¿Quién es?-preguntó en voz queda.

-¡Cliff!-El nombre fue pronunciado casi sin aliento por una voz femenina.

Instantáneamente Cliff abrió la puerta. La luz del rellano reveló a Madge Benton. La muchacha penetró rápidamente en el cuarto. Cliff cerró la puerta, y Madge se abrazó a él con fuerza en la obscuridad.

-¡No enciendas la luz!-murmuró-. ¡Escucha! ¡Tengo algo que decirte!

-Está bien¡¡Di¡- replicó Cliff en tono sosegado.

-Ernie Shires está arriba-dijo Madge-. Hablando con Durgan. Me dijo que me fuese... como de costumbre.

Cliff comprendió. Había aprendido todos los sistemas de Durgan, "el Matador", al escuchar el estallido de indignación de Madge mientras cenaban juntos el día anterior La joven le había hablado como a su único amigo y confidente.

-Escuché a la puerta-dijo Madge-. Oí mencionar tu nombre, no sé con qué motivo. Entonces me fui.

"¡No es prudente estar escuchando mucho tiempo, cuando Durgan se encuentra cerca! Descendí al vestíbulo. ¡Cómo no estabas, he subido aquí!

-¿No te han visto?-inquirió Cliff-. ¿Y el ascensorista?

-Ese no importa. He ido a otros pisos antes de ahora. Acostumbraba a tener algunas amigas en el hotel pero se dispersaron cuando llegó a su conocimiento que yo era la amante de Durgan.

"No puedo estar aquí más tiempo, Cliff, aunque... (su voz era anhelante) aunque bien quisiera. Por mí, estaría lo más lejos posible de Durgan, para siempre!

-Gracias por el informe acerca de Shires -dijo Cliff con calma.

-No es eso todo-añadió Madge-. No sé lo que va a hacer Shires, ¡pero algo tramarán! Shires ha estado en el Bronx. Va a armar jaleo allí pronto; y oí a Durgan darle prisa para que empiece esta noche.

-¿Eso es todo?

-!Todo lo que he oído!

Cliff quedó silencioso. Había esperado esto. Se preguntaba cuándo recibiría la respuesta de La Sombra a su mensaje. Era indudable que ahora se estaba fraguando en la mente maestra. No tendría que esperar mucho.

Cliff olvidó la presencia de la muchacha hasta que notó que oprimía su brazo con más fuerza, y oyó los tonos suplicantes de su voz murmurante.

-¡Cliff!-decía-. ¡Cliff! ¿Sabes por que te he dicho eso? ¡Vaya si lo sabes...! ¡Es que te quiero! ¿No te importa, Cliff?

-Sí-replicó el interpelado-. Me ocuparé de ti, Madge.

Dijo la verdad. El amor de la joven hacia él era positivo. Cliff estaba seguro de que Madge no vacilaría ante ningún sacrificio por él.

Había pasado largo tiempo desde que conoció el amor de una mujer. Las palabras de ella dieron en la fibra sensible Era una mujer del hampa, aunque joven, conocedora del mundo. Recuerdos del pasado desfilaron por la mente de Cliff. Uno vez conoció a una muchacha maravillosa... pero aquello debía ser olvidado ahora. Después de todo, también él pertenecía a la sazón al hampa. Madge era el prototipo de la muchacha que debía aceptar, a menos que eligiera prescindir de las mujeres en absoluto.

Ella le miraba ahora y él podía ver sus ojos en la penumbra de la habitación ojos que se imaginó nublados por las lágrimas. Cliff inclinó la cabeza para darle el beso que Madge deseaba. En aquel instante, el teléfono sonó.

La muchacha retrocedió asustada. Cliff saltó hacia la ventana y levantó el receptor para paralizar el sonido. Colocó la mano sobre el micrófono del aparato.

La interrupción hizo pensar a Madge que cada minuto significaba un riesgo, tanto para ella como para Cliff.

-¡Adiós!-murmuró.

Cliff, oyó cerrarse la puerta tras la muchacha que se iba. Levantó el receptor hasta su oído y habló al aparato.

-¿Recuerda el reloj que le dejé para observar?-dijo la voz-. Pertenece a Marco. Lo quiere para el lunes. Mándemelo por el mensajero del anuncio.

-Perfectamente-dijo Cliff.

El click metálico del receptor al ser colgado, que llegó por el alambre, puso fin a la conversación.

"Observar marco anuncio". Tal era el mensaje. Cliff estuvo dudoso por un instante. Luego miró por la ventana y observó el anuncio eléctrico con su fascinador cambio de luces.

Pasaron dos minutos: entonces advirtió una irregularidad en los destellos de las luces de colores que enmarcaban el anuncio, y el código que había aprendido de memoria surgió en su mente. Empezó a leer el mensaje, formado por los intervalos de los destellos,

No le costaba trabajo hacerlo así. Cliff se había familiarizado con las claves durante la guerra, y había aplicado estos conocimientos durante su prisión, comunicándose con compañeros de cautiverio..

"Sigue a Shires...-decía el centelleante mensaje-. Entérate... todo... posible... Ten... cuidado... Dependemos... de... ti... para... importante... Información".

Los destellos reanudaron sus primitivos intervalos. Cliff esperó un poco y luego se separó de la ventana. Estaba lleno de admiración por la inventiva de La Sombra.

-¡Vaya una idea!-exclamó para si-. ¡Ese hombre es una maravilla!

Cliff seguía pensando en La Sombra cuando descendió al vestíbulo. Se daba cuenta de que este supercerebro del inframundo había conquistado a muchos maestros del crimen.

Sospechaba-y su suposición era acertada -que La Sombra había puesto al descubierto muchos métodos ingeniosos utilizados por sus enemigos. Cada nuevo enemigo significaba otro artificio cara la Sombra si se decidía a emplearlo.

"Esto es un juego"-murmuró Cliff cuando volvió a ocupar su plaza en su oscuro rincón del vestíbulo-. "Un juego"... ¡y una verdadera caza! Observar lo que los otros hacen y si tienen una idea buena !ponerla en práctica! ¡Atacarlos con sus propios métodos al mismo tiempo!

Los minutos pasaron lentos, mientras Cliff esperaba paciente. Eran ya cerca de las diez cuando Ernie Shires hizo su aparición.

El gangster de rostro duro echó una ojeada al vestíbulo. Cliff estaba aparentemente medio dormido. Shires apenas se dio cuenta de él. Se dirigió a la puerta.

Cliff se levantó con cachaza y fue paseando tras él. Vió a Shires mirar arriba y abajo de la calle esperando a que pasase un coche. Lloviznaba ligeramente.

No había ningún taxi a la vista; con un tiempo así los coches eran muy solicitados.

Cliff pensó que el coche podría estar estacionado a la vuelta de la esquina.

El mejor lugar para alquilar uno era en la avenida. Cliff se anticipó a lo que Ernie quería hacer. Dio la vuelta a la esquina. No había allí coches estacionados, por lo que se introdujo en un oscuro nicho de la pared, precisamente en el mismo sitio en que Madge le había esperado la noche anterior.

Minutos después, Shires apareció. EL hombre gritó al pasar un coche, y éste describió una curva, yendo a parar a pocos pasos de donde estaba oculto Cliff. Shires habló al conductor.

-¿Sabe dónde está el Club Drury?-preguntó-. ¿En el cruce de la Séptima Avenida con la Quinta? Perfectamente. ¡Lléveme allí¡

El coche viró en redondo y siguió adelante con su pasajero. Cliff salió hasta el bordillo de la acera en espera de un taxi vacío. Pasó uno. Cliff subió a él.

-Club Drury. En la Séptima Avenida.

## *CAPÍTULO VII*
## *CONFERENCIA DE MAGNATES*

Una limosina se detuvo frente a un departamento de Park Avenue. El chófer abrió la puerta y un hombre de edad madura puso el pie en la acera bajo la marquesina que formaba una protección contra la lluvia menuda.

Era indudablemente hombre de importancia, pues se daba a sí mismo aires de dignidad. Lucía un alto sombrero de copa y empuñaba un pesado bastón de puño de oro. Estas señales de un tiempo pasado no parecían del todo incongruentes. Cuadraban con el hombre exactamente.

Con toda evidencia era un visitante esperado, pues el portero le introdujo en el ascensor con gran ceremonia. El hombre de edad madura, fue llevado al quinto piso. Una vez allí le recibió un lacayo que estaba estacionado en la antecámara de un espléndido departamento que ocupaba el piso entero.

El lacayo, condujo al visitante a una habitación, donde varios hombres estaban sentados alrededor de una larga mesa de caoba. Todos se levantaron al ser anunciado el recién llegado.

-Bienvenido, señor Wilberton - dijo el dueño de la casa al estrechar la mano a su visitante-. Estábamos esperándole. Muy agradecidos que se encuentre entre nosotros.

-Celebro estar aquí, Griscom-replicó el visitante cordialmente. Se sentó en una gran butaca al extremo de la mesa, que Griscom aproximó para él.

-Estamos completando les planes para la fusión, señor Wilberton-dijo Griscom. Casi de la misma edad que Wilberton, era como su visitante un hombre de dignidad; pero no tenia las altivas maneras que caracterizaban al recién llegado.

-Espero que habrán hecho ustedes progresos-replicó Wilberton, pronunciando cuidadosamente cada una de las palabras.

-Los hemos hecho-declaró Griscom-. Nuestros proyectos esperan simplemente su aprobación.

-¡Comuníquemelos!

-Hemos decidido fusionar la United Theater Corporation con los intereses del Cooper-Lowden. Un pequeño grupo -el circuito Derringer-será absorbido por el consorcio.

"Las condiciones en que está concebida la fusión son substancialmente las mismas que he tratado con usted. Nuestros abogados prepararán todos los papeles necesarios en dos o tres semanas. Principalmente es cosa de detalle. Entre tanto estamos esperando su decisión.

-¿Llegará a alcanzar la nueva organización las proporciones que usted anticipó?

-¡Y más todavía! ¡Cuando el consorcio se complete, poseeremos un circuito de teatros que nos colocará a la cabeza de las más grandes organizaciones del país!

-¿Y qué necesita usted para ello?

-Un préstamo de tres millones y medio de dólares, con nuestras acciones como garantía.

La habitación quedó en silencio y todo los presentes contemplaron al hombre sentado a la cabecera de la mesa. De Stanley Wilberton dependían las esperanzas que todos ellos habían concebido.

El hombre de edad madura pareció saborear su ventajosa situación. Miró al grupo y estudió los ansiosos rostros. Luego habló con reposada palabra:

-Manifesté al señor Griscom mi creencia de que podría llegarse a un arreglo –dijo-. Y sigo opinando lo mismo.

Un murmullo de aprobación siguió. Wilberton permaneció silencioso, gozando del efecto producido por sus palabras. Griscom alzó la mano, rogando calma. El alboroto cesó.

-¿Puede usted negociar el préstamo por entero, señor Wilberton?-preguntó.

El hombre de edad madura asintió con un movimiento de cabeza.

Ahora no hubo confusión. Un sentimiento de satisfacción corrió por el grupo.

Estos hombres se habían aliado con Howard Griscom, presidente de la United Theater Corporation, para disponer de su influencia con Stanley Wilberton, banquero y financiero, en apoyo de sus planes.

Hasta el más optimista del grupo había dudado que la operación se llevase a cabo; sin embargo, todos estaban de acuerdo en que era el único medio de completar la fusión que les daría el poder en la industria teatral. Ahora sus esperanzas habían prosperado.

-Fiamos en ello, Mr. Wilberton-dijo Griscom-, y me consta que estos caballeros querrían tener de usted la seguridad de que los fondos vendrán. Un mes, a partir de hoy, es el plazo que establecemos para el trato final.

"En la actualidad estamos en condiciones para anunciar la fusión. Este anuncio dejará sentir sus efectos de un modo notable en la cotización de varias acciones. Sin género de duda, las nuestras tendrán considerablemente más valor dentro de un mes, que el que tienen hoy.

-Opino lo mismo-replicó Wilberton.

Sus palabras dieran nueva seguridad al grupo.

-¿Podemos, pues, considerar un hecho la fusión?-insistió Griscom.

Stanley Wilberton frunció los labios. Contempló a los hombres que le rodeaban. Había algo en su expresión, que hacia trocar en dudas las esperanzas de sus oyentes,

-Ha dicho usted que sus acciones se cotizarían más dentro de un mes que hoy –dijo-. Yo me he mostrado de su misma opinión, considerando el asunto desde un punto de vista normal. Pero, en el momento presente hay ciertos elementos entremezclados en los negocios teatrales, que ejercen marcada influencia en su estabilidad financiera.

-Hoy día es un negocio estabilizado, señor Wilberton-interrumpió un hombre moreno y bajito, que estaba sentado en el centro de la mesa. Griscom con un ademán le rogó silencio.

Era George Ballantyme, secretario de United Theater, quien había hablado.

Era un personaje importante en la corporación; pero ahora no era tiempo de recoger una objeción de su parte.

-Me refiero-dijo Wilberton, sin aparentemente, darse por enterado de la interrupción de Ballantyme-, a las poco estables condiciones en que ahora se desarrollan los negocios en Nueva York.

"Ha surgido una especie de piratas-hombres llamados racketeers-que comienzan a dominar empresas legítimas, entre ellas, los negocios teatrales.

Ballantyme estaba de pie, golpeando la mesa. Stanley Wilberton le miraba con profunda sorpresa. Griscom se estremecía de ansiedad. EL personaje no pudo ser contenido.

-¡No existe racketeering en nuestro negocio¡ - exclamó-. Hemos tenido trastornos obreristas (algunos de ellos provocados por pillos que han intentado perjudicarnos). Pero eso son cosas de poca monta, que hemos encontrado su manera de arreglar.

"Cuando tramoyistas y músicos, han venido a nosotros con demandas exorbitantes, hemos instalado el cine sonoro... y han tenido que implorar ayuda después. Nuestras empresas son sanas, y nunca el racketeering nos ha tocado.

"La mayor parte de nuestros problemas, son problemas naturales. Hemos dado satisfacción a las peticiones razonables, y hemos luchado contra las que no lo eran. ¡Hemos dado al traste con todo lo que olía a gabela injusta, y continuaremos haciéndolo!

Paseó la mirada entre sus compañeros, en espera de aprobación. Les vió allí sentados, y leyó la aprobación en sus rostros, si bien el grupo estaba silencioso. Ballantyme miró, satisfecho, a Wilberton.

-¿Ha terminado usted?-preguntó el financiero.

-Si.-Y Ballantyme tomó asiento.

-Lo que usted ha dicho es cierto, señor... -Wilberton vacilaba.

-Ballantyme-le apuntó Griscom.

-Ah, si, señor Ballantyme-resumió Wilberton-. Lo que usted ha manifestado es la pura verdad. Al presente, el negocio teatral no está sujeto al racketeering.

Ballantyme le miró con aire intrigado.

-Con el crecimiento actual del racketeering-continuó Wilberton-, es lógico que los negocios teatrales sean pronto dominados por esas sanguijuelas. La situación será difícil de combatir. El negocio sufrirá de consiguiente.

-Eso es demasiado, señor Wilberton-saltó Ballantyme-. Está usted presumiendo demasiado...

El financiero contempló fríamente al encolerizado contradictor. Ballantyme se sentó. Stanley Wilberton habló de nuevo.

-Para mi-dijo-, el asunto es prestar dinero a una empresa sana. Su fusión es un plan excelente. Pero me parece que los bandidos que se dedican a imponer tributos a los negocios legítimos están al acecho.

"Se le harán demandas, que usted intentará resistir; sus propiedades podrán ser objeto de daños y pérdidas financieras. Su fusión podría no ser largo tiempo un albur sano; ¡podría convertirse en un desastre!

-¡No participo de su opinión!-declaró Ballamtyme.

-No le ruego su avenencia-replicó Wilberton fríamente-. Simplemente estoy manifestando mi propia opinión... Sobre la cual basaré mi decisión. Tengo en cartera otros préstamos que puedo hacer.

"Manifiesto a ustedes, caballeros, que preferiría prestar fondos a un negocio, en el que el racketeering hubiese formado ya posiciones; mejor que a otro, susceptible de esa expoliación, pero en el que el racketeering no ha comenzado.

-¡Eso es absurdo!-gritó Ballantyme.

-Eso es ir sobre seguro-replicó Wilberton,- y explicaré mis razones en su beneficio -su voz tomó un tono condescendiente-, pues me doy cuenta de que necesita usted una opinión como la mía.

"Los racketeers son parásitos. Hacen presa en negocios legítimos, son juiciosos. Van lejos, pero no más allá de lo debido. Ellos, así como los propietarios, están interesados en la buena marcha de los negocios.

"¿Quién paga? El público. El pan se vende a un céntimo, la hogaza a más de lo debido. La leche ha llegado a un céntimo más por cuartillo de lo corriente. El cecero es la contribución que imponen, por la fuerza, los racketeers; ellos están satisfechos.

-¡Un momento, señor Wilberton!

La interrupción vino de un hombre de rostro solemne, que estaba situado en un extremo de la mesa.

-Esos racketeers que usted ha mencionado, están perdiendo terreno. Están en decadencia. ¡El racketeering ha pasado su punto álgido!

Stanley Wilberton contempló al interruptor. Se encontró con una mirada tan fría como la suya. Dos ojos penetrantes le enfocaban y la faz del hombre era tan llena como notable. Era el rostro de un hombre relativamente joven, sin embargo la expresión de su rostro daba a su poseedor una sobrenatural apariencia, que era hipnótica en sus efectos.

Stanley Wilberton cambió de postura en la butaca. No podía separar los ojos del fascinante poder de la mirada del otro hombre. Fue sólo cuando Howard Griscom habló, que Wilberton logró librarse de la mirada dinámica.

-¡Ah, sí!-dijo, tan pronto como oyó la voz de Griscom -, es cierto que algunos rackets están en decadencia. Y recalcaré de uno en particular, que terminó durante la semana pasada.

-Pero ¡caballeros!-paseó la mirada a su alrededor, cuidando de evitar la mirada del hombre del extremo de la mesa-. Puedo decir esto: ¡Esos racketeers encontrarán nuevas salidas cuando otros hayan tenido fin y el negocio teatral nuestro negocio, será uno de ellos!

Había una solemnidad en la manifestación de Wilberton que tuvo una marcada influencia en los hombres presentes. Ballantyme seguía sin convencerse. El hombre del extremo de la mesa no dijo nada. Su faz estaba impasible. Howard Griscom dio cuenta de él.

-¡Ah, señor Wilberton!-dijo-. El caballero que habló hace unos minutos es el señor Lamont Cranston. Tiene interés en el Derringer Circuit, la empresa que será absorbida en la fusión.

"Creíamos que el señor Cranston estaba ausente de Nueva York. Nos ha dado una agradable sorpresa, apareciendo aquí inesperadamente.

-Celebro tener su opinión-dijo Wilberton-. Tal vez soy víctima de prevención, caballeros, pero no olviden que soy financiero y banquero. Ustedes son hombres de teatro, usted también puede tener sus prejuicios.

Howard Griscom asintió. Su rostro lucia una expresión preocupada. Miró a los hombres que le rodeaban, especialmente a Ballantyme. Carraspeó y habló directamente a Stanley Wilberton.

-Nosotros debemos aceptar su opinión, señor Wilberton-dijo-, y después de todo, está más que justificado. Voy a hablar francamente con usted... como siempre lo he hecho.

'Hemos encontrado un problema con United Theaters que presagia lo que usted ha mencionado. El señor Cranston está ignorante de esto, pues los teatros en los que está interesado no están en Nueva York. No creo que los intereses Cooper-Lowden hayan pasado por ello.

"Pero es un problema con el que ha tropezado la empresa United Theaters. Con toda imparcialidad voy a tratar ahora del mismo.

"Se nos ha acercado un individuo que se decía representante de la Asociación Cooperativa de Propietarios Teatrales una organización enteramente desconocida para nosotros.

"Sugirió que debíamos unirnos a la Asociación-pero a un coste tremendo-a fin de protegernos contra peligros que aparentemente antes no existían, a saber: disturbios en los teatros, pleitos que nos pongan los espectadores, y daños que pueda sufrir nuestra propiedad.

-Eso es una fútil amenaza-interrumpió Ballantyme-. ¡Fuera palabrería! ¡No tiene usted derecho a mencionarlo!

-Lo pienso decir todo-declaró Griscom tranquilamente-. Usted sabe probablemente, señor Wilberton, que los precios han sido reducidos el 10% en algunos de nuestros teatros y que tenemos en proyecto una nueva reducción del 10%.

'Hemos calculado que el aumento de entradas hará más que compensar esto... y producirá un gran beneficio. Este representante de la Asociación Cooperativa, ha sugerido que nosotros mantengamos el antiguo nivel de precios en todas partes, y transferir el 10 % de nuestros ingresos a su organización!

"Él afirma que nosotros podemos conseguir aumento de público sin recurrir a la baja de precios. Él sabe que los precios más bajos son en parte (en cierto modo) una competencia hecha a los más pequeños, teatros independientes.

"Asegura que tales empresas de menor importancia ingresarán también en la Asociación, y que no se les permitirá que rebajen los precios de admisión.

-¿A cuánto ascenderían los honorarios de esa Asociación?-preguntó Wilberton.

-Cuando la fusión esté completa-declaró Griscom-, afectará a las casas subsidiarias de los intereses de la Cooper-Lowden. Nuestros pagos a la desconocida Asociación Cooperativa de Propietarios teatrales, implicará un promedio de 30.000 dólares a la semana.

Un murmullo de sorpresa dio la vuelta a la mesa. Sólo dos hombres no se unieron al mismo: ellos fueron Stanley Wilberton, hombre de millones y Lamont Cranston, cuya expresión nunca variaba.

-Cierto es-declaró Griscom-, que nuestra renta actual puede ser aumentada mediante el plan ofrecido por la Asociación Cooperativa. Pero nosotros el plan nos parece un atraco. Es enteramente diferente a todo lo que hemos emprendido hasta ahora. ¡No nos gusta!

-¡No nos gusta-intervino Ballantyme-, y lo que es más, nos negamos a tener nada que ver con el asunto!

-Caballeros-declaró Stanley Wilberton-, mis aprensiones no son infundadas. El señor Griscom me ha dicho en pocas palabras que vuestras acciones de Nueva York, que constituyen el capital activo más importante que tienen ustedes, están amenazadas por la verdadera dificultad que yo he previsto. ¡En tales circunstancias no puedo prestar mi apoyo financiero a la fusión!

-¡Esta fusión tiene que llevarse a cabo, señor Wilberton!-suplicó Ballantyme-, ¡lograremos tener su apoyo!

-No puedo darlo. !Antes he de estar seguro de que vuestros negocios tienen base estable!

-Señor Wilberton-habló uno de la Cooper-Lowden-, decía usted no hace mucho que un negocio sometido a normas impuestas por racketeers podía ser considerado como negocio sano.

Y lo sostengo-concedió Wilberton-. Las ratas se encuentran principalmente en casas, donde abunda la comida.

-Suponga -dijo el orador-, que Teatros Unidos quedan envueltos con esta Asociación Cooperativa. ¿Cómo tal cosa podría influenciar su decisión?

-Deseo una sola cosa-declaró el financiero-. Debo saber que vuestro negocio combinado queda libre de cualquier amenaza artificial.

"No me preocupa que vuestros desembolsos puedan ser tantos como el razonable provecho mostrado. Pero no quiero arriesgar capital en una empresa que está amenazada por un azar. Esta, caballeros, es mi palabra final.

Stanley Wilberton se levantó y se dirigió a la puerta. Griscom le acompañó desde la habitación.

Ballantyme empezó a contender, arguyendo con el hombre de la Cooper-Lowden. Lamont Cranston le observaba con impasible expresión.

Howard Griscom volvió. Miró a George Ballantyme. El secretario de la Corporation del Teatro Unido se levantó e hizo frente a la asamblea.

-Hay dos hombres-dijo-, que tiene la llave de esta fusión. Yo soy uno. Howard Griscom es el otro. Nosotros representamos los Teatros Unidos y somos nosotros los amenazados. ¡Yo, por uno, no pagaré el tributo! Lucharé contra semejante explotación mientras viva, caballeros, la fusión no se llevará a cabo en tales condiciones, si puedo evitarlo. ¿Qué dice usted, Howard?

Había una expresión patética en el rostro de Griscom. El hombre había envejecido en una hora.

Sabía que, con Ballantyme, él era el único que podía obstaculizar el camino de la fusión. Sus sueños de muchos años habían parecido a punto de realizarse. Incluso sobre ahora, una palabra suya y Ballantyme quedaría aplastado.

Pero Howard Griscom no pronunció la palabra. En cambio, anduvo al lado de la mesa y estrechó la mano de Ballantyme.

-Perfectamente-interpuso el jefe de los intereses Cooper-Lowden-. No participo de sus opiniones, pero admiro su actitud. Nosotros estamos dispuestos a que se lleve a cabo la fusión, y gustosos dejaremos pagar al público lo que nosotros podamos tener que pagar a los racketeers. Nosotros trataremos con ellos hasta que usted diga basta.

La conferencia terminó. Howard Griscom vió a sus invitados salir de la habitación. Pensó un momento que estaba solo con George Ballantyme; luego se dio cuenta de que Lamont Cranston continuaba sentado al otro extremo de la mesa.

El hombre habló cuando Griscom miró en su dirección.

-No manifiesto opinión alguna después de haberse ido Wilberton-dijo-. El Circuito Derringer es pequeño. Está en venta y en cualquier ocasión puede usted adquirirlo.

'Entre tanto, me gustaría tener toda la información que usted pueda darme respecto a la llamada Asociación Cooperativa de Propietarios Teatrales

-Mi oficina está abierta siempre para usted, señor Cranston-replicó Griscom-. Cuando guste será usted siempre bienvenido.

La puerta se abrió y una encantadora joven entró. Por sus modales, se la hubieran echado unos treinta años de edad; su rostro parecía mucho más joven... casi de niña.

Destacada contra el sombrío fondo del pasillo, exquisitamente vestida, resultaba un hermoso cuadro en verdad, evidentemente regresaba de una fiesta.

-Ven, Arline-dijo Howard Griscom al ver vacilar a la muchacha-. Arline, ya conoces al señor Ballantyme. Este caballero es el señor Lamont Cranston.

La muchacha tendió la mano. Lamont Cranston recibió el apretón, y sus profundos ojos se fijaron, sin parpadear en los de ella.

Arline devolvió la mirada con solemnidad. Había algo en aquellos ojos que la fascinaban. Su profundidad la hizo pensar en ojos, que ella había visto hacia largo tiempo-los ojos de otro hombre-un hombre que ha tiempo procurara olvidar.

Cuando Cranston soltó su mano, Arline cruzó la habitación y besó a Howard Griscom. El propietario teatral sonrió al ver que Cranston les miraba desde la puerta.

-Mi única hija-dijo-. Mi único vástago, ahora. He tenido un hijo. Murió hace algunos años. Arline es todo para mí... ahora.

Su sonrisa se borró un instante, luego la sonrisa volvió cuando deseó a su amigo buenas noches. Cuando Lamont Cranston llegó al departamento de Park Avenue, se detuvo momentáneamente, bajo la marquesina protectora.

La niebla y la llovizna formaban un tupido velo a través del cual las luces de los automóviles se movían sombrías y desamparadas.

Cranston llevaba echada sobre los hombros una capa negra y se tocaba con un sombrero de anchas alas. Se caló el mismo y alzó el cuello del gabán.

Instantáneamente su rostro se obscureció. Dio unos pasos bajo la marquesina protectora y desapareció milagrosamente en la nebulosa obscuridad de la noche. Desde el lugar donde había desaparecido vino un extraño rumor-una baja y deslizante risa, que pareció arremolinarse entre la niebla-una risa siniestra que pareció una correspondencia de hechos que eran desconocidos.

El sereno tembló de miedo cuando puso el pie en el umbral del portal, enfrente de la casa de departamentos.

¡Había oído la risa de La Sombra!

## *CAPÍTULO VIII*
## *LA REUNION EN EL CLUB DRURY*

El Club Drury era un establecimiento de lujo frecuentado por aquellos que gustan de luces, brillantes y trasnochar.

No sólo era punto de reunión de racketeers, y gangster de primera fila; era también el lugar donde los buscadores hallaban diversiones que eran diferentes de la mayoría de los lugares de esparcimiento, que rodeaban Tímes Square.

Cliff Marsland había entrado en el Club Drury con un sentimiento de confianza. Estaba seguro de que su identidad quedaría sin descubrir; de que nadie le habla visto dejar Larchmont Court y seguir a Ernie Shires.

Allí, en la semi penumbra del club nocturno, Cliff estaba doblemente seguro. Había pocas probabilidades de que fuese observado por nadie. El local estaba lleno y todos los concurrentes concentraban su interés en sus acompañantes.

Las mesas del Club Drury estaban agrupadas alrededor de un espacio central, destinado a los danzarines.

Un número actuaba en él, cuando Cliff entró.

Cliff se abrió paso por entre las mesas hasta el lado retirado del salón grande mirando a derecha e izquierda a medida que avanzaba. Quería descubrir a Ernie Shires, pero no vió el menor rastro del gangster.

Cliff se sentó a una mesa. Esperó a que la bailarina terminase su danza. El reflector se extinguió y se apagaron las luces laterales. Los comensales empezaron a llenar el espacio destinado al baile. Cliff tuvo mejor oportunidad para seguir buscando con la mirada a Ernie Shires.

Tampoco tuvo éxito aquella vez.

¿Había dado Shires una dirección falsa adrede? Era posible. Podía haber cambiado la orden, una vez el taxi en marcha

Un camarero se aproximó a la mesa y le preguntó que deseaba tomar. Cliff consultó el menú. De pronto le asaltó un pensamiento.

Ernie Shires tenía una cita en aquel lugar, no había de celebrar la entrevista en medio de un gran salón lleno de gente.

-Este sitio es demasiado ruidoso para mi-le dijo al camarero-. ¿No hay comedores más pequeños, donde se pueda estar tranquilo?

-Sí, señor-contestó el camarero,- pero generalmente se reservan por anticipado, para fiestas privadas.

-¿Dónde están?-preguntó Cliff.

El camarero señaló por encima de su hombro. Cliff vió una puerta orlada de cortinones.

-Voy allá-dijo Cliff, levantándose de la mesa-. Creo que encontraré una habitación vacía.

El camarero le siguió protestando.

-Acaso haya alguna vacía, señor-objetó -, pero nuestra obligación es conservarla para fiestas. Tendrá usted que pedirla al encargado, señor...

Había llegado a la puerta encortinada. Conducía a un corredor paralelo a la puerta. Había un corredor de puertas al otro lado. Cliff se detuvo y puso en la mano del camarero un billete de diez dólares.

-Deseo estar tranquilo, ¿comprende?-dijo-. Deme una de estas habitaciones. No estaré aquí toda la noche. Si alguien viene por tener la habitación reservada me marcharé. ¿Comprendido?

El camarero aceptó la propina con una inclinación de cabeza. Condujo a Cliff corredor adelante y se detuvo ante una puerta medio abierta. Dio la luz.

Cliff entró en la habitación, la cual tenía una mesa para seis personas. El camarero le trajo la cartulina del menú de una mesa de servicio, situada en el rincón.

-Yo pertenezco al servicio del salón grande, señor. Voy a buscar el camarero encargado de esta habitación. Tendrá que esperar un ratito.

-Perfectamente-respondió Cliff.

Tan pronto el camarero se hubo marchado, Cliff hizo una rápida inspección de la habitación. Habla dos puertas, cada una de ellas en el lado opuesto de la pared. Conducía a las habitaciones contiguas. Gracias a dicha disposición, los grupos numerosos de personas podían disponer de cuartos que se comunicaran entre sí.

Era probable que todos los cuartos del pasillo estuviesen dispuestos de igual manera. Cliff probó cautelosamente las dos puertas y comprobó que tenían echadas la llave. Dedujo que siempre estarían así salvo cuando fuese preciso emplearlas. Ambas puertas tenían el ojo de la cerradura bastante grande.

Inútil era intentar abrirlas de momento. Primeramente seria aconsejable averiguar dónde se hallaba Ernie Shires, si es que se encontraba en el Club Drury, Cliff decidió practicar un reconocimiento. Salió al corredor, cerrando la puerta tras sí.

Había poca luz y no se veía un alma. Avanzó por el pasillo sin encontrar otra cosa que puertas abiertas, que daban a cuartos obscuros, hasta llegar al otro extremo. Allí se encontró con una cerrada. Se detuvo a escuchar. Creyó oír murmullo de voces. Por lo menos, estaba seguro de que la habitación estaba ocupada.

Entró en el cuarto vecino. No dio la luz. Avanzó, a tientas, en la obscuridad hasta la puerta de comunicación. Le era posible oír el murmullo claramente ya; pero sin distinguir las palabras.

Era inútil aguardar en la obscuridad y temerario intentar encender la luz.

Cliff no llevaba llaves ni ningún otro instrumento, salvo la pistola.

Cualquier ruido que hiciera junto a la puerta, llamaría la atención.

Por añadidura, no tardaría en llegar el camarero al cuarto que acababa de abandonar. Lo más prudente seria volver a él. Cliff echó a andar pasillo abajo.

Sentado a la mesa, decidió que no le quedaba más que un recurso: interrogar al camarero cuando se presentase. EL dinero y la persuasión, tal vez soltaran la lengua del hombre.

Mientras tomaba semejante decisión, se abrió la puerta. Entró un camarero.

Era delgado y cargado de hombros. Durante un instante, el hombre estuvo a su lado; luego, al alzar Cliff la vista, vio que se dirigía a la puerta y la cerraba.

Sospechando algo Cliff empezó a levantarse de la silla. El camarero se volvió hacía él y avanzó apresuradamente llevándose un dedo a los labios para imponerle silencio,

-¡Cliff Marsland-dijo, en un susurro.

Cliff se sobresaltó: luego reconoció al otro.

-¡Nipper¡-exclamó-. ¡Nipper Brady¡

Estrechó la mano del camarero.

-Estaba enterado de que habías salido de la Casa Grande-dijo Nipper-. Te aguardaba, Cliff, según te había prometido; pero no quería decirte dónde estaba.

"Le dije a unos tipos que andadas buscando algo que hacer. Deben de habérselo dicho a Tim Waldron. Dijeron que ibas a ir a su casa y, poco después, supe que andaban diciendo que eras tú quien se había cargado a ese pájaro.

"!Chico! ¡Sí que te pusiste a trabajar pronto con la pistola!

El tono de Nipper expresaba admiración. La expresión de su semblante así como sus palabras, demostraba que tenía una opinión muy alta de las hazañas de Cliff. Este sonrió.

-¿Qué haces tú aquí, Nipper?-preguntó.

El hombre se echó a reír. Su pastoso semblante reflejó la astucia.

-Trabajar-repuso-. Es buen empleo. Me quita del paso de la bofia. Pero no tengo la intención de pasarme aquí toda la vida. Cuando sepa un buen asunto, voy a echarle el guante.

"Aquí viene la mar de gente que está metida en negocios de dinero. Voy a engancharme a un negocio de primera en cuanto se me presente ocasión.

Cliff movió, afirmativamente, le cabeza. Conocía muy bien a Nipper. Había salido en libertad de Sing Sing tres meses antes. El y Cliff habían trabajado, uno al lado del otro, en uno de los talleres del presidio.

Y Cliff había aprendido mucho de aquel hombre. Brady era un producto de los bajos fondos. Conocía las costumbres de los gangsters, y se hallaba entre ellos como pez en el agua. Había sido carterista y timador. Había manejado la pistola; es más por tomar parte en una lucha a tiro limpio era por lo que le habían metido en Sing Sing.

Pero, a pesar de sus antecedentes y a pesar del desprecio que le inspiraba la ley, Nipper Brady poseía un sentido de lealtad que Cliff había visto demostrado conclusivamente en más de una ocasión

-Te dije que iba a meterme en uno de esos negocios de explotación que llaman rackets-le recordó Nipper, con su voz baja y ronca-. Son los que están de moda hoy en día. ¿A qué dejarme echar el guante por un atraco cuando puede estar haciendo uno algo que parezca legal?

"También te dije que te pondría al corriente de ese nuevo sistema de chantaje, ¿no? Bueno, pues, ahora que te he visto, voy a ver si invento algo para ti también. Debiéramos trabajar juntos, Cliff, ¡tú y yo¡

Estas palabras proporcionaron inspiración a Cliff.

-Te gustaría trabajar conmigo, ¿eh Nipper?

-¡Vaya sí me gustaría! Siempre has sido persona con quien se podía contar Cuando estábamos en la Casa Grande...

-Olvidemos eso, Nipper.

-Bueno, Cliff. Pero no pienso olvidar nunca algunas de las cosas que hiciste por mí. Si alguna vez puedo hacer algo por ti, cuenta con ello.

-Puedes hacer algo ahora mismo.

-¿Sí?-Nipper parecía encantado-. Ponme al corriente, Cliff.

-Puedes empezar a trabajar por mi cuenta-contestó Cliff, llevándose una mano al bolsillo-. Ahora mismo, Nipper, y tal vez más adelante también.

Sacó dos billetes de cincuenta dólares del bolsillo y los depositó en manos del otro. Este emitió una exclamación de sorpresa.

-¡Cien "pavos"!-murmuró

-Oye, Cliff, yo no puedo aceptar tu dinero. Estuvimos "a la sombra" juntos; fuimos compadres...

-Olvídalo-le interrumpió Cliff-. Ando bien de dinero, Nipper. Sé dónde lo hay en abundancia. Estoy "trabajando" (hizo una pausa), un "negocio" por mi cuenta. Quiero que estés conmigo... cuando te necesite. ¿Estás dispuesto?

-¡Pues claro!

La rápida respuesta llenó de satisfacción a Cliff. Aquel encuentro con Nipper estaba resultando la mar de oportuno. Sabia que Nipper era un luchador; que, pese a su frágil aspecto, era uno de los criminales más decididos del reino de los gangsters

No se correría peligro alguno con Nipper. Este no haría pregunta alguna y nunca surgiría motivo para dudar de su lealtad.

-¿Quién ocupa el comedor que hay al final del pasillo?

-Un grupo de tíos que preparan un negocio.

-Preparando un nuevo racket, ¿no?

-Eso parece. Hay uno de ellos, no sé cómo se llama, que parece como si tuviera relación con uno de los jefes grandes. Parece un tío muy fuerte y muy capaz de usar la pistola con habilidad. Tiene una cara inescrutable...

La descripción le cuadraba a Ernie Shires.

-Bien, Nipper-le interrumpió-. Quiero oír lo que le está diciendo a esa cuadrilla.

-Vaya si les está diciendo algo. Y ¡buen equipo es el que está con él. Uno de ellos es salteador de muelles... ¡los conozco de lejos)

-Entendido.

-Oye, Cliff, ¿vas a meterte tú en su negocio?

Los ojos sin lustre de Nípper habían empezado a brillar. El hombrecillo no podía contener su avidez. Veía presentarse ante él una oportunidad.

-Es posible-respondió Cliff, sin comprometerse.

-¿Recuerdas a Patsy Birch y a Dave Talbot... que estaban en la Casa Grande? Pues andan por aquí. Son buena gente...

-No te precipites-dijo Cliff. Comprendió que el otro estaba preparando el núcleo de una cuadrilla-. Dejémonos de ideas hasta que vea cómo está la cosa. Quiero escuchar lo que dicen esos tipos. ¿Cómo me las arreglaré para conseguirlo?

-Eso es muy fácil. Hay una puerta allí que da a la habitación contigua. Yo tengo la llave. Puedo abrirla sin hacer ruido...

-Pero me verán si me quedo allí -objetó Cliff.

-En ese cuarto no. Es distinto a éste. Hay una especie de rincón allí (Nipper se refería a un nicho), junto a la pared del cuarto. Puedes abrir la puerta un poco cuando entre yo a sacar los platos. Tengo que llamar antes de entrar y dejan de hablar mientras estoy allí.

-Vamos.

Acompañó a Nípper a la obscura habitación. El hombrecillo se puso a trabajar, con cuidado, sobre la puerta. La llave giró suavemente en la cerradura. Nípper le dio un codazo a Cliff y salió al corredor.

Cliff le oyó llamar a la puerta del cuarto contiguo. Luego oyó su voz. El hombrecillo había entrado.

Abrió la puerta de comunicación unas pulgadas.

Oyó, en seguida, entrechocar de platos y fuentes. Cesó el ruido. La puerta exterior se cerró de un leve portazo.

Nipper se había marchado. La conversación se reanudó.

-Así todo queda arreglado-dijo la voz de Ernie Shires-. Decidme dónde vais a meter los camiones.

-En el garage de Fogarty-replicó una voz.

--En el Eureka-dijo otra.

-En el New Bronx-aseguró una tercera.

-De acuerdo-dijo Shires-, traedme las contraseñas Reuníos conmigo en el Garage Nueva Era en Eighth Avenue. En el cuarto del fondo, del que os hablé.

"Ahora, escuchadme bien. El trabajo que hay que hacer mañana por la noche no es de cortar neumáticos. Todo eso, se ha hecho ya en el Bronx. Los pájaros que tienen que dejar solo un coche, empiezan a estar prevenidos. Hacen uso de loe garages porque es peligroso dejar los coches fuera

"Pero esos tres individuos de quienes os he estado hablando, han estado intentando echar a perder el negocio. Dicen que todo eso es una estupidez. Conque hay que escarmentarlos. ¿Comprendéis?

"Y ninguno de nosotros andará por allí cuando se haga, que será a las tres de la madrugada aproximadamente. Conque a las dos, nos reuniremos en el Nueva Era y nos traeremos las cosas aquí, y a unos cuantos sitios a los que os llevaré.

"Los primos han empezado a volverse listos desde que se fue a hacer gárgaras el negocio de Tim Waldron. Hay un puñado de ellos que necesitan un escarmiento Por eso damos a los salteadores de muelle trabajo en nuestra cuadrilla. ¡Todas las manos se pondrán a la obra mañana por la noche!

Cliff oyó otra voz que hablaba en tono muy bajo. Evidentemente, alguien le estaba haciendo una pregunta a Shires La respuesta de Ernie sonó en voz baja también. Luego se oyó otro zumbido.

Shires se puso a hablar en voz bastante alta y sus palabras parecían forzadas.

-Bueno, muchachos-estaba diciendo, no hay más que un camino. Lo que va a hacerse se va a hacer... y se va a hacer bien. Si guardáis el secreto, os daré más detalles.

Sonó un silbido muy bajo. Era un sonido raro, como el que hace el vapor al escaparse. Le puso en guardia a Cliff inmediatamente.

Era una señal antigua que se había usado en Sing Sing durante los meses de invierno. Había servido como aviso y como advertencia de que alguien quería empezar una comunicación secreta.

Había sido uno de los artificios favoritos de Nipper Brady. El hombrecillo lo inventó mientras trabajaba al lado de un ruidoso radiador de la calefacción, en el taller. Cliff alzó la mano del pomo de la puerta y miró, rápidamente, hacia el interior oscuro del cuarto.

Obró justamente a tiempo para ver a un hombre entrar en el cuarto por la entreabierta puerta.

No hizo el menor movimiento. Su cerebro trabajaba rápidamente. Su mano derecha no se veía, era más, cuidaba casi de que el intruso pudiera verle.

Cautelosamente sacó la pistola del bolsillo.

Se dio cuenta, en seguida, de lo ocurrido. Alguno de los que integraban la cuadrilla de Ernie había sospechado de que alguien les escuchaba. Habían enviado un pistolero a que investigara.

Cliff Marsland se tornó sombrío. EL hombre que entrara se hallaba en el cuarto, al otro lado de la mesa del centro, con toda seguridad. Evocó la noche, en Francia, muchos años antes, en que una figura así le había arrastrado hacia él cuando yacía a pocos metros de las trincheras alemanas.

Recordó cómo había asido al alemán de la garganta, cómo había muerto éste, silenciosamente, en la obscuridad.

La situación era la misma aquella noche, pero más de cerca. ¿Podría tener el mismo éxito que en la ocasión anterior?

¡Era su vida o la del otro¡ Uno de los dos tenía que morir, si el investigador regresaba. Si no salía sonido alguno del cuarto oscuro, podrían ganarse unos momentos mientras aguardaban los otros gangsters.

Lentamente, Cliff se agazapó. Se movió hacia la mesa. Dejó la pistola en el suelo, al alcance de su mano, junto a la pata de una silla. Respiraba silenciosamente entre labios en tensión, al deslizarse, lentamente, hacia adelante para pillar a su enemigo desapercibido.

## *CAPÍTULO IX*
## *PISTOLAS EN JUEGO*

Era cuestión de pulgadas ya. Cliff sabia que la esquina de la mesa seria el punto de encuentro. El hombre que le amenazaba era cauteloso.

Cliff adivinó su plan. Tenia la intención de asomarse a la esquina de la mesa, ver el cuerpo de Cliff a contraluz y disparar.

Conque aguardó aquel movimiento. Estaba preparado para darle una sorpresa en cuanto el gangster revelase su presencia.

Llegó el momento. Una cabeza asomó cautelosamente. Cliff vio el brillo de sus ojos. Instantáneamente, echó las manos en dirección al cuello del desconocido.

Lo cogió y oyó el gorgoteo del otro, que intentó retirarse. El cuerpo del hombre rodó por el suelo, retorciéndose como una serpiente.

Cliff avanzó para contener aquellos movimientos. Una silla que cayera seria la señal para que los que se hallaban en el cuarto contiguo, le atacaran.

La mano derecha del hombre quedó sujeta bajo el cuerpo de Cliff. AL adelantarse, Cliff libertó la mano; pero siguió sujetando el brazo. Se dio cuenta de su error inmediatamente.

Su contrincante estaba perdiendo el conocimiento, pero sé había rehecho de la sorpresa que acompañara el ataque. El hombre había dejado caer la pistola; pero logró asirla nuevamente al serle soltada la mano. Un estampido, como el de un cañón, resonó en el cuarto. ¡El hombre había disparado!

Los gangsters que aguardaban, respondieron inmediatamente a la señal.

Sólo le separaba un salto de la puerta. Olvidando a su debilitado contrincante, Cliff corrió a cerrar la barrera. Lo logró justamente a tiempo.

Cerró la puerta de un tirón y se echó a un lado, tirando del pomo.

Afortunadamente, Nipper había dejado la llave en la cerradura, preparada para cuando se marchara Cliff. Este la echó.

Se volvió hacia la mesa. Su contrincante se había levantado, pistola en mano. Vió el leve destello que despedía el metal.

La muerte le amenazaba. Estaba impotente. Su posición era conocida y no tenia escape. Pero, en aquel instante, sonó un disparo en la puerta exterior.

Cliff vió cómo se doblaba el cuerpo del adversario. La puerta exterior se cerró de golpe y la llave giró en la cerradura.

La voz de Nipper sonó en la obscuridad.

-¡Le di, Cliff! Justamente a tiempo. Les he cerrado el paso del corredor. Prepárate.

Algo se estrelló contra la puerta que conducía al cuarto en que Ernie Shires y su cuadrilla se encontraban. Otro golpe y empezó a entrar la luz por una abertura.

Nipper hizo cuatro disparos rápidos contra la puerta. Le respondió una carcajada burlona. Los gangsters se habían figurado lo que ocurriría.

-¡Al suelo, Cliff¡-avisó Nipper.

Una ráfaga de proyectiles barrió el cuarto apenas se hubieron tirado ambos hombres al suelo. Luego sonó un estrépito imponente y la puerta se estremeció, al ceder las bisagras. Nipper disparó dos veces. Tampoco tocó blanco alguno aquella vez.

-Salgamos por el pasillo-sugirió Cliff.

-No hay manera -replicó el otro, sombrío-. Tendrán un centinela ahí fuera a buen seguro. Aguardemos... ¡Es seguro que entrará alguien del Club! Pero están haciendo la mar de ruido ahí fuera, en la pista de baile.

Se alzó y vació el descargador contra una figura que apareció en la abertura de la puerta. Cliff, alargando la mano, encontró su pistola e hizo tres disparos.

Otro grito burlón les contestó, al desaparecer la figura. Había disparado contra una chaqueta alzada para atraer el fuego.

-¡Me he quedado sin municiones!-se quejó Nipper-. ¡Qué primo soy¡

-Quítale a ese tipo la pistola-dijo Cliff.

Nipper buscó por el suelo. No podía encontrar el arma del gangster caído.

Cliff tenía su pistola preparada.

Sonó un enorme porrazo en la puerta. La parte inferior se alzó hacia adentro, como si la hubiera tocado un ariete. La bisagra de arriba quedó arrancada y la puesta cayó plana.

Cliff disparó contra un hombre que vio en la habitación iluminada. Este se tambaleó.

Había hecho un blanco; pero la situación era insostenible. El y Nipper habían vuelto a retirarse al interior del cuarto. Sólo podrían dominar un ángulo de la otra habitación.

La luz que entraba iluminaba el cuerpo del gángster al que había derribado Nipper de un tiro. La pistola del hombre yacía a la vista. El intentar apoderarse de ella hubiera sido suicida y Nipper lo sabía. Desde el otro cuarto, Shires y sus secuaces dominaban toda la extensión que había delante de la puerta.

-¡Si pudiera alcanzar esa pistola-gimió Nipper.

-A mí me quedan un par de balas-repuso Cliff.

-¡Ahórralas¡ ¡Las necesitarás!

Hubo un momento de amenazador silencio mientras Cliff y su compañero aguardaban el ataque que estaban seguros había de llegar, Ernie Shires era cauteloso. Pero no podía esperar mucho tiempo.

Sí los disparos habían sido oídos en el salón del Club Drury, no tardaría en llegar alguien. Pero, hasta entonces, nadie se había presentado.

-¿Dónde está Geek?-preguntó la voz de Shires.

-En el pasillo, vigilando la otra puerta-le contestaron.

-Bien, ¡atrás, muchachos, y preparaos a atacar en masa¡ ¡No les deis tiempo a que disparen contra nosotros¡ ¿Estáis preparados?

Un ruido de pies anunció que se estaban obedeciendo las instrucciones de Ernie.

-Un momento-dijo la voz de este último-. Que uno de vosotros abra la puerta del pasillo y vea si Geek está bien. Luego, que la cierre y vuelva a reunirse con nosotros. ¡Tú, Bill! ¡Encárgate de eso¡¡Al tanto¡ ¡En cuanto Bill regrese, atacamos¡

Hubo una pequeña pausa. Bill estaba abriendo la puerta, evidentemente. Cliff asió con fuerza su pistola. La mirada de Nipper estaba clavada en el arma que yacía junto al cadáver del gangster. Estaba preparándose para dar un salto hacia ella, cuando fue iniciado el ataque.

-¡Seguid vigilando el otro cuarto!-gritó le voz de Ernie-. ¡No les proporcionéis ocasión alguna de escapar¡

Al pronunciar la última palabra se oyó un disparo en el reservado de la puerta exterior, por donde había salido Bill.

Ernie Shires soltó una exclamación. Un disparo sonó entre los pistoleros que aguardaban. Inmediatamente, el otro cuarto quedó sumido en tinieblas.

La confusión reinaba en el cerebro de Cliff. No podía imaginarse qué habría ocurrido. Sonó una fuerte detonación a su lado, acompañada de un fogonazo.

-¡Apunte por la puerta!-gritó Nipper.

El hombrecillo se había apoderado, por fin, de la pistola del muerto.

En el otro cuarto, el ruido de disparos se mezcló con el de los gritos. ¡En la cuadrilla de Ernie parecía reinar el caos¡ Cliff ahorró sus dos preciosos cartuchos. Aguardaba, mientras Nipper disparaba a intervalos intentando adivinar lo ocurrido. De pronto lo comprendió.

Alguien había entrado en la habitación contigua al abrir Bill la puerta. El recién llegado había matado al gangster v apagado después las luces. ¡Estaba luchando solo en la obscuridad!

Quienquiera que fuese, todas las probabilidades estaban en contra de él. Ello no obstante, la obscuridad era su protectora, porque nadie podía verle.

Los disparos cesaron. La voz de Ernie sonó en la obscuridad.

-¡No os mováis!-decía-. ¡Aguardad a que dispare! ¡Así sabremos dónde está! ¡Esperad, muchachos!

El silencio que siguió fue aún más terrible que las detonaciones de las armas de fuego. Era un silencio ominoso. Ernie y sus hombres aguardaban; pero, para parar los disparos, Ernie se había visto obligado a descubrir sus intenciones. El adversario era demasiado inteligente para hacer un disparo que le delatara.

Cliff asió el brazo de Nipper en la obscuridad y tiró del hombrecillo hacia la puerta.

-¡Ven!-susurró-. ¡Esta es la ocasión más propicia para marcharse!

Se arrastraron hacia la puerta exterior. Nipper dio con la cerradura y abrió silenciosamente. Hizo girar el pomo y entreabrió la puerta, atisbando por la rendija, para ver dónde estaba emplazado Geek. Luego le asió de la manga a Cliff y tiró de él.

Un hombre yacía sin conocimiento en el pasillo. El pistolero Geek había sido pillado desapercibido por el misterioso salvador. Nipper se guardó la pistola que yacía junto al hombre. Miró tranquilamente a Geek.

-Le han dejado bien dormido-comentó-. Alguien le dio un golpe y... ¡se lo dio bien!

La música chillona de la orquesta llegó hasta ellos como rugido lejano.

Nada de particular tenia que no hubiesen sido oído los disparos, pensó Cliff. Amortiguado por las gruesas puertas de los reservados, el sonido había quedado completamente ahogado.

-Por aquí, Cliff-susurró Nipper Descorrió una puerta secreta al extremo del pasillo-. ¡Saldremos por la salida especial que usa el jefe!

-Aguarda, Nipper-respondió Cliff, con voz seria-. Ese individuo que está ahí dentro... ¡no podemos abandonarle!

Nipper estaba pasando ya por la abertura.

-¡Vamos!-insistió-. No sabemos quién es ese tipo. Quizá sea un pájaro que quería cargarse a alguno de la banda. !Ya se cuidará él de sí mismo! ¡Vamos!

Cliff se rezagó. Nipper se había introducido por la puerta secreta, no siendo ya posible vérsele desde el pasillo, tan grandes eran sus ganas de alejarse.

Cliff aun tenia la mirada clavada en las puertas, la del reservado en que estaba Ernie con su cuadrilla y aquella por la que él y Nipper habían salido.

Volvieron a oírse disparos en el cuarto. Luego, por la puerta que Cliff y Nipper usaran, salió un hombre alto, vestido de negro. Parecía un espectro en la obscuridad. Iba envuelto en una capa y llevaba el sombrero echado sobre los ojos.

-¡La Sombra!-exclamó Cliff.

Una risa baja y burlona repercutió por el corredor. Una mano negra surgió de la capa y se vio un fogonazo al ser disparada una pistola.

-¿Qué es eso?-exclamó Nipper.

Cliff se quedó como si hubiese echado raíces. Vió a La Sombra dar media vuelta y avanzar por el corredor con paso rápido y asombroso. El hombre de negro pareció fundirse en las cortinas que colgaban ante la entrada de la sala principal del Club Drury.

Ernie Shires salió corriendo, al corredor, seguido de dos de sus hombres.

Inmediatamente, Cliff se metió por la puertecilla secreta, empujando a Nipper adelante.

Shires le había visto, pero pudo escapar a tiempo. Se oyeron disparos en el corredor.

Nipper volvió de un salto, cerrando la puerta y echando el cerrojo.

-¡Vamos!-dijo-. ¡Aprisa! ¡Ven conmigo¡

Doblaron un recodo del oscuro pasillo mientras sonaban disparos y golpes en la puerta, detrás de ellos. ¡Ernie Shires y sus hombres habían quedado chasqueados!

Nipper abrió una puerta y empujó a Cliff a la calle. Lloviznaba.

-¡Lárgate, Cliff!-dijo-. Yo me encargo de esto. Me encontrarán haciendo de vago abajo, escuchando la orquesta. No te preocupes por mí. Y, cuando me necesites, Cliff, avísame aquí.

Cliff le dio unos golpecitos en el hombro a su compañero. Subió a la acera de la callejuela y caminó a paso ligero hasta llegar a la avenida. Allí anduvo otra cuadro y paró un taxi. Se hizo conducir a Larchmont Court.

Una vez de nuevo en la obscuridad de su cuarto, Cliff se sentó junto a la ventana. El reloj iluminado marcaba las once y media. El cuadro de anuncios se encendía intermitentemente; la orla del mismo funcionaba con normal regularidad.

-¡La Sombra! - murmuró Cliff-. ¡Era La Sombra! ¡Nos salvó! ¡Debe de poder ver en la obscuridad... saber sin ver¡ Sabía que yo había logrado escapar. Entonces escapó él, atrayendo a la cuadrilla para asegurarse de que tuviera yo tiempo de sobra para huir."Ernie no le vió en el corredor. . ¡nadie hubiera podido verle! ¡Se disipó como el humo!

Los acontecimientos de la noche parecían extrañamente irreales. Cliff se preguntó qué estaría ocurriendo, en aquellos momentos, en el Club Drury. Se preguntó cuántos pistoleros de la cuadrilla de Ernie quedarían. Nipper había eliminado a uno. Otros debían haber caído en aquel cuarto oscuro.

Cliff rió; y luego se estremeció. El recuerdo de aquella risa fantástica le producía escalofríos. Se alegraba de estar trabajando a las órdenes de La Sombra y no como adversario suyo.

¡A las órdenes de La Sombra¡

Aquello le sirvió de recordatorio. Aun tenía que dar el parte de la noche.

Alargó la mano hacia el teléfono. Antes de que lo hubiera encontrado en la obscuridad, empezó a sonar. Descolgó el auricular y lo acercó a la oreja.

-¡Diga!

-¡Cliff ¡ Era la voz de Madge.

-Di-respondió el joven, sonriendo.

-¿Estás bien?

-Completamente.

-Estaba preocupada por ti. Hace un momento bajé al vestíbulo; no estaba tu llave; comprendí que estarías en tu cuarto.

-¿Preocuparte por mí?

-Sí; porque temí que pudieras meterte en algún lío... ¡por culpa de Ernie!

-No te preocupes. Estoy perfectamente.

-Me alegro lo indecible, Cliff. No puedo hablar más ahora. Estoy en el bar que hay al final de la calle Tengo que volver. Pero... ¡ah, Cliff¡ Si algo te ocurriera alguna vez... ¡no sé lo que haría! Acuérdate de eso, ¿eh precioso?

-¡Me acordaré!-respondió Cliff con dulzura.

Colgó el teléfono después de haberse despedido de Madge. Aguardó unos instantes, luego llamó al telefonista y dio el número al que había llamado al informar por primera vez a La Sombra.

## *CAPÍTULO X*
## *ERNIE COMPLETA SUS PLANES*

A primera hora de la noche siguiente, Ernie Shires apareció en una bocacalle que conducía a Eighth Avenue. Caminó sosegadamente hasta llegar a la pared de un gran edificio. Allí se detuvo a encender un cigarrillo.

Se quedó parado junto a la casa, mirando en todas direcciones. La minúscula colilla del cigarrillo describió una parábola en el aire al cruzar la acera y caer en el arroyo.

Convencido de que no le observaban, Ernie retrocedió unos pasos se metió por una especie de callejón que había en la parte de atrás del edificio, y entró por una puerta pequeña. Andando a obscuras llegó a otra puerta y la franqueó.

Dio a un interruptor. La luz iluminó una desvencijada mesa y varias sillas.

Ernie se hallaba en un despacho posterior del Garage Nueva Era.

EL rostro del gangster tenia una expresión siniestra cuando el hombre se sentó fumando otro cigarrillo. Empujó un montón de papeles al suelo, para poder poner los pies sobre la mesa.

Un periódico llamó su atención. Era un ejemplar del Evening Splere. Ernie empezó a leerlo.

Sólo el rictus en que se curvaron sus delgados labios dio idea de los pensamientos que cruzaron por su cerebro. Porque el suelto que estaba leyendo le producía resentimiento y satisfacción a la par.

El tiroteo del Club Drury había causado una tremenda sensación. La empresa había hecho todo lo posible por evitar que se hiciera público lo ocurrido. Los malhechores habían huido y no se tenía el menor indicio que permitiese descubrir su identidad.

Hubiera sido fácil sobornar a la policía -la empresa lo había hecho ya en otras ocasiones, pero el hecho de que fueran hallados tres cadáveres acribillados a balazos, daba un cariz distinto al asunto.

Ernie empezó a hacer un resumen mental. La cuadrilla se componía de nueve nombres, contándole a él, en el momento de iniciarse la lucha.

Bosker, el hombre que saliera a investigar, había muerto de un solo tiro. El pistolero Bill, encargado de acercarse a la puerta, había recibido un tiro a manos del desconocido que apagara las luces y empezara a disparar.

Cuando los gangsters habían respondido al fuego, el hombre ya no estaba allí; pero el cuerpo inerte de Bill había recibido su cuota de balazos

¡Sus propios compañeros le habían matado¡

Luke Romano había sido el tercero en morir. Su cadáver habla sido hallado en un rincón, cerca de la puerta. Ernie recordaba aquel rincón. Había visto un fogonazo y creído que se trataba de la pistola del desconocido.

Había disparado a su vez.

¡Había matado él mismo a Romano¡ Luke era un hombre muy útil. Era una verdadera lástima.

Lo que no mencionaban los periódicos era las heridas sufridas. De los nueve hombres, tres habían muerto; tres habían sido heridos y sólo tres lograron salir ilesos.

Ernie era uno de los afortunados. Big Ben Hargins, el salteador de muelle, otro. EL tercero era Geek, el que había estado de guardia en el corredor.

Geek había recibido un formidable puñetazo en la mandíbula. Había estado sin conocimiento durante todo el tiroteo; pero volvió en si, al ser alzado por Ernie y Big Ben cuando éstos vieron fracasado su intento de dar con sus adversarios.

Los disparos hechos contra la puerta secreta sirvieron para atraer a un grupo de camareros de armas tomar (el Club Drury mantenía a sueldo, una horda de matones profesionales); pero Ernie y los que quedaron de la cuadrilla habian logrado escapar por una salida que habia al otro extremo del comedor.

Ernie había mantenido a raya a los amenazadores camareros con la pistola, mientras Big Ben y Geek ayudaban a huir a los tres pistoleros heridos.

Luego los había seguido Ernie.

El hecho que disgustaba a Ernie mucho más que la muerte de sus hombres, era el que fuese el tiroteo relacionado con los rackets. Otra columna primera plana anunciaba que la policía estaba organizando brigadas anti-rackets.

Ernie se dio cuenta de que todo había partido de su fracaso al atacar a la conductora. Desde entonces había habido otros incidentes, todos ellos citados por el periódico.

Un panadero había luchado contra los gangsters que querían destruirle el establecimiento porque vendía el pan a un precio inferior al fijado por los pistoleros que

explotaban aquel ramo. En plena lucha, unos tiros disparados desde la calle habían hecho caer a los gangsters, siendo capturados dos de ellos.

Otro grupo, que iba con la intención de destrozar el Invernadero de un floricultor de Nueva Jersey, había sido sorprendido en la obscuridad. La policía local logró detener a uno de los que lo integraban, descubriendo que se trataba de un pistolero de Manhattan.

Habíanse dado otros incidentes por el estilo y todos ellos tenían preocupados a los racketeers, como se había dado en llamar a los que se dedicaban a rackets.

Ernie tiró el periódico al suelo. Dio un puntapié al borde de la mesa.

Veía claramente la amenaza que se ocultaba detrás de aquello. ¡La Sombra era responsable de todo! !

Los métodos de los racketeers habían sido demasiado osados. Salieron bien con la policía. Los métodos de la ley eran lentos. Los políticos poco escrupulosos abundaban. Era fácil sobornar a la policía.

Pero, he aquí que se había presentado alguien-Ernie sabía quién-dispuesto a cortarles los vuelos a los rackets prósperos y a provocar demostraciones públicas.

La notoriedad era perjudicial para los rackets. Eso había quedado demostrado ya en el pasado, y se estaba demostrando nuevamente en la actualidad.

Se abrió una puerta y entró Big Ben Hargins. Ernie le saludó con un gesto. Hargins se dio cuenta de lo ceñudo que estaba el otro.

-¿Qué pasa ahora, Ernie?-interrogó.

Ernie indicó el periódico que yacía en el suelo.

-Un vivo que quiere estropear los "negocios"-dijo-. Apostaría a que se trata del mismo tipo que nos deshizo la reunión anoche. Bueno (rió, con hosquedad), ya veremos hasta dónde llega con nosotros. ¡Estamos organizados para hacer frente a gente como él!

-Ahora tienes seis hombres menos que anoche-le respondió, con brutal franqueza. Big Ben-. ¡Tres muertos y tres heridos. Es cosa de risa, ¿eh?

-Bueno, ¿y no vas tú a traer seis salteadores de muelle para rellenar?

-¡Seguro !Estarán aquí esta noche!

-Bien. Pues, ya estamos completos otra vez.

-Sí; pero, ¿y los tres que iban a conducir los tres camiones a...?

-Eso está arreglado ya. Conseguí otros tres hoy. No tardarán en llegar. Por eso estoy aquí ahora.

Big Ben recogió el periódico que había tirado Ernie. Empezó a leer los titulares con sumo trabajo, deletreándolos palabra por palabra.

-¡Sí que ha habido jaleo últimamente! –comentó-. Lo de anoche no nos ha hecho nada de bien.

-¡Esta noche, es la noche que cuenta! -repuso Ernie.

Retiró los pies de la mesa y se inclinó hacia adelante en su asiento,

-Escucha, Ben, las cosas están bien arregladas. El Bronx es un sitio un poco duro de pelar. El fiscal de allá ha estado trabajando contra los rackets. !Por eso vamos a estar aquí cuando empiecen los fuegos artificiales!

"La hora es a las tres. A esa hora empezaremos a ir de un sitio a otra y a dar el toque final. Son seis los garages cuya entrada hemos de forzar.

"Yo soy el único que sabe qué garages son. Recibí mis instrucciones de arriba. La cuadrilla ha de seguirme, ¿comprendes?

"No hay quien pueda meternos en un lío una vez que hayamos empezado Quienquiera que sea el que ha estado armando jaleo.., Bueno, pues... !ojalá se le ocurra meterse con nosotros esta noche! ¡Le mandaremos al otro barrio!

-Eso es lo que le ocurrirá, desde luego, si intenta meterse con mis hombres- aseguró Big Ben, con énfasis-. Allá en los muelles, nosotros somos los amos. He observado que dejan

en paz a los muchachos allí. Sólo hay un pájaro que puede armar jaleo con mi cuadrilla: Hoke Larrigan.

-¿Aun intenta hacerse el amo del negocio en los muelles?

-Sí. Tiene cuadrilla propia: pero no es demasiado fuerte para él. Y él lo sabe.

"He estado trabajando con Bart el tiempo suficiente para saber que él es el rey de los muelles y... ¡piensa seguir siendo el rey!

-Supongo que Hart nada tendrá que decir contra el trabajo que vais a hacer esta noche, ¿verdad?

-Claro que no-replicó Ben-. No estaríamos aquí sino. Él va a recibir su parte. Y eso basta.

Un hombre tosco de rostro cetrino entró por la misma puerta que usara Big Ben. Ernie gruñó un saludo. El hombre le entregó una contraseña-recibo de un coche depositado. Llevaba el nombre de "Garage Eureka".

-Bien-dijo Ernie-. Todo está arreglado, ¿no?

El hombre movió afirmativamente la cabeza y se retiró.

Unos momentos después se presentó otro. Tendió un cupón marcado “Garage New Bronx".

Ernie empezó otra conversación con Big Ben Hargins. Mientras hablaban, se presentó un tercer hombre con un recibe encabezado: "Garage Fogarty".

-Pues eso ya está-murmuró Ernie, con aprobación, después de haberse marchado el tercer hombre-. Ese fiscal del Bronx que tanto se las da de vivo, va a tener algo en qué pensar mañana.

"He hecho los cortes en los neumáticos, los he estado haciendo toda la semana, al mismo tiempo que cambiar unos por otros, estropeando el pintado de coches y todo eso. Los garages que han entrado en vereda están haciendo buen negocio; pero estos tipos (Ernie abrió los tres recibos abanico, como si fueran naipes), han creído poder hacer negocio sin pagar.

"Hay muchos otros que piensan igual. Vete fijando como entran en vereda de ahora en adelante. Va a ser trabajo fácil el de los propagandistas y recaudadores. ¡Este racket es de los más fáciles y productivos, Ben¡

Ernie abrió un cajón y dejó caer dentro los recibos. Cerró con llave la puerta por la que habían entrado sus visitantes y le hizo una seña a Big Ben para que le siguiera. Ernie se dirigió a la puerta que conducía a la obscura parte posterior del garage

-Saldremos por aquí, Ben-dijo-. Nada tenemos que hacer aquí hasta mas tarde.

-Vamos. Iremos al "cine".

Se detuvo, bruscamente, al abrir la puerta. Sacó una lámpara de bolsillo e iluminó el espacio vacío que había delante de él. El haz luminoso reveló pilas pequeñas de cajas y piezas de automóvil, de desecho.

-¿Que pasa, Ernie?-inquirió Big Ben, mirando por encima del hombro de su compañero.

-¿Ves algo?-respondió el otro, en un susurro.

La lámpara proyectaba sombras extrañas al volverse de uno a otro lado.

Eran como formas gigantescas, espectrales.

Ernie vaciló unos instantes al revelar la luz una sombra profunda. Luego volvió la lámpara en otra dirección.

-No veo nada en absoluto-comentó Big Ben-. Nada más que un montón de sombras. No significan nada.

-Tal vez si que significan algo... a veces-replicó Ernie, enigmáticamente-. No me he sentido muy bien esta noche, Ben. Debo estar nervioso (el gangster rió, con sarcasmo), porque, cuando entré aquí me pareció que alguien me seguía.

"Pero aquí no hay nadie: eso es seguro. Vamos.

Apagó la lámpara y abrió el camino, por la obscuridad, después de cerrar con llave la puerta del despacho. Cuando hubieron salido al callejón, cerró la puerta exterior con llave también. Los dos hombres caminaron por el callejón hacia la calle. Allí, Ernie asió a su compañero y le detuvo.

-Fue aquí mismo-dijo-. Yo estaba fumando un cigarrillo. Aguardé y era como si unos ojos me vigilaran. Unos ojos desde las tinieblas.

"¡Aguarda un momento, Ernie! ¡Todas las precauciones son pocas!

Transcurrió un rato, Ernie pareció satisfecho. El y su compañero salieron y echaron a andar calle abajo Ernie empezó a reírse de sus propios temores.

Algo se movió allá en la obscuridad del cuarto, fuera del despacho. Se oyó un leve rumor en el mismísimo rincón que había iluminado Ernie con su lámpara.

Un sonido vago, leve, surgió de la puerta del despacho. La puerta se abrió, al terminar una mano invisible con la cerradura. La minúscula luz de una lámpara de bolsillo de chaleco apareció en el interior del despacho

La luz descansó sobre la mesa. Apareció una mano, enfundada de negro, y abrió el cajón. Sacó los tres recibos que Ernie había dejado allí. La luz se apagó.

Una risa suave llenó el cuarto. No era más alta que una respiración convulsiva: pero su sonido resultaba fantástico y aterrador. El cajón se cerró.

Unos segundos más tarde se cerró la puerta. La cerradura emitió un chasquido. Se oyó un leve sonido en la puerta del callejón. Se abrió. Se cerró.

Una forma vaga se dirigió hacia la calle.

¡La Sombra había estado y se había vuelto a marchar! Como un fantasma de la noche, se había dirigido a la guarida de Ernie, llevándose tres hojitas de cartulina.

¿Cuál era el objeto de aquella visita nocturna? ¡Sólo la Sombra lo sabía!

## *CAPÍTULO XI*
## *EL ESTALLIDO*

Cliff Marsland entró en el Club Drury de igual modo que lo hiciera veinticuatro horas antes. El tiroteo de la noche anterior no había afectado, en absoluto, el negocio del establecimiento. La pista de baile estaba concurridísima.

Una sonrisa apareció en los labios de Cliff. Parecía extraño que estuviera otra vez allí, tan pronto: que, a pesar del importante papel que había desempeñado en el jaleo de la noche anterior no recayera sospecha alguna sobre él y tuviese la libertad de entrar y salir a su antojo.

Anduvo junto a la pared hasta que llegó a la puerta de las cortinas. Allí se encontró con un camarero.

-El reservado Nº 8-dijo.

-¿Lo reservó usted por adelantado?

-Sí.

Le condujeron a uno de los cuartos vacíos.

-¿Espera usted compañía, caballero?-preguntó el camarero.

-Sí.

En cuanto se hubo marchado el dependiente, Cliff metió la mano por debajo de la mesa. Sus dedos tropezaron con un sobre. Cliff lo abrió.

Dentro había tres hojitas de cartulina, cada una de ellas recibo de un garage.

Cliff sonrió y se las metió en el bolsillo No sabía quién había dejado el sobre allí; pero suponía que se trataba de La Sombra.

El sobre se había despegado con facilidad. No debía de haber estado mucho tiempo allí. Eso no importaba, sin embargo, lo importante era que la presencia del sobre cuadraba exactamente, con las instrucciones que Cliff había recibido no mucho antes, por medio del anuncio luminoso que funcionaba frente a la ventana de su cuarto.

Encendió un cigarrillo y aguardó. Transcurrieron cinco minutos. Nipper apareció en la puerta. Entró y la cerró tras sí. El pistolero de pastoso semblante sonrió al estrecharle a Cliff la mano.

-Todo está arreglado-dijo-. Me puse en contacto con ellos por teléfono diez minutos después de llamarme tú. Te recordaban divinamente, de la Casa Grande. Patsy te cree un as. Tanto él como Dave son personas de confianza.

Llamaron a la puerta. Nipper, volviendo a su papel de camarero, abrió la puerta. Entraron dos hombres. El camarero que los había acompañado se marchó. Nipper cerró la puerta y se volvió, viendo que Cliff estrechaba la mano de los recién llegados.

Cliff recordaba muy bien a Dave Talbot y a Patsy Brich. Los dos hombres se parecían mucho; ambos eran miembros endurecidos de los bajos fondos.

Como Nipper, habían estado pasando periódicamente por la cárcel desde los tiempos en que los malhechores se encargaban de cometer por si mismos los crímenes que les interesaba cometer.

Ambos aguardaban la oportunidad de poder incorporarse a una organización próspera, que ofreciera seguridad. Habían tenido el buen acuerdo de adaptarse al nuevo régimen imperante en el reino de los gangsters.

-Danos detalles, Cliff-suplicó Nipper con avidez-. He arreglado las cosas para poder estar libre esta noche. Pienso abandonar esta colocación en cuanto tú me lo indiques. ¿De qué se trata?

-Nada más que de lo siguiente -replicó Cliff-, anoche me dijo Nipper que podía ponerse en contacto con vosotros cuando yo os necesitara.

"No hice nada anoche, porque Nipper y yo nos topamos con algo que no habíamos esperado. Pero he estado echando cálculos hoy y he hablado... es decir, he quedado de acuerdo con un individuo que esta metido en esto conmigo. ¿Que quién es ese individuo? Eso es cuenta mía.

Cliff observó, con satisfacción que los que le escuchaban asentían con un movimiento de cabeza. Comprendía que sería un error fatal el mencionar, siquiera, a La Sombra.

-Lo único que vosotros necesitáis saber es que trabajáis por cuenta mía ¿Habéis comprendido?

-De acuerdo, Cliff - contestó Dave-. Cuenta con nosotros.

-Lo único que sabe Nipper-prosiguió Cliff-, es que estoy intentando meterme en un racket.

"Hay que mirarlo de la siguiente manera: He salido de la Casa Grande. Mientras yo he estado cumpliendo condena un puñado de tipos ha estado trabajando. Ahora ya estoy fuera y cada vez que busco un hueco, quieren que haga trabajo de niño de pecho. Eso no da dinero.

-Tienes razón-asintió Nipper-. Todos hemos estado de mala pata, Dave. Patsy y yo. Tú mandas, Cliff.

-Se me ocurrió-dijo Cliff,- que si quería trabajar un racket, el mejor sistema era darles el salto a algunos de estos individuos que creen saber todo lo que hay que saber del negocio. Conque voy a tomar yo cartas en el asunto. Y voy a hacerlo a mi manera.

"¡Tengo pasta¡ ¡Voy a seguir consiguiéndola! Vosotros os encontréis en las mismas circunstancias en que me encontraba yo. Por eso os proporciono la oportunidad de que entréis en el negocio.

-De acuerdo, Cliff-asintió Patsy-. Te voy a hablar claro. Estamos los tres dispuestos... y no tenemos compromiso con nadie por ahora. ¡Ni pensamos comprometernos con nadie mientras tengas tal trabajo para nosotros!

Cliff sacó un fajo de billetes del bolsillo. Los tres hombres le contemplaron mientras contaba mil quinientos dólares en billetes de a cien dólares y dividía el dinero en tres partes iguales. Sacó los recibos de los garages y depositó uno sobre cada pila de billetes.

-Una pila para cada uno de vosotros-dijo-. ¡Os pago por anticipado! ¡Esa es una prueba de la confianza que me merecéis!

-¡Medio billete grande!-exclamó Nipper-. Oye, Cliff! ¡por esa cantidad somos capaces de cargarnos a toda una cuadrilla:

-Guardaos el dinero. Mirad esos recibos y escuchadme. No se usarán las pistolas esta noche. Podéis dejároslas en casa si queréis. Este trabajo hay que hacerlo sin escándalo, ¿comprendéis?

Los hombres afirmaron, con la cabeza.

-Quiero que cada uno de vosotros coja su recibo y se dirija al garage correspondiente. Pagad la estadía de los camiones; pero, antes de salir buscad un interruptor pequeño que hay debajo del asiento.

"Encontraréis una conexión eléctrica o algo. Quitadla. ¿Me entendéis?

"Ahora os voy a decir dónde tenéis que llevar los camiones. Cada uno de vosotros irá a un garage Nueva Era. El de Tenh Avenue es el que te corresponde a ti, Patsy. El tuyo es el de Fiftyfoyrth Street, Dave. Nipper irá a Eighth Avenue. Dejad los camiones depositados allí.

"Aseguraos bien. Decid que vais a dejar el camión. Trabajad a uno de los empleados para conseguirlo.

"Repasad el coche antes de dejarlo y dadle al interruptor, estableciendo contacto, cuando nadie os observe. ¿Comprendéis bien todo eso?

"Bueno, pues unas palabras más. Conducid esos camiones despacio y con mucho cuidado cuando salgáis del Bronx. No corráis riesgos. No os metáis en líos. ¡Nada más!

¿Medio billete grande?-inquirió Nipper, con incredulidad-. ¿Medio billete grande nada más que por conducir un coche desde el Bronx?

-Por eso precisamente-contestó Cliff-. Y nada más que por eso. Luego no asoméis por ahí hasta que volváis a tener noticias mías. ¡Eso es todo!

La reunión se desbandó. Patsy y Dave salieron del cuarto. Nipper les siguió.

Cliff permaneció allí unos instantes más. Luego se dirigió al salón principal del Club Drury.

Al otro lado había una hilera de reservados, con cortinas. Se hallaban delante de mesas pequeñas tan a cubierto de mirada indiscreta como los comedores particulares. Cliff sonrió.

El Club Drury resultaba un lugar ideal aquella noche. Seria el último sitio del mundo a que persona alguna relacionada con Ernie Shires o Durgan "el Matador" acudiría. Por eso se había escogido como punto de reunión.

Las instrucciones habían sorprendido a Cliff cuando las recibió, pero luego que hubo comprendido, había puesto la idea de La Sombra en práctica.

Echó a andar a lo largo de la hilera de reservados hasta ver un menú asomar por debajo de una de las cortinas. Entró. Madge Benton le aguardaba. .

-¡Ah, Cliff!-susurró la muchacha-. ¡Esto es magnifico! Llevo aguardándote cerca de media hora. Puedes quedarte un poco ¿no?

Cliff movió, afirmativamente, la cabeza.

-Durgan me dijo que me largara-explicó la muchacha-. Dijo que fuera al "cine" o donde quisiera mientras me marchara de allí.

"Algo le preocupa. Seguramente no quiere que le molesten. Esta noche debe de tener algo gordo entre manos...

-No te preocupes de eso-respondióCliff quitándole importancia a la cosa-.

Olvidémonos de Durgan Llamaré al camarero y pediremos algo. Así podremos estar solos el resto de la noche.

Cliff había acabado su trabajo para aquella noche. Sabia que podía confiar en los tres hombres a quienes había conocido en Sing Sing. En eso no se equivocaba. Mientras comía él con Madge, sus secuaces seguían al pie de la letra sus instrucciones

Era cerca de medianoche cuando Nipper Brady entró, conduciendo un camión desvencijado, en el garage Nueva Era de Eighth Avenue. Sin abandonar el volante, le habló al empleado que se le acercó.

-Oiga, amigo-dijo-. Tengo que dejar el cacharro éste aquí hasta mañana o quizá hasta dentro de un par de días ¿Dónde puedo meterlo?

-Mételo en el montacargas-le respondieron-, y súbalo al tercer piso.

-No hay de qué. A lo mejor lo necesito a toda prisa cuando venga a buscarlo. SI no puede hacerme sitio aquí abajo, me voy con la música a otra parte.

Empezó a dar marcha atrás al vehículo.

-No tenga usted tanta prisa-se apresuró a decirle el empleado-.Ya le haré sitio aquí abajo. Vaya hacia allá... hacia la pared del fondo, cerca del rincón (le indicó el sitio). Meta el camión allí. Aguarde a que le dé una contraseña para cuando venga a retirarlo.

Nipper aguardó después de haber colocado el camión donde le indicaban. El empleado se fue. El gangster metió la mano por debajo del asiento y encontró un alambre Lo encajó en el enchufe de una caja que había a un lado del camión, debajo del asiento.

-Me figuro, poco más o menos, para que es esto-rió para si-. Debí de comprenderlo enseguida cuando Cliff me dijo que no quitara la marcha al venir. Me parece que daré un telefonazo a Dave para enterarme de cómo les ha ido a él y a Patsy.

Nipper hizo la llamada desde un bar cercano, después de salir del garage. Dave contestó. Dijo que Patsy estaba con él.

Les había pasado aproximadamente lo mismo que a Nipper. Los otros dos camiones- ambos viejos y muy usados- habían quedado depositados en los garages convenidos.

Había transcurrido más de una hora después de la partida de Nipper del garage Nueva Era, cuando empezaron a aparecer hombres en el edificio de Elghth Avenue. Entraron por una puerta excusada, que les fue abierta por un sereno de cara de pocos amigos. Pasaron por detrás de hileras de coches almacenados. Entraron en el despacho del fondo, donde Ernie Shires les aguardaba.

La cuadrilla de Durgan, "el Matador", se estaba reuniendo para entrar en acción. El cuarto no era pequeño. Se habían entrado tres bancos y había sitio de sobra para la docena de hombres que llegó

Representaban varios tipos de los bajos fondos. Todos ellos tenían aspecto de pistoleros curtidos. Algunos lucían cicatrices adquiridas en el desempeño de sus funciones como tales. Todos tenían una expresión que produjo viva satisfacción a Ernie Shires.

¡Aquellos eran hombres escogidos¡ ¡Se haría buen trabajo aquella noche.

-¡Que intente la bofia meterse con nosotros!-murmuró Ernie, contemplando el grupo-. ¡Bofia! ¡Bah¡ Si alguna otra persona asoma la nariz... bueno...

Interrumpió su soliloquio la llegada de un grupo de hombres. Era Big Ben Harvins con sus salteadores de muelles.

La cuadrilla de Ernie parecía compuesta de pigmeos al lado de aquella banda. Eran los de Big Ben los terroristas más notorios de Nueva York, los hombres que mantenían en marcha el racket donde los barcos descargaban.

¡Matones de primera categoría todos ellos!

-¡Hola, Ben!-exclamó Ernie, levantándose de su asiento-. Contigo y tus hombres ya estamos todos. ¡Aguardamos el estallido!

-¿Cuándo?

Ernie consultó el reloj.

-Dentro de unos quince minutos-dijo, en voz baja-. Tengo calculados al minuto los tres trabajitos. Hay un hombre aguardando a oír el primero. Me llamará aquí.

"Entonces nos pondremos en marcha Estaremos haciendo nuestro trabajo mientras empiezan a ocurrir cosas en el Bronx.

-¿Con qué diferencia de hora los has montado?

-Los tengo espaciados de cinco en cinco minutos. Y el mecanismo es de confianza. Está probado. Debiera de funcionar con bastante exactitud.

Continuó hablando en voz baja con el jefe de los salteadores de muelle. Los pistoleros conversaban entre sí.

Los hombres de Ben se hallaban en un extremo del cuarto aguardando en silencio, las instrucciones de su jefe-los únicos que sabían exactamente lo que iba a ocurrir, eran Ernie y Ben-y aun este último ignoraba algunos de los detalles.

-Escucha, Ernie-dijo-, ¿y si soltaras la pasta ahora? Tengo a la cuadrilla aquí.

-Aguarda a que esté acabado el trabajo -respondió el otro con astucia.

-¡Quiá! Pudiera ocurrir algo.

-No existe la menor probabilidad de eso, Ben. Ya sabes lo convenido. Cuando tu cuadrilla haya hecho el trabajo, recibirás el dinero.

-¡Vamos a hacer el trabajo!

Ernie movió, afirmativamente, la cabeza. Consultó su reloj. Se lo enseñó al otro.

-Mira, Ben-dijo-. El estallido está calculado para dentro de dos minutos. No tenemos tiempo ahora. No quiero sacar un fajo delante de esta cuadrilla Después haré...

-Conforme-le interrumpió Big Ben.

Los dos hombres siguieron con la vista clavada en el reloj. Transcurrieron dos minutos; luego dos minutos más. Ernie empezó a agitarse, inquieto.

-Debiera de estar sonando ya el teléfono -dijo.

De pronto, mientras Ernie aun contemplaba el reloj, sonó un ruido que hizo que la mitad de los pistoleros se pusieran en pie, excitados. El ruido de una explosión amortiguada había llegado a sus oídos.

¡Debía de haber ocurrido a menos de una docena de manzanas de distancia.

-¿Qué ha sido eso? -exclamó Big Ben.

-No lo sé-respondió Ernie, moviendo, negativamente, la cabeza-.Y no me gusta ni chispa. ¡Alguien está haciendo una faena por los alrededores! ¡Más vale que no nos movamos hasta que sepamos de qué se trata!

Uno de los gangsters se dirigía ya a la puerta a investigar. Ernie le detuvo.

-Aguarda-le advirtió-. Podemos echar una mirada por los alrededores mas tarde.

Se volvió a Ben.

-No comprendo que habrá podido suceder en el Bronx-dijo.

Uno de los gangsters estaba hablando.

-Parece como si hubiera sido por Tenth Avenue-le decía a un compañero-.

Hay un par de almacenes por ahí y otro garage.

Un repentino pensamiento asaltó a Ernie Shires. ¡Uno de los garages de la Nueva Era se hallaba en Tenth Avenue! ¡Uno de los garages de Durgan¡

¡Otro garage como aquél en que se encontraban!

Consultó su reloj Habían transcurrido ya cerca de cinco minutos desde la explosión.

¡Había ocurrido a la hora calculada para la segunda explosión en los garages del barrio de Bronx!

No había tiempo que perder. Ernie lo comprendió al concebir la asombrosa sospecha. Cruzó el cuarto y abrió una puerta que daba a la salida situada en la parte de atrás del garage.

-¡Andando, muchachos! –ordenó-.¡En marcha, en seguida! ¡Nada de hablar¡ ¡Fuera!

Los pistoleros se pusieron en pie para seguirle. Big Ben Hargins fue el primero. Pero, en el preciso momento en que respondían a la orden de Ernie, sin comprender a qué obedecía... !Ocurrió la catástrofe¡

Se oyó una explosión espantosa. Todo un tabique se desmoronó. Los pistoleros cayeron de bruces. Algunos de ellos quedaron enterrados bajo un montón de escombros

El camión que Nipper había llevado al garage contenía una bomba de relojería. Había sido instalada para destrozar el garage Fogarty en el Bronx.

En lugar de eso, había obrado la destrucción de la guarida de Durgan "el Matador".

## *CAPÍTULO XII*
## *DURGAN RECIBE LA NOTICIA*

Dos hombres de rostro sombrío entraron en el piso de Durgan. Eran Ernie Shires y Big Ben Hargins. Venían la ropa manchada y hecha trizas. Sus semblantes estaban manchados de porquería.

En ambos se notaban señales de que habían procurado, apresuradamente, arreglarse un poco para estar presentables antes de visitar Larchmont Court.

-¿Qué pasa?-inquirió Durgan, con semblante enfurecido.

-¡Nos han hecho traición!-replicó Ernie-. ¡Alguien nos ha estropeado la combinación! !Tus garages son los que han quedado hechos cisco en lugar de los garages del Bronx!

-¡Mis garages !-Durgan se puso de pie de un brinco y miró a Shires, cerrando los puños-. ¡Conque has fracasado! ¡Valiente pistolero estás hecho!

-¡A mí, déjame en paz-repuso Ernie-. Me parece que sé quién es el culpable. ¡Ya te dije que daría que hacer! Deja que te cuente lo ocurrido.

Durgan se sentó y escuchó con impaciencia mientras Ernie le contaba lo ocurrido en el garage Nueva Era de Elghth Avenue. Fue el relato de lo sucedido después de la explosión lo que le hizo proferir una sarta de blasfemias.

-Big Ben y yo logramos salir-explicó Ernie-, ¡pero trabajo nos costó conseguirlo! Empezaron a pasar las cosas muy aprisa en cuanto estalló el camión. Los depósitos de gasolina explotaron: las paredes se cayeron, suerte tuvimos con poder escapar.

"La puerta de atrás estaba obstruida por los escombros. Cuando logramos salir, la policía estaba funcionando ya y estaban llegando los bomberos. ¡En menudo apuro nos vimos!

-¿Qué fue de la cuadrilla?

-Algunos pudieron salir detrás de nosotros; pero la policía les echó el guante. Ben y yo logramos escapar porque fuimos los primeros en salir. Esquivamos a la policía cuando ésta nos vio. Los guardias llegaron corriendo a tiempo para coger a los demás.

-¿A toda la cuadrilla?

-A todos los que salieron-rió Ernie, roncamente-, pero esos no son todos. Algunos de ellos quedaron sepultados debajo de los escombros... ¡Y no volverán a salir ya!

-Eso significa parte de mi cuadrilla también-intercaló Hargins-. Trabajo va a costar arreglar ahora las cosas con Bart Hennesy, te lo aseguro. No le hacia mucha gracia la idea ya, desde el principio; le hará mucha menos gracia en cuanto se entere de lo ocurrido.

"Bueno, ¿y el dinero que tengo que cobrar? ¿Que me dices de eso?

-¿Qué, qué?-contestó Ernie, burlón-. ¡Valientes probabilidades tienes de cobrar. Habíamos convenido en que se te pagaría después de efectuado el trabajo (Miró hacia Durgan) ¡y el trabajo no se ha hecho!

-¿No?-exclamó Big Ben, sacando la mandíbula-. Pues no es culpa mía que el trabajo se echara a perder y si no queréis tener un encuentro con Bart Hennesy más vale que liquidéis!

-¡Págale la cantidad convenida -ordenó Durgan-. Pero... ¡aquí no! En alguna otra parte. Y ya podéis poneros en marcha, muchachos. ¡Tengo preocupaciones de sobra sin teneros a los dos aquí!

Llamaron a la puerta. Mike Wharton entró cuando salían Ernie y Big Ben.

El semblante del gerente de los garages tenia una expresión solemne. Estaba impaciente por hablar con Durgan; pero aguardó a que se hubieran marchado los otros.

-¿Qué?-inquirió Durgan.

-Supongo que ya habrás recibido la noticia-contestó Wharton.

-¿Te refieres a los garages?

-Si.

-Sé que cl de Eighth Avenue ha volado.

-Igual les ha ocurrido a los otros. Daños terribles. No fue tanto en los otros dos. Se hicieron polvo la mar de coches y va a costar la mar de dinero.

"Pero el garage de Elghth Avenue ha quedado hecho migas. Allí es donde la policía echó el guante a los que salían. Patrullas... ambulancias... bombas de incendio , ¡hay de todo allí!

-¡Valiente director estás hecho!-gruñó Durgan, con rabia.

-¿Cómo iba a saberlo yo? -protestó Wharton-. Éramos los últimos en esperar semejante cosa. Va a costar la mar de dinero...

-¿Cuál? ¿Esos garages? ¡Me importan todos ellos un comino!-Durgan hizo un chasquido con los dedos-.Vería volar una docena de garages y me tendría sin cuidado aunque fuesen todos míos. Esto me ha perjudicado bastante en otro sentido he ahí todo.

"¿Conoces la Asociación de Propietarios de Garages?

Mike Wharton movió, afirmativamente, la cabeza. Aun cuando técnicamente era director de garaje, estaba al tanto del racket de Durgan, “el Matador".

-Bueno-prosiguió Durgan. rabiando-y, ¿quién ha estado pagando su contribución con regularidad, enseñando el campo a los demás, hablando de protección y todo eso?

-Los Garages Nueva Era.

-¡Precisamente mis garages! ¡Los últimos en que debía de haber ocurrido cosa alguna! Y, ahora, han recibido un golpe mortal.

"Dices que han volado. Pues bien, la Asociación de Propietarios de Garajes Públicos ha volado con ellos. ¿No lo comprendes?

-Sí-asintió Wharton, pensativo-, ahora lo comprendo. No me daba cuenta de ello antes. Alguien anda tras la Asociación...esto es seguro. Con que todos los garajes que pagan cuota se van a asustar.

-¡Vaya si se van a asustar¡ Deducirán que esto es una declaración de guerra.

Han estado pagando impuestos a la Asociación, porque se figuraban que se les hacia cisco si se resistían a hacerlo. ¡Ahora se dirán que les van hacer cisco de todas formas¡

“Todos saben que los Garages Nueva Era, estaban bien situados en la Asociación. Por eso seguían. Pero ahora se dirán que van a tener que pasar malos ratos, pertenezcan a la Asociación o no. ¡Conque..... se darán de baja para ahorrar dinero¡

-¿Qué piensas hacer?

-¿Qué puedo hacer? ¡Nada...de momento¡ Parece como si andara alguien intentando desbancarme del negocio. Si es eso cierto, quien sea, tendrá que descubrir su juego en cuanto intente reanudarlo por su cuenta. ¡Entonces podré clavarle¡

“Pero si lo único que pretende es estropearme el negocio, ya ha conseguido sus propósitos y trabajo me va a costar dar con él.

-Pero...¿por qué no puede la Asociación...?

-¡La Asociación nada puede hacer, Mike¡ Se la supone una Asociación protectora. Yo mismo estoy metido en el negocio de garages y pago a la Asociación.

"Los propietarios de garajes están al tanto del negocio; pero nunca ha habido manera de relacionarme a mí con él. Si la Asociación arma jaleo en estos momentos, me los atribuirían a mí.

-¿Y estos pistoleros que había en el garage? ¿Cuántos agarró la policía?

-A casi todos ellos-replicó Mike Wharton-. Intentaban sacar a los demás de los escombros, mientras estaba yo allí.

-¡Mi cuadrilla¡ -gimió Durgan-. ¡Valiente lío¡ Si eso se llega a saber...bueno, pues no me queda más que un recurso; Hacer el papel de un pobre propietario de garage que ha tenido mala suerte. Procurar no asomar la cara ni dar el menor paso en falso. De lo contrario...,

Se abrió la puerta y entró Madge Benton.

Empezó a cruzar el cuarto, como si vacilara en interrumpir la conversación.

Durgan la vio y se puso en pie, enfadado.

-¿Dónde has estado?-preguntó-. ¡Cómo te atreves a volver tan tarde? ¿Dónde has estado?

-Viendo una función-contestó ella.

-¿Sí? ¿Y qué más?

Durgan, dejándose llevar de la rabia que durante tanto rato había contenido, cruzó la habitación de un salto y asió a Madge de los hombros. La muchacha pareció asustada durante unos minutos y dirigió una mirada de súplica a Mike Wharton. Luego se encontró con la mirada feroz de Durgan.

-Me has estado dando el salto, ¿eh? gruñó-. ¿Has ido por ahí con otro tipo? Si lo creyera así...

Sus enormes manos se acercaron a la garganta de la muchacha. Madge exhaló un grito de sobresalto e intentó retroceder.

-¡Más vale que no intentes nada de eso! -amenazó Durgan-. No olvides le que me llaman ¡"el Matador"! ¡Lo sentiría por el individuo que se tomara libertades con mi querida! y... ¡lo sentiría por ti también¡.

La soltó, agregando:

-No hago mas que avisarte ¿comprendes?

-A mi no me pescarás con ningún otro hombre-replicó ella-. Estoy desengañada de todos... desde que te conocí a ti.

-¿De veras?-Los ojos de Durgan brillaron, con malicia-. Buen momento es éste para que te pongas a hablar de eso. ¿Sabes lo que ocurrió esta noche? ¡Mis tres garages han sido volados! Eso es lo que ha ocurrido.

-Y supongo que esperas que me eche a llorar por eso, ¿no?

Mascullando una maldición, Durgan asió a Madge y la tiró al otro extremo del cuarto. La muchacha tropezó contra una silla, derribándola.

Durgan la siguió, sin dejar de blasfemar, y la pegó un puntapié. Madge lanzó un grito. Durgan la abofeteó con la mano abierta y ella cayó, gimiendo, al suelo.

-¡Lárgate!-ordenó Durgan-, y, en adelante, ¡no abras el pico!

La joven se puso en pie, vacilante, y se dirigió a otro cuarto, tapándose la cara con las manos. Al cerrarse la puerta tras ella, Durgan se volvió hacia Wharton, que había estado contemplando la escena en silencio.

-Más vale que vigile a mi querida-dijo en voz baja-. ¿Tú crees que tiene algo que ver con esto, Mike?

-¿Dónde estuvo esta noche?-inquirió Wharton.

-Dice que fue a una función.

-¡Tal vez sea verdad!

-Escucha, Mike. Tú eres el hombre que necesito. ¿Te enteras? Este negocio de los garages se estropeó... y eso significa mucho más que unos simples garages. ¡El mejor racket de Nueva York está en plena decadencia en este instante!

"Parece ser que me voy a quitar de encima a los pistoleros que trabajan a mis órdenes. Pero eso no quiere decir que esté vencido. Hay otras maneras de sacar dinero. Necesito un hombre como tú. Escucha, mientras te explico lo que pienso.

'Detrás de todo esto se oculta alguien que se las da de listo... y voy a cargármelo. Quiero que vigiles... ¿Comprendes?

Wharton movió, afirmativamente, la cabeza.

-Y tengo una idea-prosiguió Durgan-.¡Se me ha metido una cosa en la cabeza! ¡Ese tipo ha estado trabajando valiéndose de mi querida!

"Ella ha dejado escapar algo. Conque te encargo de que la sigas los pasos, Mike. Tengo dinero. Eso ya lo sabes tú. Seguirás cobrando lo mismo que hasta ahora. Voy a dejarla que corra suelta... y tú vas a seguirla. ¿Me comprendes?

-Te comprendo.

Durgan hizo un gesto en dirección a la puerta. Mike Wharton se fue, satisfecho de su nueva misión. Durgan se quedó solo.

Su rostro maligno reflejó ferocidad. Miró, cautelosamente, a su alrededor.

Luego se acercó a un rincón y abrió una puertecita empotrada en la pared.

Sacó un teléfono.

Era una línea particular que hiciera instalar hacia mucho tiempo. Nadie-ni Madge siquiera-conocía su existencia.

Marcó un número. Luego habló en voz baja, explicando la nueva situación que había surgido.

-Tengo que andar con cuidado y no asomar la gaita-acabó diciendo-.

Significa que el racket se ha ido a hacer gárgaras. Mi querida, pudiera tener algo que ver con el asunto. Mike Wharton va a seguirla.

"Pero una persona se oculta detrás de todo esto. Ya sabes quién es: La Sombra.

Calló en seco, obedeciendo a la voz de aviso que oyó por el aparato.

Escuchó mientras le hablaban. Luego explicó:

-No hay la menor probabilidad de ello. Me tiene sin cuidado cuán listo se crea. Nadie se imagina que este racket no sea independiente. Muere en mí y yo, estoy bastante seguro mientras lo deje correr.

Volvió a escuchar y apareció una risa burlona en sus labios. Evidentemente, le estaban dando buenas noticias.

-¿Qué sigo teniendo parte en ello?-dijo-. ¿Qué todo sigue igual que antes; pero que no debo asomar por ahora? !Magnífico¡ Sí; ya tendré a Ernie preparado. Él fue quién me avisó de lo que iba a ocurrir. ¡Es listo¡

"Pero, escucha. Ese pájaro de Hargins, con sus salteadores de muelle... le llaman Big Ben... Está resentido porque perdió seis hombres de la cuadrilla... ¿cómo dice...? ¿Que se alegra?

Durante unos instantes Durgan pareció asombrado. Luego, al llegar a sus oídos nuevas palabras por el aparato, volvió a aparecer su sonrisa.

-¡Ya entiendo!-dijo-. En preparación del trabajo grande, ¿no? ¡Entonces tendremos otro racket en la lista! De acuerdo. ¡A callar se ha dicho!

Colgó el auricular y guardó el teléfono. Se sentó en un sillón y sacó un puro del bolsillo.

Durgan estaba satisfecho.

-Un buen racket se ha ido a hacer gárgaras-murmuró-. Un tío vivo cree haberlo echado a perder. Estará vigilando, esperando que intente salvarlo de la ruina.

"Pero... ¡soy demasiado listo para eso! He de estarme quieto y no delatarme. Y lo puedo hacer sin dificultades ahora. Cuanto menos me mueva, mejor estaré.

Empezará a extrañarse. ¡Y entonces será cuando le cace!

"Le llaman La Sombra. Bueno, pues a mí me llaman "el Matador", ¡Durgan, "el Matador"! Ese soy yo.

El hombrazo movió la mano y derribó una mesa que tenía a su lado. Un delicado jarrón se hizo añicos al caer debajo de la mesa.

Durgan, "el Matador", rió. ¡Había recibido buenas noticias[

## *CAPÍTULO XIII*
## *LA SOMBRA COBRA*

Cliff Marsland sonrió al irse en el taxi que había tomado a la puerta de Larchmont Court. Las cosas iban bien aquella noche.

Había dejado a Madge después de salir del Club Drury. Era mucho más tarde de lo que se habían esperado; pero la muchacha le aseguró que Durgan no le daría disgusto alguno, porque el bandido tenia otros problemas que le preocupaban de momento.

Después de dejar a Madge a cierta distancia de Larchmont Court, había vuelto directamente a sus habitaciones. Había decidido fumar un cigarrillo en la silla de costumbre mientras aguardaba a asegurarse de que la muchacha volvía.

Mientras estaba ocupado así, dos hombres habían salido de un ascensor.

Uno de ellos era Ernie Shires. El otro era un hombre alto y ancho que Cliff supuso salteador de muelles.

Ninguno de los dos hombres se fijó en Cliff. Oyó hablar a Ernie cuando salían.

-Iremos al establecimiento de Pezzeroni –decía-. No nos irán mal un par de tragos. Allí ajustaré cuentas contigo.

Cliff había oído hablar de casa Pezzeroni aquella noche. Madge le había estado contando muchas cosas de los bajos fondos.

Cliff había observado que su prolongada estancia en Sing Sing, había puesto fin a sus conocimientos antiguos del hampa, y Madge se había encargado de ponerle al corriente.

Casa Pezzeroni era un restaurante y expendeduría ilegal de bebidas alcohólicas al mismo tiempo. Cliff sabía donde estaba.

Conque aguardó a que se presentara Madge. La joven le dirigió una mirada al cruzar el vestíbulo. Nada más.

Cliff había salido inmediatamente y se hallaba ya en camino. Tenia la esperanza de poder sorprender la conversación de Ernie y su compañero.

Volvió la cabeza en el preciso instante en que el taxi doblaba la esquina. Vió que le seguía otro taxi. Esto le preocupó.

Siguió volviendo la cabeza de vez en cuando hasta que su coche se detuvo a la puerta de Pezzeroni. Vio otro coche parar avenida abajo sin doblar la esquina. No estaba seguro de sí se trataba del mismo vehículo que le había estado siguiendo.

Despidió el taxi y aguardó a la puerta del restaurante. No viendo acercarse a nadie, entró.

Bastó que le dijera una palabra al camarero italiano para que éste le condujera a la parte de atrás del restaurante. Allí había un pequeño bar, con mesas. A un lado, habia un tabique con puertas tapadas por cortinas.

Señalaban la existencia de cuartos más pequeños.

Salió un camarero de uno de ellos con una bandeja en la mano. Cliff hizo su pedido. Una botella y un vaso fueron depositados en la mesa a la que se había sentado. El camarero se fue. Unos momentos después, el dependiente del mostrador habla desaparecido también. Cliff se quedó solo en el cuarto.

Aquella era la ocasión que esperaba. Se metió en el reservado contiguo a aquél de donde saliera el camarero. Se encontró en un cuartito que contenía una mesa y unas cuantas sillas.

El tabique medianero no llegaba hasta el techo. Cliff se acercó a él y escuchó. Pudo oír la voz de Ernie Shires.

-Bien, Ben-decía el pistolero-. Voy a darte el dinero. Echemos otro trago. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, Ernie. Pero, escucha: a pesar de todo, Bart va a estar la mar de resentido. Va a tener muy malas consecuencias el asunto.

-Olvídalo, Ben.

Cliff oyó el gorgoteo de liquido al salir de una botella.

-Lo que pasa es lo siguiente-dijo Ben-, ya sabes tú cómo se llevan las cosas en los muelles. Nuestros hombres (nosotros les llamamos "cargadores públicos"), se encargan de manejar toda la carga que llega. Es un racket magnifico.

"Si un importador recibe un cargamento importante, manda sus camiones. Encuentra la carga sobre muelle. Nuestros hombres se ocupan de ponérsela en los camiones. La tarifa corriente es de tres centavos por cada cien libras; pero nosotros les obligamos a pagar más.

-Buen asunto.

-Y que lo digas. ¡Que intenten estropear el negocio! Entonces los salteadores de muelles entran en acción. Si alguno intenta cargar los camiones sin nuestro permiso, le damos un escarmiento.

"Pero no tenemos que preocuparnos de eso. Bart Hennesy tiene un enlace con los conductores de camiones así como con los cargadores y todo eso. ¡Todos están de nuestra parte!

-Entonces, ¿dónde encaja Hoke Larrigan?

-Ahí está lo malo. Se le supone a las órdenes de Bart, lo mismo que yo; pero procura hacer las cosas a su manera. Domina a las cuadrillas de algunos de los muelles... y no paga su contribución al jefe. ¡Bart le tiene calado ya!

-¿Qué pretende... aparte de sacar más dinero del que le corresponde?

-Quiere hacerse el amo del racket, ¡eso es lo que pretende! Es lo bastante importante para que Bart no quiera darle un soplamocos, porque su cuadrilla no lo tomaría a bien. Pero Hoke tampoco se mete con Bart. Es demasiado listo para intentarlo.

"Eso es lo que está esperando Bart. Ahora que nos hemos metido en ese asunto de Durgan y que seis de nuestros hombres han muerto o están detenidos, se le presenta a Hoke la ocasión de armar jaleo.

-A Bart debiera de encantarle eso. Le proporcionará la excusa para meterse con Hoke. ¿No?

-Tal vez; o quizá no. Bart no ha hecho nada hasta ahora debido a los amigos de Hoke. Ahora tiene una excusa. Puede decirle a todos que Hoke no sirve para nada, porque no se limita a quedarse en el sitio que le pertenece: es decir, en los muelles.

-¿Quién más hay, aparte de Bart y de Hoke?

-Nadie que sea capaz de llevar el negocio. Por eso tiene Hoke tantas ganas de armar jaleo.

"Si Bart desaparece del racket, tenemos que aceptar a Hoke como jefe, por muy poca gracia que nos haga. Está bien con los sindicatos... Igual que Bart. Spunk Hagan y yo somos

los jefes de los salteadores de muelle; y hay otros también. Pero nosotros obedecemos órdenes, que es lo que debiera hacer Hoke.

-Así, pues, esto te pondrá a mal con Bart.

-Así parece; pero también hará que esté resentido con Durgan, "el Matador".

-¿Qué hará, en el asunto de Durgan?

-Nada, de momento... a menos que Durgan quiera dárselas de listo. Bart no se moverá de los muelles... mientras se le deje en paz; pero si Durgan hubiera hecho alguna viveza, como el negarse a pagar, nada hubiese podido contener a Bart.

"Si yo regresara sin ese dinero, Bart no me echaría la culpa a mí. Se la colgaría a Durgan... y a ti.

-¿De veras? -La voz de Ernie indicaba que se sentía inquieto-.Tú crees eso ¿eh Ben?

-Lo sé seguro. Se queda en los muelles, porque esa es su política. Pero ¡se llevaría una cuadrilla de salteadores de muelle a San Francisco si le hiciesen una jugarreta tan lejos de aquí! Ya puedes imaginarte, por lo tanto, lo que haría en Nueva York.

Hubo un silencio momentáneo. Luego habló Ernie.

-Bueno-dijo-, tengo aquí tu dinero, Ben. Mejor será que te lo dé ahora mismo. Dos billetes grandes es lo convenido, ¿no?

-Así es.

Cliff tenia los dedos apoyados en el tabique de madera artificial. De pronto notó un punto áspero. Mirándole de cerca, vio que se trataba del agujero hecho por un clavo.

Abrió más el agujero con la uña. Acercó un ojo a él. Vió el otro cuarto.

Ernie Shires estaba sentado a una mesa, frente a Big Ben. Estaba contando billetes -la mayoría de ellos de cincuenta dólares.

-Dieciocho y medio, diecinueve, diecinueve y medio, veinte centenares... o sea dos mil. Espero que eso te ayudará a quedar bien con Bart, Ben.

-¡Contribuirá!-explicó Ben-. ¡Me ayudará a mí y te ayudará a ti!

Repasó los billetes uno por uno; luego empezó a doblarlos para metérselos en el bolsillo.

Fue entonces cuando Cliff quedó fascinado por el movimiento de las cortinas, más allá de donde estaban los dos hombres. Una forma vaga empezó a aparecer, sin ser observada por Ernie ni por Ben.

Cliff reprimió una exclamación de asombro. Una figura, vestida de negro, había entrado en el cuarto.

¡La Sombra se hallaba en el reservado y una pistola asomaba por debajo de su capa ¡

Una risa baja llenó el cuarto. Ernie y Ben se volvieron hacía la puerta.

Ambos hicieron ademán de ponerse en pie.

Un movimiento del revólver les hizo volver a ocupar su asiento. Big Ben tenia los billetes, arrugados, en la mano.

-Dinero-dijo La Sombra con voz extraña-, dinero pagado por el trabajo de esta noche. (Su voz resonaba irónica), pero... ¡Te equivocas de hombre al pagarlo! Se ha hecho trabajo esta noche; pero no lo habéis hecho vosotros. ;Conque he venido a cobrar para pagárselo a los hombres que lo han ganado!

Su pistola se volvió hacia Big Ben.

-Pon las manos sobre la mesa-ordenó La Sombra.

Ben obedeció.

-Cuenta mil quinientos dólares.

Con manos temblorosas, el hombre hizo lo que se le mandaba. Apareció. de pronto, la mano libre de la Sombra. Pasó sobre le mesa y le quitó a Ben los billetes de la mano.

-Puedes quedarte con lo demás-dijo La Sombra.

La figura vestida de negro pareció hundirse en la cortina. Por debajo de las alas anchas del sombrero sólo se vió el destello de unos ojos.

Luego Cliff no pudo ver más que el cañón de la pistola. De nuevo sonó una risa siniestra, como un susurro sobrenatural. ¡La Sombra había desaparecido¡

Mascullando una maldición, Ernie Shires se puso en pie de un brinco.

Estaba sacando la pistola, decidido a emprender la persecución del extraño ser que había surgido como de la nada.

Pero Big Ben fue más rápido que Ernie. Corrió hacia la puerta, asió al gangster y le obligó a sentarse de nuevo.

-¡Déjame!-exclamó Ernie-. ¡Quiero cargarme a ese individuo!

-¿Cargártelo?-rió Hargins, con hosquedad-. ¡Te tengo calado! ¡A mi no me engañas tú tan fácilmente¡

"Ya no me extraña que pusieras tantas pegas para darme el dinero. Durgan no quería que me lo pagaras en su casa, no era buena cosa, según él. Conque nos fuimos a otra parte. Aquí... al sitio que tú escogiste, ¡Siéntate!

AL intentar Ernie levantarse, firme en su propósito de salir en persecución de La Sombra. Hargins le obligó a caer de nuevo en su asiento y le quitó la mano del bolsillo.

-¡Siéntate¡ Y no acerques la mano a la pistola. ¡Eres un cobarde y un traidor¡ ¡Mira que ponerte de acuerdo con otro para que pareciese un atraco...! Y... ¡dejarme medio billete grande para que pareciese verdad...!

"Bueno, pues te falló el truco, ¿comprendes? !Paga! ¡Dame lo que falta y hazlo aprisa! ¿Te enteras?

-Déjate de cuentos, Ben-repuso Ernie-. ¡Quiero cargarme a ese tipo¡ ¡Es el que nos ha echado a perder el racket! ¡Deje que le busque!

-¡No te muevas de ahí-le advirtió Big Ben-. ¡Quiero sacarte el dinero¡ ¿Me has entendido? Si no desembuchas, tendrás noticias de Bart Hennesy! Las tendréis los dos... ¡tú y Durgan, "el Matador"¡

"Estoy harto de que pasen cosas raras esta noche. Y, cuando un tipo asoma la pistola por entre unas cortinas...

Tornándose, súbitamente, desconfiado, Hargins se volvió un instante y posó una mano por las cortinas como para asegurarse de que no había nadie escondido detrás.

Ernie Shires aprovechó la ocasión. Tenía la mano cerca de la botella que había sobre la mesa, Cliff le vió cogerla por el cuello y dirigirle con ella un golpe al otro. Ben se volvió en el preciso momento en que descendía la botella.

Antes de que pudiera oprimir el gatillo de la pistola, la botella le dió en el cráneo. Big Ben se encogió bajo el impacto. Cayó entre la mesa y la cortina.

Ernie Shires se echó a reír.

-Conque soy un traidor, ¿eh?-murmuró-. Bueno, pues tú no haces cara de poder volver a decir eso.

Se inclinó junto a la mesa. Cuando se alzó vio que los billetes que Big Ben había tenido en la mano se hallaban en posesión de Ernie.

Shires apartó un poco las cortinas y miró hacia el exterior. La sonrisa que iluminó su semblante parecía indicar que no había nadie en el bar... Dirigió una última mirada a Big Ben.

-Me parece que tú ya estás fuera del negocio-masculló-, pero hay uno que todavía está metido en él... y seguirá estándolo hasta que lo elimine yo. ¡La Sombra¡

Una expresión de odio apareció en su semblante. -Y ese es el tipo a quien me voy a cargar.

Ernie Shires se fue, Cliff le siguió unos momentos más tarde. Nada le dijo al camarero al pasar por el restaurante. El hombre no tardaría en hallar a Big Ben, con toda seguridad. Sería preferible hallarse lejos de allí para entonces.

Cliff aun estaba pensando en los acontecimientos de la noche cuando llegó a sus habitaciones. Durgan "el Matador", Ernie Shires, Big Ben Hargins... todos ellos habían sufrido una derrota aquella noche.

Cliff había hecho su parte. Nipper, Dave y Patsy también.

Habían sido pagados por la Sombra aquellos tres... y la Sombra, a su vez, había cobrado de los mismos hombres cuyos planes había hecho fracasar.

## *CAPÍTULO XIV*
## *GRISCOM BUSCA AYUDA*

En el centro de un enorme despacho particular, había un hombre sentado, solo en una mesa maciza. Era una figura extraña. Solitaria, en un ambiente de comodidades.

Todo lo que había en el cuarto era índice de riqueza y de influencia-desde la enorme y costosa alfombra hasta las paredes con arrimaderos de roble. Era evidente que el lugar era cuartel general de un hombre de mucha importancia-y el hombre en cuestión era Stanley Wilberton, banquero y financiero.

Él era quien se hallaba sentado a la mesa, ocupado en leer unos documentos legales que se hallaban ante él.

Se abrió la puerta del otro extremo del cuarto. Se cerró silenciosamente. Un hombre se acercó a la mesa. Cruzó con paso lento y mecánico, casi como si se acercara a un altar alzado en medio de un templo.

Aun cuando el hombre no había hecho el menor ruido, Stanley Wilberton alzó la vista al llegar el otro a su mesa.

-¿Qué pasa, Crowley-preguntó.

-Dos caballeros desean verle, señor-habló Crowley, con voz monótona.

EL tono estaba en consonancia con el aspecto del hombre. Su semblante era plácido y su expresión invariable.

-¿Quiénes son?

-El señor Howard Griscom y un tal señor Cranston, que le acompaña.

-¡Hum! No sé si podré recibirles, Crowley.

-El señor Griscom, dice que es urgente.

Wilberton miró, de hito en hito, a su secretario.

Formaban una pareja singular aquellos dos hombres-el gran financiero y su secretario particular. Wilberton había dicho mas de una vez que Crowley era su brazo derecho. El secretario era, en efecto, modelo de eficiencia, aunque hombre de pocas palabras.

Había algo en las palabras que pronunciara, que Wilberton comprendió sin necesidad de hacer más preguntas. El señor Griscom había dicho que era urgente la entrevista. De no haberle impresionado vivamente la afirmación, Crowley, no lo hubiera repetido, Crowley siempre tenia razón. La misión del señor Griscom, debia de ser urgente.

-Recibiré al señor Griscom-declaró Wilberton.

Crowley inclinó la cabeza y salió. Unos momentos después, Griscom, pálido y visiblemente preocupado, entró en el despacho acompañado de Lamont Cranston.

El compañero de Griscom no daba la menor muestra de estar preocupado.

Su expresión era tan fija como en la reunión celebrada en casa de su compañero. Cranston no pareció experimentar el menor interés por lo que le rodeaba.

El lujo del despacho de Wilberton había impresionado a muchos hombres acaudalados al entrar en él. Lamont Cranston no pareció darle importancia.

Crowley acompañaba a los visitantes. Acercó dos sillas a la mesa. Los dos hombres se sentaron.

Crowley se quedó; pero no tomó asiento. Se quedó de pie al lado de la mesa, mirando a Stanley Wilberton como si fuera elemento familiar, que aguardase las órdenes que pudieran serle dadas.

Después de unos momentos, el financiero apartó los documentos que había estado repasando. Crowley se inclinó hacia adelante y se puso a colocarlos en montones ordenados.

El financiero hizo caso omiso de él. Alzó la vista y miró a los dos hombres con perspicacia.

-Buenos días, Griscom-dijo.

-Buenos días, señor Wilberton-replicó Griscom-. ¿Recuerda usted al señor Cranston?

-Sí.-Wilberton desterró la pregunta con esta sola palabra-. ¿Qué le trae a usted por aquí, Griscom?

EL interpelado se agitó inquieto en su asiento. Se sentía cohibido en presencia del gran financiero. Invariablemente experimentaba un complejo de inferioridad cuando se encontraba con Stanley Wilberton, no obstante lo cual, siempre lograba que éste le guardase consideraciones.

-He venido a hablarle respecto a la fusión teatral-explicó Griscom-. Recordará usted que me abordó un representante de la Asociación Cooperativa de Propietarios de Teatros... para proponerme que pagara dinero a lo que consideramos un racket.

-Si; lo recuerdo.

-Desde entonces-continuó Griscom,-la situación se ha hecho más aguda. La fusión es aun más necesaria que antes. Hemos de flotar un empréstito.Al propio tiempo, las vagas insinuaciones hechas por el representante de la Asociación Cooperativa, se han convertido en actividades tangibles.

¿En qué forma?

-En atentados malévolos de los que han sido objeto muchos teatros. En uno de ellos, el cajero fue sorprendido y la taquilla robada. En otro, ocurrió un accidente inexplicable en la cabina de proyección. Por poco no sembró el pánico entre el público.

"Han ocurrido otras cosas que han perjudicado nuestro negocio. Ayer, por primera vez, pudimos detener a una persona que parece haberse estado encargando de crear dificultades. Le vió entrar en el teatro un gerente que acertó hallarse allí.

"El gerente recordó que aquel hombre había estado en el Eagle Theater, la noche en que ocurriera el accidente en la cabina de proyección.

"Un acomodador vigiló al sospechoso y éste se dio cuenta de que se hallaba bajo observación. Abandonó el local apresuradamente y fue perseguido.

"Intentaba deshacerse de algo al doblar la esquina. Fue capturado después de haber recorrido varias cuadras de casas.

Stanley Wilberton dio leves muestras de curiosidad al mirar a Griscom.

-¿Qué se le encontró?

-Nada-replicó el propietario de teatros.

-Le llevamos a la comisaría. Se le registró. Sus bolsillos nada contenían más que calderilla, unos cigarrillos, una cartera y vacía, otras chucherías.

Aquello de que intentara deshacerse había desaparecido. Buscamos por todo el trayecto recorrido. Nada encontramos. Nos vimos obligados a poner al individuo en libertad.

-Un error, evidentemente-dijo Wilberton

-Yo no opino lo mismo. El hombre dijo llamarse Antonio Peretti, aunque no tenia aspecto de ser italiano

"Pudimos averiguar lo que había hecho antes de entrar en el teatro. Había estado en el Café Turín, que es un establecimiento pequeño, italiano, para comer. Se había pasado la tarde en otro teatro... cosa que pudo comprobarse porque se le encontró la entrada en el bolsillo.

"Cuando interrogamos al propietario del Café Turín, dijo que no le era desconocida la cara del hombre.., Que Peretti acudía allí casi todos los días y que siempre comía solo en una mesa del rincón.

-¿Qué clase de establecimiento es ese restaurante? - inquirió Wilberton, con brusquedad-. ¿Lo frecuentan racketeers?

-No; goza de una fama excelente...

-Es un restaurante muy bueno-intercaló Crowley-.Yo voy a él de vez en cuando. Es más, espero comer allí hoy. El Turín sirve los mejores platos italianos de Nueva York. Esa es mi opinión.

Stanley Wilberton rió, secamente.

-Vaya, vaya Crowley-dijo-. Me alegro de saber que te interesa alguna otra cosa, aparte de tu trabajo aquí.

"Tal vez te sea posible ayudar a Griscom en su dilema (la voz del financiero era levemente burlona); tal vez hayas visto a un hombre llamado... ¿cómo se llamaba, Griscom?

-Antonio Peretti.

Crowley movió, negativamente, la cabeza.

-No recuerdo haberme encontrado nunca con semejante persona, señor-repuso.

Stanley Wilberton rió de buena gana al ver la seriedad con que le contestaba su secretario. Se volvió, de nuevo, hacia Griscom.

-Ese es un asunto muy trivial-afirmó.

-No, señor Wilberton-protestó Griscom-, puede ser cosa muy seria. El negocio ha ido muy mal en el Eagle Theater desde que ocurrió el accidente en la cabina de proyección. Habíamos tenido siempre llenos; ahora el local está siempre medio vacío.

"Ha afectado levemente a los demás locales de nuestra empresa y, de volver a ocurrir algo por el estilo, resultaría desastroso. El Paladrome, nuestro teatro más grande como usted sabe, recibiría un rudo golpe si ocurriese algo allí.

"No cabe la menor duda, señor Wilberton. Se nos está sometiendo a una forma organizada de terrorismo... y nos encontramos virtualmente impotentes.

-¿Ha podido usted hallar relación alguna entre la Asociación Cooperativa de Propietarios de Teatros y las molestias de que me habla?

-No. Parece tratarse de una organización llevada por un solo hombre. El representante, Maurice Belden, es gerente también. Tiene un despacho pequeño.. Lo hemos hecho vigilar por detectives. Parece estar trabajando solo, independientemente de los que causan los disturbios.

'Es demasiado listo para nosotros. Ha asegurado su posición mediante el sencillo expediente, de conseguir la firma de unos cuantos teatros independientes. Está concluyendo un negocio que parece completamente legal. ¡No podemos tocarle¡

-Debe de estar "controlándolo" todo -declaró Wilberton-. Ese es el hombre a quien hay que vigilar.

-No es él la persona a quien hay que vigilar.-Fue Lamont Cranston quien hizo la afirmación-. Le he dicho al señor Griscom que debe de haber otra persona más arriba. Tiene razón cuando dice que Belden está trabajando independientemente.

-¡Bah¡-exclamó el financiero, con impaciencia-. Estos racketeers son todos iguales. Inteligentes, ¡pero sólo trabajan para sí¡

-Eso no es cierto-declaró Cranston-. Los rackets más importantes están dirigidos por gente de arriba.

"Usted debiera de darse cuenta de eso, señor Wilberton. Usted, gran financiero, dirige muchas empresas porque le rinden beneficios. Los racketeers son empresas que rinden. Hay alguien que las dirige.

Wilberton rió, con desdén.

-La verdad es que siempre está uno aprendiendo cosas nuevas-exclamó-. ¡Un trust de rackets! Es una idea maravillosa, señor... ah... señor Cranston. Algo que existe... en su imaginación tan sólo. Le aconsejo que siga esa idea. Pudiera representar millones.

"Entre tanto (miró a Griscom, con enfado), tengo demasiados asuntos importantes que atender para perder el tiempo discutiendo los problemas insignificantes del negocio teatral.

-Aguarde un momento, señor Wilberton, -suplicó Howard Griscom-. Le he dicho a usted esto nada más que para averiguar si aun estaría usted dispuesto a atender nuestra petición de un préstamo, en caso de que pusiésemos término satisfactorio a nuestra actual dificultad.

"Si esto continúa, sobre todo si nos ocurre algo en algún teatro como el Paladrome, tendré que ceder a las exigencias de la Asociación Cooperativa de Propietarios de Teatros. Los intereses de los accionistas me obligaran...

Wilberton le interrumpió con un gesto. Griscom guardó silencio mientras el financiero se volvía para hablar con Crowley. El secretario seguía en pie, respetuosamente.

-No te necesitaré ya, Crowley-comentó Wilberton-. Puedes marcharte. No vuelvas hasta después de comer... y no olvides de cuidarte de los asuntos que te dije esta mañana. No habíamos acabado nuestra discusión; pero creo que ahora comprendes ya lo que se debe de hacer.

-Si, señor.

Hizo un leve inclinación de cabeza y salió del cuarto. Lamont Cranston había estado observando el rostro inescrutable del secretario. Miró a Crowley cuando el hombre salió.

-No quería que Crowley se hallase presente-dijo el financiero-. Se encarga de los detalles de mis asuntos; pero desconoce mis planes.

"En cuanto al préstamo que se refiere, señor Griscom, puedo asegurarle a usted y al señor... ah (hizo un gesto en dirección a Cranston) ... y a su amigo aquí presente, que estoy completamente dispuesto a suministrar el dinero cuando hayan acabado con el peligro, que amenaza ahora á su negocio.

-Ballantyme es el que pone dificultades- replicó Griscom-. Yo veo el peligro. El se niega a verlo. Yo no puedo obrar hasta que Ballantyme esté dispuesto a hacerlo. Pero quizá...

-Quizá-suplementó Wilberton, al hacer el otro una pausa-, ocurran nuevas desgracias que obliguen a Ballantyme a ser menos testarudo. Tanto usted como él, cuentan con mi más viva simpatía. Estos rackets son tragos muy amargos y no me extraña que aguanten ustedes todo lo posible.

"Yo estoy de acuerdo, con que debe uno de luchar contra ellos, en teoría; Pero es imposible hacerlo cuando se convierten en realidades. Es un atropello; pero...

Se encogió de hombros en lugar de completar la frase.

Howard Griscom se puso en pie. Comprendió por la actitud de Wilberton, que la entrevista había tocado a su fin. Cranston y él se despidieron del financiero. Salieron del edificio y se dirigieron, en coche al despacho de Griscom.

-Me alegro que estuviera usted conmigo, Cranston-dijo-. La situación es mucho más seria de lo que le dije a Wilberton. Unos vándalos forzaron la puerta de dos de nuestros teatros y causaron la mar de desperfectos.

"No me gusta ceder; pero he de pensar en aquellos cuyos intereses están en juego. Sí Ballantyme...

Cranston tenía la mirada fija, sumido en profunda meditación al parecer. AL terminar Griscom, bruscamente la frase, Cranston habló, como si pensara en alta voz.

-Es un hombre raro, ¿verdad?-dijo.

-¿Quién? ¿Ballantyme?

-No.

-¿Wilberton?

-No. Crowley.

-¿EL secretario de Wilberton? Sí. Lleva muchos años con Wilberton. Es su secretario particular.

-Si; Eso precisamente, es lo que me tiene pensativo.-Una sonrisa interrogadora revoloteó por los rígidos labios de Cranston -. ¿Por qué le diría Wilberton que se fuese?

"No hubo inconveniente en que Crowley permaneciese en el despacho lo bastante para que comprendiese todo lo que estábamos discutiendo. Después de haberse marchado Crowley, Wilberton nada dijo que no hubiera oído ya su secretario.

Howard Griscom movió, afirmativamente la cabeza. La cosa le parecía muy trivial. Había cosas de tanta importancia en juego, que le molestaba que Cranston hablara de cosas tan insignificantes. EL coche se detuvo cerca del Paladrome Theater. Los dos hombres se apearon.

-¿Quiere usted subir a mi despacho?-Inquirió Griscom-.Voy a salir a comer dentro de unos minutos.

-Muchas gracias, pero tengo una cita.

Lamont Cranston estrechó la mano de su compañero.

Cuando este último se hubo marchado, Cranston se quedó parado en la acera, contemplando, distraídamente, los automóviles que pasaban por Time Square.

De pronto su mirada se agudizó. Entró en un bar, consultó el listín de teléfonos y volvió a la calle. Paró un taxi.

-Al Café Turín-dijo-, Calle Catorce, al oeste de la Sexta Avenida.

Un cuarto de hora más tarde, Lamont Cranston entró en el pequeño restaurante italiano. No había mucha gente en el lugar. Pasó revista a varias mesas y, por fin, se fijó en una que había en un rincón lejano. Se acercó a ella y se sentó, después de estudiar la posición de las sillas.

Perspicaz y observador, Cranston no había tardado en llegar a la conclusión de que aquélla debía de ser la misma silla que Antonio Peretti había tenido la costumbre de ocupar.

Se acercó el camarero y Cranston dijo lo que deseaba. Se cruzó de brazos, como si considerara un gran problema. Su penetrante mirada se fijó primero en un lugar, luego en otro. Por último concentró en la mesa, que tenía uno hoja de cristal colocada sobre un material oscuro.

Sacó un sobre del bolsillo. Introdujo una punta del mismo por entre el cristal y la superficie de la mesa. El sobre se deslizó dentro. Sujetándolo por la única punta que asomaba, Cranston lo movió de un lado a otro a lo largo del borde de la mesa. Como por arte de magia, aparecieron unas palabras escritas en el sobre.

Alguien había escrito en lápiz sobre el cristal. Las palabras resultaban invisibles contra la obscura superficie, hasta que la introducción de algo blanco las hacía resaltar.

Las palabras parecían escritas en el sobre; en realidad, se hallaban una fracción de pulgada por encima de él.

"Sábado. Las tres en punto. Casa Brantwell, Calle Cuarenta y dos".

Este fue el mensaje que leyó Lamont Cranston. Extrajo el sobre y se lo metió en el bolsillo. Quedó pensativo unos instantes; no pareció fijarse en el camarero cuando éste le trajo un plato de spaghetti.

Cranston rió suavemente y su contenida risa tenia un sonido singular. Sacó un billete y lo depositó junto a la cuenta que el camarero había depositado sobre la mesa. Se puso en pie y salió del restaurante.

Tiró calle abajo hacia la avenida. Por el camino, volvió a reír.

Su risa era baja y no se la hubiera oído a unos cuantos pies de distancia.

Pero aun poseía aquel deje helado.

¡Se parecía extraordinariamente, a la risa de ¡La Sombra!

## *CAPÍTULO XV*
## *CRANSTON OBRA*

Howard Griscom y Lamont Cranston habían visitado a Stanley Wilberton el viernes, antes del mediodía. A última hora de la mañana del sábado, unas veinticuatro horas más tarde aproximadamente, Griscom quedó sorprendido al ver que Cranston volvía a hacerle una visita.

-Supongo que se marcha usted de aquí al mediodía-comentó Cranston, cuando se hubo sentado en el despacho particular del empresario.

-Rara vez-replicó éste-. El sábado acostumbra ser día de mucho trabajo. Espero estar aquí toda la tarde ¿Quiere usted aceptar la aplazada invitación a comer?

-Con muchísimo gusto.

Cranston miró por la ventana, desde su asiento. El despacho de Griscom se hallaba en el tercer piso del edificio del Paladrome. Se dominaba, desde la calle Cuarenta y Dos en dirección a Times Square.

Al otro lado de la calle, cerca de la esquina había un establecimiento que llevaba el nombre de "Brantwell". Era una de las sucursales de una compañía de droguerías y bares de Manhattan. Lamont Cranston se fijó en el establecimiento. También observó a los transeúntes con curiosidad. Se volvió a Griscom y viendo que éste no estaba ocupado en aquel momento, murmuró:

-Supongo que tendrá usted a mano tomavistas de película ¿no?

-Puedo tener aquí un "cameraman" en menos de un cuarto de hora-respondió Griscom.

-Esto resultaría una película muy interesante-observó Cranston, señalando hacia la ventana-. Sábado por la tarde en Times Square.

"Centenares... millones de personas, cada una de ellas con un pensamiento distinto. Una gran muchedumbre, cada uno de cuyos componentes está ocupado con sus pensamientos, sin fijarse en aquellos que le observan.

-¿Le gustaría a usted tener una película de eso?-inquirió Griscom, con una sonrisa -. ¿Y si hiciera venir un "cameraman", después de comer?

-Excelente.

-Voy a pasarme aquí las noches además de las tardes, Cranston. Usted sabe que el Paladrome es nuestro mejor teatro. Se encuentra en el corazón de Nueva York.

"Tengo aprensión. La tengo desde ayer. El propio hecho de que nos preocupe tanto el prestigio del Paladrome, me hace creer que los racketeers puedan tenerle echada la vista encima también.

-Y... ¿qué pasos ha dado usted para precaverse contra ellos?-inquirió Cranston.

-¿Qué pasos quiere usted que dé? Tenemos detectives en el vestíbulo. Estamos vigilando a todos los tipos sospechosos. Ballantyme está vigilando también. Está abajo, en el despacho del teatro.

"Entra y sale del Paladrome continuamente. Sin embargo no podemos vigilar a todas las personas que entran en el teatro. Eso resultaría imposible.

Griscom recibió una llamada telefónica que había estado esperando.

Cranston y él salieron a comer.

Eran más de las dos cuando pasaron la entrada del teatro, camino de regreso al despacho de Griscom. Este indicó a loa dos detectives que había en el vestíbulo.

-Están vigilando a todas las personas que entran-dijo-, pero, aun en el mejor de los casos, no pasa de ser un simple recurso. Tal vez tengamos ocasión de echarle el guante a algún alborotador o a alguno que cause daños, después de que los haya causado; pero mal podremos hacerlo antes.

"Estoy preocupado, Cranston. Algo va a ocurrir y nos encontraremos impotentes para evitarlo.

Una vez en el despacho, recordó la promesa que le había hecho a su compañero. Llamó por teléfono a un "cameraman" y éste prometió estar allí antes de quince minutos.

El hombre llegó en el tiempo que había dicho. Griscom le presentó con el nombre de Bud Sherman. Cranston señaló la vista panorámica del centro de Nueva York.

-Aguardemos un poco-sugirió-. La muchedumbre que por aquí pasa todos los sábados por la tarde, empieza a aumentar. Coloque la máquina para poder sacar una vista diagonal de la calle, para que podamos ver la dirección de donde viene la gente. Hacia allí (Cranston señaló, diagonalmente hacia el otro lado de la calle), donde está ese bar.

-¿El de Brantwell?-inquirió Sherman.

-Sí.

Mientras Bud Sherman instalaba la máquina tomavistas, Arline Griscom entró en el despacho. La joven dirigió una agradable sonrisa a Lamont Cranston, que la saludó haciendo una reverencia. Habló con su padre; luego vió el aparato de impresionar y preguntó que hacia allí.

-Al señor Cranston le pareció que una película de Times Square sería interesante -explicó Griscom, con gesto de regocijo -, conque le proporcioné un cameraman.

Cranston se había vuelto hacia la ventana.

-La muchedumbre aumenta-comentó-. Parece venir mucha gente hacia el teatro. Le aconsejaría, señor Griscom, que advirtiese a los hombres que tiene en el vestíbulo que anden con ojo avizor. La tarde de un sábado es una tarde en que puede esperarse jaleo.

-¿Qué ocurre, papá?-preguntó Arline.

-Nada, querida. Voy a bajar al despacho del teatro. Vente conmigo. Son cerca de las tres. Empieza la primera película dentro de un cuarto de hora.

Al salir Griscom y su hija del despacho. Cranston le habló a Sherman.

-Empiece--dijo-, hay una buena cantidad de gente ya.

Sherman obedeció. Puso en movimiento el mecanismo del aparato que estaba enfocado hacia la ventana. Su mirada erró por la calle. No se dio cuenta de que Lamont Cranston estaba observando.

Pocos segundos después de haber empezado a funcionar el aparato de impresión, un hombre bajo de negro, se detuvo ante el escaparate de Brantwell y empezó a mirar distraídamente los cosas expuestas en el mismo.

El hombre estaba vuelto de espaldas a la calle. No se le veía la cara.

Sin dejar de observar al recién llegado, Cranston se acercó al teléfono que había sobre la mesa próxima a la ventana. Marcó un número. Evidentemente no debía de estar muy lejos, porque figuraba en el listín bajo la misma central que el número de Griscom.

-¡Oiga!-dijo-. El señor Cranston al habla. ¿Ha llegado a mi despacho el hombre que yo esperaba? ¿Qué está ahí ahora? (Hizo una pausa y agregó) No entiendo bien. Siga... ¡Ah, sí! Dígale que espere. Puede que me pare a verle en seguida que haya visto al señor Griscom en el vestíbulo del teatro,

Bud Sherman oyó la conversación; pero no le prestó atención. No se dio cuenta del énfasis que Cranston daba a ciertas palabras.

"Hombre ahí ahora. Sígale. Párele en el vestíbulo del teatro". Esto era lo que Lamont Cranston le había dicho al que le escuchaba al aparato.

Durante todo este tiempo, Lamont no había quitado la vista del otro lado de la calle, donde el desocupado seguía inmóvil contemplando el escaparate sin darse cuenta de que caía dentro del campo visual de un aparato de impresionar películas, que estaba en pleno funcionamiento.

Cranston estaba marcando otro número de la misma central también.

Recibió respuesta e inició una conversación que duró cerca de un minuto.

De pronto sus palabras volvieron a tomar el mismo énfasis peculiar que distinguiera su conversación anterior.

-Le veré a usted en la reunión; Harry tiene que ausentarse y yo ocuparé su lugar. Sí; lo más probable es que vaya el lunes tras de haber comido. Será el segundo viaje que haga allí. ¿Eh?... !Claro, hombre...! Bueno: adiós,

El mensaje oculto era el siguiente: "Reunión tiene lugar. Vaya tras segundo hombre".

AL transmitirlo Cranston, sus palabras, estaban sincronizadas con lo que estaba sucediendo al otro lado de la calle.

Otro hombre había surgido de entre la muchedumbre. La primer muestra que dio de ser distinto a los demás, fue el detenerse también para echar una mirada al escaparate de Brantwell, de forma que quedó de espaldas a la calle.

Se paró detrás del primer hombre, que no podía verle. Se metió la mano en el bolsillo del abrigo azul. Sacó un objeto pequeño.

Dando un paso adelante, como para esquivar a las personas que le empujaban, posó la mano contra el gabán negro que llevaba el primer hombre.

El hombre vestido de azul se retiró inmediatamente. Tenia la mano vacía, Lamont Cranston pudo verle la cara: pero ni sus penetrantes ojos pudieron distinguir las facciones claramente a tan gran distancia.

Su mirada volvió hacia el primer hombre, que seguía contemplando el escaparate. Este empezó a moverse, inquieto. Luego se marchó a su vez. Cranston vió, durante unos instantes, un rostro moreno.

Ambos hombres se perdieron entre la muchedumbre. Lamont miraba, con indiferencia, por la ventana. El "cameraman" le dirigió la palabra.

-Este rollo está, aproximadamente, acabado-observó-, ¿quiere usted que ponga otro nuevo?

-Con lo hecho basta-contestó Cranston.

Cuando se hubo marchado el hombre, Cranston permaneció junto a la ventana. Obraba como si esperara noticias poco corrientes.

Transcurrió un cuarto de hora. Sonó el teléfono. Cranston contestó. Oyó la voz excitada de Griscom.

-¿Es usted, Cranston? ¿Puede bajar al despacho del teatro? Los detectives detuvieron a dos hombres que armaban jaleo en el vestíbulo. Los hicieron pasar al despacho. ¡Ballantyme está hablando con ellos en este momento! ¡Me gustaría que les viera usted!

Cranston bajó en el ascensor. Entre la entrada del edificio en que se hallaba el despacho y el teatro en sí, había un estanco. Entró y compró varios paquetes de cigarrillos-cada uno de ellos de una marca popular diferente. Se los metió en distintos bolsillos.

Entró en el vestíbulo del teatro y dio su nombre al portero. Un acomodador le condujo el despacho.

Cuando penetró en el mismo, halló a George Ballantyme que interrogaba a dos hombres que estaban sentados delante de él. Ballantyme hablaba, en particular, con uno de ellos: un hombre joven, bien vestido, que parecia completamente sereno.

-Dice usted que se llama Clyde Burke- dijo Ballantyme-. ¿Que hace usted?

-Fui redactor de un periódico en otros tiempos-replicó el interpelado-. Actualmente dirijo una agencia de prensa y me dedico al periodismo independiente. Este suceso de hoy se sale de lo corriente. Tal vez resulte un buen asunto para un suelto de periódico en...

-Señor Burke,- le interrumpió Ballantyme, preocupado-, no es nuestro propósito causarle molestia alguna. Sólo le pedimos que coopere con nosotros. Ha habido algunos .. ah... disturbios En nuestros teatros. Estamos vigilando a todos los que entran. Tuvo usted un encuentro con este hombre en el vestíbulo...

-Así es -asintió Burke-, tropecé con él accidentalmente. Se enfadó. Vi que llevaba la mano al bolsillo. Me excité, creyendo que a lo mejor iba a sacar una pistola. Le eché mano. Luego, estos hombres de usted (señaló a los detectives), nos cogieron y nos trajeron aquí.

-¿Tendrá usted inconveniente en que le registremos, señor Burke?

-Ninguno.

Vació el contenido de sus bolsillos en la mesa y un detective completó el cacheo. Nada sospechoso salió a relucir. Burke volvió a guardarse las cosas en los bolsillos. Ballantyme se volvió hacia el otro. Era un hombre bajo, que llevaba un abrigo negro barato. Su moreno rostro tenía una expresión muy hosca. AL mirarle, dejó de extrañarle a Ballantyme que aquel hombre hubiera infundido sospecha a Burke.

-¿Cómo se llama usted, inquirió?

-Marschik-le contestaron-. Steve Marschik.

-¿Cuál es su versión de lo sucedido?

-Ese hombre-contestó Marschik, señalando a Burke-, tropezó conmigo a la puerta. Yo no estaba haciendo nada. Creí que estaba loco. ¡Vaya si lo era¡

"No hay derecho a acusarme de intentar armar bronca- con él. Estoy sin trabajo... tengo un poco de dinero. Quiero ver las películas. He ahí todo. Empezó a vaciarse los bolsillos. Unos cuantos sobres y cartas, un peine de bolsillo, un paquete de cigarrillos. Depositó todo sobre la mesa. Un detective le cacheó.

Lamont Cranston se adelantó. Echó una mirada a los artículos que había en la mesa. Los cogió descuidadamente y volvió a dejarlos.

-Bien-gruñó el detective.

Marschik volvió a guardarse sus cosas. Tanto él como Burke parecían algo molestos.

Ballantyme procuró suavizar las cosas.

-Ninguno de los dos, ha pagado aún la entrada-dijo-. Pueden ustedes asistir al espectáculo como invitados nuestros. Comprenderán ustedes, señores, que fueron ustedes los que causaron el disturbio y que nosotros nos hemos limitado a invitarles a que pasasen aquí.

-Por mí está bien-dijo Burke.

-Bueno-asintió Marschik.

Los hombres salieron. El detective les siguió.

Lamont Cranston se quedó con Howard Griscom y George Ballantyme. Los dos hombres de teatro se enzarzaron en una larga discusión.

-Esto no puede continuar-declaró Griscom-. Hemos de usar nuestro sentido común, aunque nos cueste trabajo hacerlo. Estos racketeers son...

-¿Qué son? - inquirió Ballantyme, con impaciencia-. Exagera usted la situación, Howard. Esos dos hombres, por ejemplo... a ninguno de los dos se le puede considerar como sospechoso.

"Los detectives de usted, plantados en el vestíbulo, se excedieron en su celo. Ven una amenaza en el menor altercado. ¿Está usted de acuerdo conmigo, Cranston?

Por toda contestación, Lamont se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos, Estaba sin abrir, y aún llevaba su cubierta de papel "celofán". Lo depositó sobre la mesa y empezó a quitarle el envoltorio exterior.

-Un articulo muy poco sospechoso-murmuró-. Un simple paquete de cigarrillos. Ese hombre que dijo llamarse Steve Marschik se lo sacó del bolsillo hace unos momentos...

-Le vió volvérselo a guardar-interrumpió Ballantyme.

-Le vió usted guardarse otro paquete -declaró Cranston, tranquilamente-. Yo tenia un paquete igual en el bolsillo. Lo cambié por el suyo. Este es el que Marschik llevaba.

El paquete quedó abierto. Dos cigarrillos resbalaron y cayeron sobre la mesa. Cranston cogió uno de ellos y le arrancó la punta.

En lugar de tabaco, salieron unos copos de polvo amarillento. Cranston lo echó en un cenicero vacío y examinó cuidadosamente la substancia.

Ballantyme y Griscom le miraron con asombro, Cranston se humedeció el dedo y tocó el polvo. Se limpió las manos y dio un paso atrás.

El polvo pareció ponerse a hervir. Se alzó un humo poco espeso, gaseoso.

Un olor penetrante, sulfuroso, llenó el cuarto. Ballantyme se dirigió a la puerta.

-No se preocupe-dijo Cranston-, ya se acabó. Sólo empleé una cantidad muy pequeña. Pueden ustedes imaginarse el resultado si el contenido de unos cuantos de estos cigarrillos hubiera sido puesto en una taza de papel medio llena de agua. Los vapores hubieran inundado todo el teatro y..

-¡Voy a salir al vestíbulo!-exclamó Ballantyme.

Salió, corriendo, del despacho.

-Demasiado tarde-declaró Cranston.

Ballantyme regresó acompañado de Babson, el gerente del teatro, un momento después.

-Marschik se largó-dijo-. Los detectives le dejaron marcharse. Dijo que no quería ver la función.

Se volvió, bruscamente a Cranston.

-Si usted sospechaba esto-exigió-, ¿por qué no nos lo dijo?

-Yo no obro fundándome en sospechas -respondió el interpelado-. Hago uso de los hechos cuando estoy seguro de ellos.

"No tenían ustedes prueba alguna de que Marschik tuviera intenciones de llevar a cabo un acto criminal. Cuando el señor Griscom me dijo que el individuo sospechoso al que se detuvo en el Eagle Theater no llevaba cosa encima más alarmante que un paquete de cigarrillos, pensé que seria prudente examinar el paquete de cigarrillos que pudiera llevar toda persona sospechosa.

"Marschik no les molestará más. Ha fracasado. Pero habrá otros, más peligrosos, tal vez, que Marschik.

-A menos-interpuso Griscom-, que cedamos a sus exigencias.

-¡Jamás-exclamó Ballantyme. Descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa-. ¡Mientras yo pueda evitarlo, nuestros teatros no pagarán un centavo a esa cuadrilla de bandidos.

Dio media vuelta bruscamente y salió del despacho. Griscom le siguió, con el gerente del teatro.

Solo quedó Lamont Cranston. Permaneció inmóvil, como una estatua, con la mirada fija en la pared. Pensaba, no en el pasado, sino en el porvenir.

¡Estaba evocando los acontecimientos que aún habían de ocurrir!

## *CAPÍTULO XVI*
## *EN LOS MUELLES DE BROOKLYN*

-Está fijado para esta noche, Cliff-Madge Benton hablaba en voz baja y ávida-. Durgan y Shires van a estar allí... para ver a Bart Hennesy caer. Te lo digo porque..odio a Durgan! (Sus ojos brillaron con ferocidad.) ¡Le odio... por perro!

Cliff afirmó con la cabeza, pensativo. Estaban sentados en un rincón oscuro de un pequeño restaurante, donde se habían dado cita,

Madge había telefoneado a Cliff para avisarle de que tenia noticias importantes. El encuentro había seguido. Madge estaba contando lo que había oído cuando Durgan y Shires conferenciaron unas horas antes.

-Le matarás, Cliff, ¿verdad? - inquirió Madge.

La súplica de la muchacha era apremiante. Endurecida y acostumbrada a las costumbres del hampa, no tenia más que un deseo: Quería que Cliff asesinara a Durgan el Matador.

No era una petición fuera de lugar, tratándose de un individuo que poseía la fama conquistada por Cliff en los bajos fondos.

-¡Tú te cargaste a Tim Waldron¡-declaró Madge-. ¡Haz lo mismo con Durgan. Te dará un disgusto, seguro... si se entera de que me has estado rondando!

"Es inútil esperar, Cliff. ¡No le des una oportunidad. Él ha matado a la mar de desgraciados de esa manera. ¡Se lo merece!

"Su cuadrilla ha desaparecido. No tiene a su lado más pistolero que Ernie Shires. Ernie no es gran cosa. No se metió contigo cuando mataste a Tim... ¡y Duran representa tan poco para él como Tim!

La lógica de la muchacha era indiscutible. Aquella noche -lunes- Durgan el Matador iba a salir sin sospechar que le amenazara peligro alguno, a los alrededores de los muelles de Brooklyn. Era una ocasión que se le presentaba a Cliff para saldar cuentas viejas y para despejar el campo y poder tener a Madge por suya.

Y lo más importante de todo, era que la propuesta muerte de Durgan, seria atribuida a otros; porque Madge se había enterado del que el Matador tenia la intención de darle un disgusto a Bart Hennesy, rey de los salteadores de muelles.

-Durgan va a salir al encuentro del camión junto al almacén de Hoosier-agregó la joven-.Va a dejar el coche allí. Estará solo

"Deja que le encuentren cuando lleguen allí... ¡que le encuentren acribillado a balazos. No se hallará presente para iniciar la lucha entre Hennesy y Larrigan.

"Bart está resentido con Durgan, como sabes, desde que mataron a Big Ben Hargins. Bart cree que Durgan tuvo algo que ver con el asunto.

Cliff guardó silencio. Hubiera podido darle a Madge, sin dificultad, todos los detalles de la muerte de Ben. El salteador de muelle no había recobrado el conocimiento después de aquel golpe que recibiera en el restaurante de Pezzeroni.

Aquel golpe, junto con la pérdida de hombres sufrida en el garage Nueva Era, había debilitado el reino de Bart Hennesy. El y su restante lugarteniente Spunk Hogan habían procurado no alejarse de los muelles.

-Bart no tardará en salir a la caza de Durgan-dijo Madge-. Por eso quiere anticipársele Durgan. Puedes acabar con el Matador antes de que ponga en practica sus planes. ¡Es cosa fácil para ti, Cliff! .

-Aguarda un momento-respondió Cliff, pareciendo rehacerse de su indecisión-. Voy a llamar por teléfono. Volveré enseguida.

Madge contempló a Cliff con aprobación, cuando éste se dirigía a la cabina telefónica. No conocía sus intenciones a ciencia cierta; pero estaba segura de que todo ello conduciría a lo que ella deseaba; ¡el fin de la vida criminal de Durgan el Matador!

Una vez en la cabina, Cliff marcó el número que conocía tan bien. Seguro de que nadie le escuchaba, hizo caso omiso de la clave convenida y explicó, en breves palabras la situación. Se limitó a no mencionar nombres, comprendiendo que se le entendería igual.

Lo que dijo fue, que Durgan el Matador, acompañado de Ernie Shires y algunos otros, tenia la intención de presentarse en el muelle de Brooklyn donde Hennesy y Larrigan se encontrarían y ser el motivo de un motín que pondría término al vacilante régimen de Bart Hennesy.

-Llámeme dentro de veinte minutos-le contestaron.

Cliff volvió al lado de Madge. La muchacha observó su expresión y decidió que había logrado convencerle.

Resultaría poco prudente intentar persuadirle más. Madge procuró ser encantadora más bien que vengativa. Sus melosas palabras hicieron que una sonrisa de satisfacción curvara los labios de Cliff.

-Soy tu querida, Cliff-declaró la muchacha-. ¡Lástima que no te haya conocido hace tiempo! Pero valía la pena esperar. Dime, Cliff, no piensas nunca en ninguna otra muchacha, ¿verdad?

-Ahora no-Cliff había estado pensando en otra muchacha, en una, cuyo retrato había visto en los ecos de sociedad del periódico del día anterior-. Hubo otra muchacha... hace tiempo; pero todo eso quedó olvidado cuando me encarcelaron.

-¿Una muchacha de postín, Cliff?

Cliff afirmó, con la cabeza.

¡Son todas iguales! -exclamó Madge, con énfasis-. ¡Abandonan a un hombre en cuanto le ven en dificultades! Yo no soy así, Cliff.

Le miró de hito en hito al inclinarse hacia él y asirle ambas manos.

Cliff volvió a sonreír.

-Más vale que vuelva a telefonear-dijo pensativo-, pudiera darle así un disgusto a Durgan.

Madge volvió a erguirse en su asiento. Estaba segura de que Cliff Marsland iba a obrar aquella noche.

Una vez en la cabina telefónica, Cliff marcó el número y recibió una inmediata contestación. La voz empezó a dar instrucciones en cuanto Cliff se dio a conocer.

-Diríjase inmediatamente, al estanco de Cassidy-le ordenaron-. ¿Sabe dónde está?

-Si.

-Entre en la trastienda. Es un lugar de reunión. Eso ha quedado arreglado. Dará usted instrucciones a los hombres.

Sonó un chasquido. La voz de la central se oyó, preguntando que número deseaba. Cliff lo dio, con impaciencia. Le informaron que la línea estaba ocupada. Colgó el auricular y volvió a llamar. Oyó la señal de que comunicaba. Era una de esas interrupciones latosas e inesperadas.

-Vaya inmediatamente-le habían dicho. Cliff conocía el estanco de Cassidy.

Había ido en viaje de exploración por el hampa varias veces, aparte de aprender mucho de Madge. Cassidy tenía una trastienda, donde a nadie le molestaban... si era conocido, de Cassidy.

El lugar había caído en desuso, debido a la vigilancia de la policía; pero empezaba a volver a reconquistar su popularidad. Había un teléfono en la trastienda de Cassidy. En caso de apuro, Cliff podría llamar desde allí. Sería prudente ponerse en marcha ya.

Volvió al lado de Madge. Le dijo a la muchacha que se marchaba. Salió del restaurante. Ella había de marcharse más tarde. Cliff aún estaba haciéndose preguntas acerca de su misión cuando salió a la calle. No se le ocurrió volver la cabeza. No vió al hombre que le seguía los pasos. Subió a un coche y dio las señas del estanco.

Encendió un cigarrillo. Ni miró hacia atrás. Cuando llegó al estanco se acercó directamente al establecimiento y entró en la trastienda. No había nadie allí.

Se sentó delante del teléfono, preguntándose si debiera utilizarlo o no.

Creyó oír abrirse la puerta. Se volvió, esperando ver a la persona con quien se había de encontrar.

Se encontró con el cañón de una pistola, que le apuntaba. La tenia un hombre bajo, de cara inescrutable, en la mano.

-Conque tú eres el tipo ese, ¿eh?-murmuró el desconocido, en voz baja-. ¡Manos arriba, (Cliff obedeció), y no intentes nada, si no quieres que te meta un cargador en la boca del estómago.

"Tal vez te interese saber quien soy, ¿eh? Soy Miles Wharton. Trabajo por cuenta de Durgan el Matador... ¡el hombre a quien has intentado quitar la querida¡

Wharton se interrumpió, para dirigirle a Cliff una mirada maligna. Parecía altamente satisfecho de su captura. Sin dejar de apuntarle a Cliff con la pistola, Wharton se dirigió al teléfono.

-Es más-prosiguió-. Ya sé quien eres. Cliff Marsland... ese es tu nombre. Te seguí esta noche. Le oí a la querida de Durgan llamarte "Cliff" cuando entrabas en el restaurante.Durgan no está enterado aún; pero... ¡va a enterarse ahora mismito¡ Voy a conservarte aquí hasta que se presente él. ¿Te enteras?

Descolgó el auricular con la mano izquierda. Pidió el número de Larchmont Court. Luego dio el número de las habitaciones de Wharton. Unos instantes después hablaba con el propio Durgan.

-Escucha, Durgan-dijo Wharton, sin dejar de vigilar a Cliff, que le vigilaba a su vez-. He pillado al tipo que andaba de parranda con tu querida. Le conservaré aquí a menos que quieras que no, ¿cómo? ¡Seguro! Le tengo encañonado con mi pistola ¡Claro que le daré el pasaporte para el otro barrio! ¡Ahora mismo¡

-Escucha, Durgan-dijo Wharton-, apretaré el gatillo para que lo oiga usted abandonar este mundo. ¿Está preparado? Pues ahí va. El hombre en cuestión se llama....

Cuando Cliff se disponía a iniciar un ataque desesperado que hubiera significado una muerte cierta, sonaron dos disparos junto a la puerta. Mike Wharton rodó por el suelo, muerto. La pistola se le cayó de entre las manos.

-¡Vamos, Cliff!

¡Era Nipper Brady! El pequeño gangster no podía haber llegado más a tiempo. Había puesto punto final a la carrera de Mike Wharton-y el sonido de los disparos fatales había sido escuchado por Durgan el Matador, que supuso significarían la muerte del hombre que deseaba él que muriese.

Cliff cruzó apresuradamente el estanco y salió a la calle, Nipper le condujo a la vuelta de la esquina, a un coche de turismo, donde aguardaban Patsy Birch y Dave Talbot. Patsy estaba sentado al volante. Puso el coche en movimiento a una orden de Nipper.

-Recibimos tu aviso telefónico, Cliff-dijo Nipper, cuando arrancó el coche-. Dinos que hay que hacer. ¡Estamos preparados para lo que sea!

Cliff estaba aturdido. De pronto comprendió. Durante los veinte minutos de intervalo que mediaron entre las dos llamadas telefónicas, la Sombra había llamado a Nipper y le había dicho que estuviese a mano con Patsy y Dave.

Al hacerlo, La Sombra debía de haber imitado la voz de Cliff a la perfección.

¡Aquellos eran los hombres con quienes había de encontrarse Cliff¡ Era Nipper quien le había salvado la vida... pero, en el fondo, era La Sombra quien le había salvado con su acción.

-Detente aquí, Patsy-ordenó Cliff.

Se apeó y entró en un establecimiento cercano. Llamó al número de costumbre y oyó la voz serena de siempre.

En breves palabras explicó lo ocurrido. Luego recibió las instrucciones que no había podido recibir anteriormente. Movió la cabeza afirmativamente a medida que escuchaba lo que le decían.

De regreso en el coche, le dijo a Patsy donde debía de dirigirse. EL coche se detuvo en una calle obscura, detrás de un camión parado.

-Aguardaremos aquí un poco-dijo, al subir sus hombres y él al camión-, y mientras esperamos, os diré lo que vamos a hacer.

*****

Allá en uno de los muelles de Brooklyn, habíase reunido un grupo numeroso de hombres. Eran cargadores y aguardaban, ociosos, mientras un grupo más pequeño conferenciaba.

Bart Hennesy y su principal lugarteniente Spunk Hogan, hablaban con Hoke Larrigan. Reinaba una atmósfera de antagonismo.

Teóricamente, todos los cargadores y salteadores de muelle estaban a las órdenes de Bart Hennesy. Algunos de ellos habían llegado en su compañía y en la de Spunk. Menos de la mitad del grupo se componía de trabajadores de Larrigan, aún cuando aquel era un muelle en el que Larrigan era el amo

Se acercó un camión, del que se apearon dos hombres. Uno de ellos dirigió la palabra a uno de los cargadores.

-Andamos buscando un cargamento consignado a Gratz y Compañía-dijo-. Queremos que los cargadores públicos nos lo carguen.

-Bueno. Aguarden unos instantes. Se lo encontraremos.

Era evidente que se había esperado la llegada del camión. Empezó una discusión entre Bart Hennesy y Hoke Larrigan.

-Está bien-gruñó Bart-.Veamos a tus muchachos cargarlo. Veamos como cobran. Luego, veamos donde está mi parte. ¡Para eso he venido aquí!

"Tu crees que eres independiente y por eso me has lanzado ese reto. Pues bien, estoy aquí... ¡y pienso cobrar!

Hennesy hablaba con seguridad. Sus hombres eran superiores en número a los de Hoke Larrigan. Había llegado el momento de decidir quien era el amo y Hennesy ganaría como había ganado siempre.

Mientras Hennesy hablaba, llegó otro camión más pequeño. Se desvió y se detuvo a un lado, colocándose en ángulo recto al camión mayor.

-Bien, muchachos-dijo.

Los cañones de dos ametralladoras asomaron por las aspilleras practicadas en los lados del vehículo. La luz de los muelles les arrancó vividos destellos.

Bart Hennesy quedó inmóvil de asombro, al ver que las ametralladoras apuntaban a sus hombres.

-¿Qué tal, te gusta eso?-inquirió Hoke Larrigan, con sarcasmo-, y... ¿cómo te gusta esto?

Rápido como una centella se sacó una pistola del bolsillo y le metió tres balazos a Bart. El rey de los salteadores de muelles cayó muerto. Ni una sola persona se movió.

Larrigan se volvió a Spunk Hogan.

-¿Quieres tú una dosis de lo mismo?-preguntó.

Spunk negó, con la cabeza. Estaba demasiado aturdido para poder contestar.

Hoke Larrigan dirigió una mirada de triunfo a su alrededor. Sabía que había doce docenas de cargadores dispuestos a vengar la muerte de su jefe. Pero la amenaza de las ametralladoras les acobardaba. Nadie se atrevía a iniciar la lucha.

Aquella era la oportunidad de Hoke. Habiendo muerto Bart Hennesy y mientras Spunk Hogan temblaba por su vida, Hoke podía proclamarse rey de los muelles. Vaciló tan sólo porque no sabia si debía perdonarle la vida a Spunk Hogan. Rió al mirar al acobardado lugarteniente de Hennesy.

Unas voces bajas hablaban en el interior del camión pequeño, que casi había pasado inadvertido.

-No hagan nada hasta que todo esto haya acabado -advirtió Cliff Marsland-. Hemos venido aquí para que la lucha sea justa; para que las dos partes estén igualadas.

En tal caso, ¡ahí va eso! - exclamó Nipper. Nada pudo contener al hombrecillo. Consideraba a Bart Hennesy como un as entre los racketeers.

Antes de que Cliff pudiera impedirlo, Nipper alzó la pistola.

Un fogonazo surgió tres veces del arma. Tres balas bien dirigidas dieron en el blanco. Hoke Larrigan cayó muerto, alcanzado por proyectiles disparados desde donde menos se lo esperaba.

¡El asesino de Bart Hennesy había purgado su delito!

-Disparad contra el camión - exclamó Cliff, sombrío.

La acción de Nipper habla precipitado los acontecimientos. No era aquel momento de vacilar.

Un segundo después de haber dado Cliff la orden, sus hombres obedecían.

Los cañones de las ametralladoras era el blanco contra el que disparaban.

Las balas de las pistolas causaron verdaderos destrozos. Pasando por las aspilleras, inutilizaron a los servidores de las piezas.

Los hoscos cargadores de muelle entraron en acción. Los hombres que habían acompañado a Bart Hennesy estaban sedientos de venganza. Salieron a relucir las pistolas. Sonaron disparos. Entraron en acción brazos musculosos.

Del camión grande empezaron a surgir disparos de revólver. Durgan, el Matador, fácil de reconocer allá en el asiento de delante, intentó vengar la muerte de Hoke Larrigan y escogió a Spunk Hogan como blanco.

AL caer Hogan, una lluvia de balas salpicó el camión.

Durgan parecía tener una vida encantada; pero comprendió su peligro. Se echó hacia atrás en su asiento. El hombre que estaba sentado a su lado-Ernie Shires-puso el motor en marcha. El camión se puso a salvo.

-¡En marcha¡-exclamó Cliff, al desaparecer la luz trasera del camión de Durgan en la distancia.

El camión de Cliff estaba recibiendo balazos de todas partes, al intentar los cargadores de Hoke Larrigan vengar la muerte de su jefe.

Patsy puso el motor en marcha; pero, antes de que pudiera arrancar el camión, llego una oleada de hombres.

Cliff se hallaba en el asiento delantero, al lado de Patsy. Le arrancaron la pistola de la mano. Patsy quedó reducido, también a la impotencia. Nipper y Dave, que se hallaban en la parte de atrás, fueron derribados al fondo del vehículo. Tenían las pistolas descargadas.

De pronto, de un rincón oscuro, surgieron las detonaciones de dos pistolas.

Alguien las estaba disparando entre dos filas de cajas próximas al camión.

El que disparaba era un tirador asombroso. Al alzarse un enorme puño para dejar a Cliff sin conocimiento, una bala alcanzó el brazo alzado. Uno por uno fueron cayendo los atacantes. Parecía como si se hubiera armado un circulo encantado. Patsy, viéndose libre,

puso en marcha el camión. Un último cargador saltó hacia él, pistola en mano. Un segundo más, y el vehículo hubiese quedado sin conductor.

Pero sonó un solo disparo al desviar Patsy el camión. ¡El amenazador atacante rodó por el suelo!

Volviendo la cabeza, Cliff vio alzarse una figura alta, negra de su escondite entre las cajas. Dando unas enormes zancadas, la figura dio un salto y alcanzó la parte de atrás del vehículo.

Al acelerar Patsy, de pronto la marcha, Cliff quedó mudo de asombro. ¡Iban cinco hombres a bordo del camión! Cliff, Patsy, Dave, Nipper y... ¡La Sombra!

El amo de la obscuridad había salvado a Cliff y a sus hombres de una muerte cierta. Y ahora, al correr en la noche, Cliff oyó, detrás de sí, una prolongada y ronca carcajada.

¡La Sombra les acompañaba! ¡El trabajo de Durgan había fracasado!

Al detenerse el camión en la calle desierta, junto a un coche de turismo, Dave subió al pescante.

-A Nipper le han dejado seco-fue lo único que dijo.

Cliff saltó al asiento de atrás. Dave no había hecho más que hacer constar un hecho. Allí yacía el cadáver de Nipper Brady, el pequeño gangster de pálido semblante que había luchado como un hombre de hierro. Los últimos disparos de los secuaces de Hoke Larrigan, habían quitado la vida al nombre que derribara a su jefe.

-¿Quién estaba ahí detrás, con vosotros? -inquirió Cliff.

-Sólo Nipper-contestó Dave-. Es el único que vi. Yo estaba medio sin conocimiento. No, aguarda... (En el semblante de Dave apareció una expresión de perplejidad)... debe de haber habido otra persona. Había otro individuo allí que disparaba contra la cuadrilla. No puede haber sido Nipper, porque... ¡estaba muerto!

Cliff registró, palmo a palmo, todo el interior del vehículo en la obscuridad.

Nadie había allí.

Patsy y él habían salido ilesos. Dave estaba herido. Nipper había muerto.

Pero él quinto hombre había desaparecido como un fantasma de la noche.

Había salvado el día; había escapado y se había marchado misteriosamente.

Mientras Cliff se hallaba, solemnemente junto al cadáver de Nipper, creyó oír un sonido lejano: ¡la risa de La Sombra!

## *CAPÍTULO XVII*
## *LA TRAGEDIA DEL TEATRO*

Los periódicos de la mañana del martes, publicaban relatos sensacionales de la batalla que se había librado en el muelle de Brooklyn. La lucha había continuado entre las cuadrillas rivales, que querían vengar la muerte de sus jefes caídos. La policía había intervenido, efectuando detenciones.

El resultado, según los periódicos de la tarde, seria desastroso para los rackets que durante tanto tiempo, habían sido como un cáncer en los muelles de Nueva York.

Habiendo muerto Bart Hennesy y Hoke Larrigan; no hallándose vivos Spunk Hogan ni Big Ben Hargins para hacerse cargo del mando, nadie quedaba que pudiera arreglar las cosas con las autoridades.

Corría el rumor de que a Hoke Larrigan le había estado apoyando un jefe grande que le había usado para hacerse el amo de los muelles; pero, con el estado caótico en que se encontraba todo allá, dicho personaje oculto temía descubrir su juego.

La directiva de las compañías de navegación había tolerado, durante mucho tiempo, la presencia de los cargadores públicos en sus muelles, simplemente porque no querían tener disgustos con los trabajadores sindicados que pudieran estar aliados, extraoficialmente, con los salteadores de muelle.

Deshecho ya el racket, sin embargo, empezó a anunciarse que las líneas más importantes no volverían a permitir que se tornase al estado de cosas anterior.

Los jefes de los sindicatos negaron haber tenido relación alguna con los diferentes caudillos de los muelles.

¡El racket más notorio de Nueva York se había hecho cisco en una sola noche!

Cliff Marsland leyó los relatos de la prensa con interés y avidez. Sabía quien era el que había dado el golpe de muerte al racket.

La Sombra, preparada para aquella ocasión, no había dejado de hallarse a mano para sembrar la confusión entre los que estaban dispuestas a aclamar a Hoke Larrigan, como rey de los muelles.

Cierto era que Nipper Brady había hecho los disparos que provocaran la lucha, pero el gangster se hallaba allí gracias a los planes preparados por La Sombra. Además, Cliff estaba seguro de que la propia Sombra hubiera provocado la lucha, de no habérsele anticipado Nipper inconscientemente.

Se hizo mención de los camiones que habían tomado parte en la batalla; pero nadie tenía la menor idea acerca de quienes podrían haber sido los ocupantes de los mismos.

Fueron aceptados por los periódicos como parte del plan de batalla. Se supuso que contendrían refuerzos de salteadores de muelle. Hoke Larrigan había muerto. Su historia no se conocería jamás. Bart Hennesy estaba muerto.

No podía mencionar el resentimiento y el rencor que le guardaba a Durgan el Matador.

¡Durgan el Matador¡ He ahí un nuevo misterio.

Durgan había desaparecido. Se le había visto en Larchmont Court a medianoche, poco antes de que Cliff regresara al hotel. Durgan se había marchado con Madge. No había dejado el menor indicio que permitiese adivinar cual fuera su destino.

Cliff intentó imaginarse la escena que se desarrollaría en las habitaciones de Durgan cuando le hablara Mike Wharton por teléfono. Durgan debía de haberle dicho a la muchacha que su hombre había muerto.

A aquellas fechas ya se habría enterado de su error, porque el periódico publicaba un suelto, dando a conocer la muerte violenta del gerente de los garages.

Era probable que Durgan le hubiese ocultado la noticia a Madge. De forma que la muchacha se hallaría en alguna parte, en poder de Durgan el Matador.

Semejante pensamiento no era muy alentador para Cliff. Sentía que le debía mucho a Madge. AL propio tiempo sin embargo, le daba el corazón que ella encontraría oportunidad de ponerse en comunicación con él.

Los rackets constituían el tópico del día. El racket de los almacenes había quedado destrozado, El racket de los garages había muerto de muerte violenta. Ahora el racket de los muelles había recibido la puntilla a su vez,

Junto con esto, otros rackets más pequeños se hundieron. Y, en casi todos los demás casos, parecía hallarse presente alguna causa misteriosa, desconocida.

Pero, mientras los periódicos se regocijaban e instaban, en sus artículos de fondo, a la policía a que entrara en acción, no se habló del racket nuevo y mayor que intentaba envolver a un negocio grande y próspero con sus redes.

Porque Howard Griscom y George Ballantyme seguían insistiendo en negarse a ceder a las exigencias de los racketeers de teatro.

Maurice Belden, el plausible representante de la Asociación Cooperativa de Propietarios de Teatro, seguía continuando sus visitas al despacho de Griscom. No hacía el

menor esfuerzo por precipitar los acontecimientos. Se limitaba a hablar de las ventajas que su Asociación ofrecía.

No había manera de relacionarle con los disturbios ocurridos en los teatros, propiedad de Griscom y Ballantyme.

Desde que se descubriera a Steve Marschik y su paquete de cigarrillos cargados, nada había ocurrido en el Paladrome.

Los detectives se pasaban el tiempo entrando en el vestíbulo y saliendo.

George Ballantyme, cuando no se hallaba en los otros teatros, hacía del despacho del Paladrome su cuartel general. Estuvo allí el lunes. No volvió hasta última hora de la tarde del martes. Abrió la puerta con su llave particular.

Mientras, se encontraba en el despacho entró Babson, el gerente del teatro.

Abrió el ropero y sacó el gabán y el sombrero.

-Está lloviendo un poco-comentó.

Ballantyme movió, afirmativamente la cabeza. Su abrigo y su sombrero estaban tirados en una silla. Siguió escribiendo una carta.

-No cierre la puerta cuando salga-dijo Babson-. Va a entrar un acomodador con unos paquetes. La cerrará él. ¿Ha visto usted la película?

-La vi ayer.

-Es una producción emocionante. Esa escena de tiroteo entusiasma al público. Es la mar de realista. Pronto empezará la función de la noche.

Habiendo dicho esto, Babson se marchó. Se detuvo a hablar con el acomodador que se hallaba en la parte de atrás del teatro, para recordarle los paquetes.

-Éntrelos cuando lleguen-dijo-. Cierre la puerta al salir, a menos que el señor Ballantyme esté ahí dentro. No; ciérrela en cualquier caso. No querrá que le molesten.

Unos veinte minutos más tarde, el acomodador vio a Ballantyme salir del despacho. No llevaba el abrigo ni el sombrero. En la mano tenía una carta que, evidentemente, iba a echar al correo.

Transcurrieron diez minutos. Llegaron los paquetes. El acomodador los metió en el despacho y los dejó en un rincón. Vaciló al salir.

Había visto el sombrero y el gabán de Ballantyme sobre la silla.

Probablemente se habría ido a comer. Regresaría. Sabia que Ballantyme tenía llave, conque dio un golpe a la puerta para que se cerrara.

Se dirigió al vestíbulo y vió entrar a Ballantyme poco rato después. Este se dirigía al despacho.

En aquel momento estaban proyectando la producción grande. Era una película del Oeste, que alcanzaba su punto culminante en una escena de taberna, en la que se intercambiaban varios disparos.

El acomodador rió al ver a los dos detectives abandonar el vestíbulo y entrar en la sala. Les gustaba aquella escena y habían entrado para verla otra vez. Se apoyaron en la barandilla que había en la parte de atrás del patio de butacas y aguardaron el momento dramático.

El acomodador experimentaba vivo interés también. Se acercó. Los efectos, los sonidos, eran buenos en aquella producción.

Llegó la escena. Los actores aparecieron en el edificio del Oeste, que era taberna y salón de baile a la par.

-Escucha esos disparos, Bill-dijo uno de los detectives en voz baja-. Suena como si estuvieran saliendo de la mismísima película. No pueden ser más realisticos de lo que son.

Un mejicano solitario sacó un revólver y disparó. El mejicano se tambaleó, agarrándose la muñeca. Dos de sus paisanos se alzaron de una mesa. Sacaron revólveres a tiempo para recibir el fuego del vaquero.

Se oyeron cinco disparos en rápida sucesión; una leve pausa; luego dos más.

Por fin un último disparo. Nada más. Uno de los detectives miró a su alrededor, con curiosidad.

-¡Qué raro!-exclamó¡-. ¿Te diste cuenta? Uno de los disparos parecía amortiguado... No parecía salir de la pantalla. Era como el hubiera sonado en algún sitio, dentro del teatro.

-Uno no puede darse cuenta de dónde vienen, Joe-replicó el otro-.Todo depende de donde se encuentra uno. Por eso resulta tan bien la escena.

EL primer detective vio al acomodador y le hizo una seña, para que se acercase.

-¿Le sonó a usted raro ese disparo?-inquirió.

-¿Cuál?

-No sé cuál de ellos. Fue cuando disparaban los mejicanos. Se oyeron cinco disparos.

El acomodador se rascó la cabeza.

-No estaba poniendo mucha atención-contestó-. No se debieron de oír más que cuatro. Primero dispara un mejicano; luego el otro; luego el vaquero tira dos veces. Así es como va. Cuatro disparos.

-Pues, el vaquero debe de haber disparado tres esta tarde-murmuró, con guasa, el segundo detective-. Le parecería que dos no eran suficientes. ¿Eh, Joe?

-Si yo estuviese en su lugar, los hubiera acribillado. Bueno, vámonos. Nuestro sitio está en el vestíbulo.

Poco después de haber salido los detectives, Howard Griscom entró en el teatro acompañado del gerente Babson. Este último se paró a hablar con el acomodador.

-¿Recogió usted los paquetes?

-Si, señor.

-Acompáñeme al despacho. ¿Está el señor Ballantyme ahí dentro aún?

-Salió y volvió a entrar. No le he vuelto a ver salir.

Babson se paró ante la puerta. Llamó. No recibiendo respuesta, abrió la puerta con su llave. Entró; luego retrocedió contra Griscom. ¡Junto a la mesa yacía el cuerpo de George Ballantyme, con una herida en la frente¡ Le habían dado un tiro a bocajarro. Un sólo disparo había bastado para matarle.

Howard Griscom quedó horrorizado. El significado de aquella tragedia le oprimió el cerebro.

¡George Ballantyme, principal adversario del racket, había recibido la muerte a sangre fría!

El acomodador había ido a buscar a los dos detectives. Cuando estos llegaron, encontraron a Griscom y a Babson examinando el cadáver del asesinado. Los detectives se quedaron boquiabiertos. Luego habló Joe, con voz solemne:

-¡El quinto disparo!-fueron sus palabras-. ¡Yo lo oí¡ ¡El quinto disparo fue hecho... aquí¡.

## *CAPÍTULO XVIII*
## *LA SOMBRA SABE*

Era más de medianoche. El Paladrome estaba cerrado. La escena de la tragedia se había olvidado hasta el día siguiente. Durante toda la noche, mientras la función seguía como de costumbre, los investigadores de la policía habían estado trabajando.

Cuantas personas salieron del teatro fueron vigiladas y al acabarse la última película, había sido retirado el cadáver de George Ballantyme.

Varias personas habían visitado el despacho de la muerte. La mayoría de ellas la habían compuesto detectives e Inspectores.

Otra de las personas fue Lamont Cranston que acertó a visitar el teatro aquella noche. Cranston nada había dicho, limitándose a observar el trabajo de los investigadores.

No había el menor indicio de quien pudiera ser el asesino. Se supuso que Ballantyme habría dejado la puerta abierta; que alguien habría entrado y le habría matado mientras se proyectaba la película principal.

Así dedujo la policía, por lo menos.

EL acomodador opinaba que Ballantyme había dejado la puerta abierta, porque se había visto obligado a hacer uso de su llave para entrar y era probable que no la hubiese vuelto a cerrar. Pero los dos detectives opinaban de otra forma.

Buscaron huellas digitales junto a la cerradura de resorte. Nada hallaron más que borrosos, confusos. Varias personas habían hecho funcionar aquella cerradura.

Ahora que todo estaba quieto y silencioso, la puerta del despacho se abrió de nuevo, empujada por una mano que resultaba invisible en la obscuridad.

La puerta se cerró silenciosamente.

La luz de la mesa hizo un chasquido. Iluminó a un hombre vestido de negro, una figura silenciosa y siniestra que se movía con asombrosa cautela.

¡La Sombra había acudido al lugar del crimen ¡

En acción y aspecto aquella figura no tenía el menor parecido con Lamont Cranston.

Las facciones de La Sombra estaban obscurecidas por completo. Se movía con rapidez donde Cranston se moviera con deliberación. Sin embargo, Cranston habla mirado en muchos sitios y fue a uno de éstos que se dirigió La Sombra sin vacilar.

La figura vestida de negro abrió la puerta del cuartito ropero. El haz luminoso de una lámpara de bolsillo le ayudó a efectuar su inspección. Los detectives se habían asomado al mismo durante la noche. Nada habían observado. Pero La Sombra encontró algo para lo que parecía preparado.

Era un minúsculo trozo de papel que yacía en el suelo del cuarto, nada más que el minúsculo rincón de una hoja grande.

La Sombra lo metió en un sobre. Con él guardó unos copos de tabaco que yacían a su lado. Estos también eran visibles, si los ojos que les buscaran eran agudos y observadores.

De pie en el cuartito, sin sitio apenas, La Sombra simuló el movimiento de un hombre que se sacara la pistola del bolsillo. Rió suavemente. La acción tuvo lugar precisamente encima del punto en que hablan yacido las minúsculas partículas.

La luz se apagó. La puerta se abrió y volvió a cerrarse. La Sombra se había marchado.

Apenas transcurrió un minuto antes de que su presencia volviera a manifestarse, esta vez en un cuarto oscuro vecino, inmediatamente después de que se encendiera la luz que colgaba sobre una mesa.

Aparecieron dos manos. No estaban enfundadas en negro. Eran manos largas y delgadas, de dedos muy bien formados. En uno de ellos brillaba una piedra extraña, refulgente, de matices profundos y cambiantes.

Era un girasol u ópalo de fuego, la única joya que usaba La Sombra.

Una mano escribió. Las letras que formaba eran rápidas, pero perfectas.

Parecían la expresión física de una mente invisible que formulara pensamientos exactos, con rápida exactitud:

-El asesino penetró en el despacho mientras la puerta no estaba cerrada con llave. Se escondió en el cuartito ropero. Cuando sacó la pistola, un fragmento de papel y partículas de tabaco le cayeron del bolsillo. No pueden haber salido de ninguna otra parte. Había colgados gabanes en el fondo. Sólo en aquel rincón delantero puede haberse sacado una pistola. El asesino estaba aguardando. Había visto la película. Calculó el disparo al salir del cuartito. Los torpes detectives caminaron sobre la alfombra. De no haber sido así, hubieran quedado impresiones. Pero esas partículas...

La mano dejó de escribir. Arrugó el papel y lo tiró. Sacó un sobre y lo abrió.

Sobre una hoja de papel, la mano de la Sombra dejó caer el fragmento de papel y las partículas de tabaco.

Luego apareció otro sobre. Estaba sellado. La Sombra lo abrió y encontró una carta escrita en clave. Su significado era claro para aquellos ojos que la leían en la obscuridad.

Decía: Adjuntos van los artículos pedidos. Muestra del papel de cartas empleadas en Larchmont Court. Muestra del papel hallado en las habitaciones de Durgan cuando entré, con ayuda de la llave maestra que usted me envió. Muestra del tabaco hallado en la caja de cigarrillos de Durgan.

La clave empleada era aquella que La Sombra diera a Cliff Marsland.

Las manos hallaron los artículos mencionados en un sobre interior. Fueron colocados sobre la mesa, también.

Luego les manos sacaron un extraño aparato que tenia un enorme parecido con el estereopticón. Era un aparato portátil de luz negra, la última arma de la ciencia contra el crimen. Un alambre colgaba del aparato. Las manos desaparecieron.

Se oyó un leve ruido al ser enchufado el aparato a la corriente eléctrica.

La Sombra volvió a ponerse a trabajar Bajo el circulo de rayos violados que surgían del extraño aparato, las manos colocaron tres minúsculos fragmentos de papel, dos arrancados de las hojas enviadas por Cliff Marsland; Otro, el fragmento recogido del suelo del cuartito.

Los trozos de papel brillaron con singular fulgor. Parecían cargados de pintura luminosa. Uno de los fragmentos tenia un matiz oscuro. Dos de ellos parecían de un anaranjado mate.

Por encima de los rayos del detector, La Sombra colocó un microscopio. La vista aumentada de los fragmentos anaranjados demostraba que eran idénticos.

¡El trozo de papel hallado en el cuarto, era igual que la muestra hallada en las habitaciones de Durgan el Matador¡

A continuación, el tabaco fue sometido a la misma prueba. También éste emitió un extraño fulgor que no dejó lugar a dudas.

¡La misma mezcla de tabaco habla sido hallada en el cuartito que en la caja de cigarrillos de Durgan¡

Los rayos violáceos desaparecieron. La luz de sobremesa se encendió. La mano escribió:

Una mezcla turca, usada por muy poca gente. No cabe lugar a dudas. Una comparación entre las huellas de pies halladas en el despacho y en las habitaciones de Durgan resultaría innecesaria. La identidad del asesino queda establecida. Durgan el Matador.

Arrugóse el papel. El aparato de luz negra fue desenchufado y guardado. La mano volvió a escribir:

Durgan el Matador esta metido en el racket teatral. Se ha escondido. Está en el cuartel general. Es necesario descubrir dónde se encuentra éste.

Se oyó otro chasquido en la obscuridad. Un largo rayo de luz blanca cruzó el cuarto, proyectando un punto luminoso sobre una pantalla blanca.

¡La Sombra se hallaba solo en la sala de proyección particular del Paladrome Theater¡

EL mecanismo de un aparato de proyección empezó a funcionar. No podía oírse en ningún otro sitio, porque la sala estaba perfectamente aislada.

Es más: la sala, con su costoso equipo, había estado cerrada bajo tres llaves y sin embargo, ¡La Sombra había entrado¡

Estaba proyectándose un rollo de película en la pantalla. La Sombra lo contemplaba desde la obscuridad. Aun tenia la mano posada sobre la mesa, preparado para tomar notas.

Apareció la escena en que se veía Times Square en la distancia: la película que habia tomado Bud Sherman desde la ventana del despacho de Howard Griscom.

La calle estaba llena de gente. De pronto entró en el cuadro un hombre por el lado izquierdo y se quedó de espaldas a la calle. Estaba contemplando el escaparate del establecimiento de Brantwell. Aparecía muy pequeño, porque la escena comprendía un espacio muy grande.

La mano volvió a escribir:

Steve Marschik. Burke le interrumpió en el vestíbulo. Recibió el mensaje telefónico en el estanco de abajo. Siguió a Marschik. El hombre nada sabe. Con toda seguridad, le pagarían y le darían instrucciones desde algún lugar secreto.

Otro hombre se destacó de la muchedumbre. Se paró junto a Marschik. Se sacó la mano del bolsillo y se acercó más a Marschik, para depositar un artículo, evidentemente, en el bolsillo del otro. De nuevo escribió la mano de La Sombra:

Identidad desconocida. Burbank vigilaba desde un despacho de la planta baja. Recibió la llamada y le siguió. El hombre se esquivó. Burbank cree que tomó un tren en la estación de Pennsylvania. Lo mismo da donde haya ido. Lo importante es saber de dónde salió...

El hombre salió del cuadro y la película se acabó. La Sombra aun estaba escribiendo. Hasta entonces, nada se había visto en la película que no hubiera observado ya Lamont Cranston desde la ventana de Griscom.

Pero, de pronto, ocurrió una cosa extraña. EL proyector estaba funcionando otra vez lentamente y el rollo estaba proyectándose al revés!

El hombre desconocido entró, de espaldas en el cuadro proyectado sobre la pantalla. Se quedó parado junto a Marschik, mientras la muchedumbre caminaba hacia atrás, retrocediendo los automóviles hacia Times Square, constituyendo toda la vista una cosa extraña.

El hombre importante se alejó de Marschik caminando hacia atrás.

Zigzagueó, singularmente, por entre la muchedumbre, como sí tuviera ojos en la nuca. Llegó a la esquina y caminó hacia atrás por entre el tráfico.

Un automóvil aguardaba allí. Los pies del hombre parecieron levantarse y pisar hacia atrás. Se introdujo por la portezuela abierta del coche. Esta se cerró.

El automóvil retrocedió lentamente, por la calle, por entre el tráfico que andaba todo hacia atrás.

Los ojos de la Sombra no podían verse; pero la mano demostraba que seguía alerta. Escribía datos, con rapidez:

Halcyon ocho - sedán especial modelo 1930 - radiador con tapón alado - neumáticos de repuesto a los lados - con espejos - guardabarros derecha estropeado - parachoques de dos barras...

Los datos acumulados resultaban asombrosos. Aun después de haber desaparecido el automóvil de la pantalla, la mano de la Sombra seguía trabajando, anotando todos los datos que pudieran utilizarse para reconocer el coche.

Un observador corriente hubiera podido creer imposible distinguir un coche de otro del mismo modelo. Las anotaciones de La Sombra denotaban todo lo contrario.

Aun cuando la lista contenía detalles vistos sólo a distancia, daban al coche tal tabulación de individualidad, que, con toda seguridad, hubiera podido aplicarse la lista completa a contradijimos automóviles.

El Halcyon Ocho era un coche caro. Se fabricaba para aquellos que buscan la individualidad en un automóvil.

El cuarto estaba en tinieblas. Sonó una risa baja, hueca, como un eco de regocijo. Era una risa que expresaba triunfo. Para La Sombra, el trabajo que le esperaba no era grande. Tenía cuantos datos necesitaba : Sabía cómo había llegado al lugar de cita el hombre que se había acercado a Marschick.

Con la ayuda del rollo de película, la Sombra había logrado lo imposible.

¡Había hecho que el tiempo se moviera hacia atrás!

## *CAPÍTULO XIX*
## *LA AMENAZA FINAL*

Howard Griscom miró demasiado al que acababa de entrar en su despacho.

Tardó un minuto entero en reconocer a Lamont Cranston.

Griscom sonrió débilmente. Tenia el semblante pálido, casi del color de su canoso cabello. Estaba abrumado por las preocupaciones.

Intentó alzarse de su asiento y estrecharle la mano al otro. Cranston le contuvo con un gesto.

-He tornado una determinación, Cranston-dijo Griscom, con voz débil-. !Voy a seguir adelante como hasta ahora, ocurra lo que ocurra, por Ballantyme!

Empezó a cabecear; se dominó mediante un esfuerzo y recobró la expresión dignificada que le era habitual.

-¿Piensa usted luchar hasta el fin?-inquirió Cranston.

-¡Hasta el fin!-declaró Griscom-. Hubiera cedido si Ballantyme hubiese hecho la menor indicación. Pero murió decidido. ¡A mí me corresponde seguir adelante! ¡Es el único medio honroso!

Se detuvo para pasarse la mano por la frente. Tenía los ojos entornados; parecía estar evocando el cuarto en que había sido descubierto el cadáver de su socio.

-Hace una semana ya-prosiguió-, desde que murió Ballantyme. ¡Ni un indicio de la identidad del asesino! Wilberton me llamó por teléfono al día siguiente de la tragedia. Me dio el pésame. Me preguntó si deseaba verle.

"Suponía que querría el préstamo, ya que Ballantyme no existía. ¡No pude hacerlo, Cranston! Wilberton quedó asombrado, Le parecía evidente que los criminales no vacilarían ante nada para conseguir sus viles propósitos.

"Tal vez tenga razón, Cranston. Nada hay que pueda relacionar a los racketeers con el crimen. Tal vez (la mirada del anciano vagó hacia el retrato de su hija que había sobre la mesa), ¡tal vez me toque a mí el turno ahora!

-¿De que le asesinen, quiere usted decir?

Griscom afirmó con la cabeza.

-No lo crea-observó Cranston, con voz fría y calculadora-. Un asesinato es una cosa seria. Descansarán... una temporada. Luego probarán algún otro método.

Sus palabras parecieron proporcionar alivio a Griscom. No se dio cuenta del tono ominoso en que fueron pronunciadas las últimas palabras. EL hecho de que tal vez no se recurriera al asesinato resultaba consolador. La mente aturdida de Griscom era incapaz de pensar en otra cosa.

-Belden estuvo aquí-dijo-.Vino unos cuantos días después de la muerte de Ballantyme. Parecía lamentar lo ocurrido. Dijo que era una verdadera desgracia.

"También él esperaba que estaría yo dispuesto a ceder. Quedó bastante sorprendido cuando le dije que no quería saber nada de su Asociación. Dijo que se trataba de un negocio legal.

"Y tiene razón, Cranston, en apariencia nada podemos demostrar contra él. Sin embargo... ¡estoy convencido de que es cómplice del asesino!

-Los métodos de la policía-observó tranquilamente Cranston-, son bastante deficientes en muchos puntos importantes. Son incapaces de hacer frente a una situación como ésta. Sin embargo, este racket puede acabarse... ¡pronto!

-¿Cómo?-La esperanza brilló en los ojos de Griscom al hacer la pregunta.

-Eso no es un misterio-contestó Cranston, sonriendo levemente-. Puedo decir que estoy completamente seguro de una cosa ;Antes de que haya acabado esta semana, el racket teatral habrá dejado de existir!

"Es la última esperanza de una mente maestra que busca la manera de continuar su existencia maligna de siempre. Uno por uno, todos sus rackets han quedado reducidos a ruinas.

"La policía tiene otro defecto: atribuyen cada racket a un hombre distinto. Aun no han descubierto que un negocio que valga un billón de dólares no puede subsistir a menos de que esté organizado.

"Se las tienen que haber con un trust del crimen, con un solo racketeer que está al frente de todo... un hombre protegido por innumerables precauciones.

-¡Eso suena increíble, Cranston! Si es verdad, ¿cómo puede descubrirse a ese cerebro maestro?

-¡Por medio del asesino de George Ballantyme! El archí enemigo está haciendo todos los esfuerzos posibles por rehacerse de sus pérdidas anteriores. Su mano controlaba almacenes, garages y otros negocios.

"Cuando vió que sus rackets desaparecían, intentó hacerse el amo del racket más notorio de Nueva York. Tenia la intención de regir a los cargadores de muelle. En eso fracasó.

-¿Quién ha estado luchando contra él?

-Un desconocido que tiene una inteligencia tan aguda como la suya. Pero este superracketeer es muy astuto, sus planes para la puesta en marcha del racket teatral progresaban muy despacio. El hombre que lucha contra él debió de creer (una débil sonrisa pasó, fugaz, por el rostro del que hablaba) que el colapso del racket de los muelles pararía en seco, de momento, todos los planes amenazadores. Pero el rey de todos los rackets atacó en lugar de ser cauto.

"La muerte de Ballantyme fue el resultado. Su único plan ahora, es dominar los teatros. Se está jugando el todo por el todo. ¡Usted, en lugar de Ballantyme es el obstáculo que se opone a su paso!

-¡Y estoy orgulloso de ello!-declaró Howard Griscom-. Podía significar un gran sacrificio... tal vez la muerte. No obstante, ¡persistiré en mi determinación!

-Admiro su decisión. Tengo la confianza de que triunfará. Aguarde y no pierda el valor.

"Antes de que hayan transcurrido muchos días, el racket puede haber entrado en la agonía. Como los otros, está predestinado a acabarse violentamente... en el momento en que menos se espere.

Aquellas palabras parecieron animar a Griscom. Se alzó de su asiento y se acercó a la ventana, mirando a la calle. Se abrió la puerta y entró su hija.

Arline estaba muy hermosa aquel día. Inclinó, cortésmente, la cabeza al ver a Cranston; luego fué a saludar a su padre. Con el brazo en el hombro de la muchacha, Howard Griscom salió al despacho exterior, mientras Arline le dirigía frases de consuelo.

Una vez solo, Lamont descolgó el auricular del teléfono y pidió un número.

Sólo pronunció una palabra: "Informe".

AL escuchar la respuesta, sus ojos brillaron. Estaba recibiendo noticias importantes. Cuando acabó la conversación, colgó el teléfono y salió del despacho.

Se despidió de los Griscom. Arline permaneció con su padre varios minutos.

Luego se marchó ella también. El anciano quedó solo.

Pasó la tarde. Howard Griscom seguía solitario y contristado. Su semblante daba lástima. Era su actitud la del hombre que tiene la conciencia tranquila; pero cuya mente y alma luchan con la duda y la indecisión.

Arline había estado allí al mediodía. Eran cerca de las cuatro cuando Maurice Belden fue a ver al propietario de teatros. Griscom lo recibió.

Hasta el aspecto de Belden resultaba engañador. Era alto y bien vestido. El encerado bigote le prestaba cierta apariencia de dandy y su mirada era vigilante y perspicaz.

Aquella tarde parecía más astuto que nunca. Se sentó frente a Griscom.

-Es inútil, Belden-dijo el anciano-.Ni siquiera voy a molestarme en escuchar sus ofertas. Yo...

Se interrumpió para contestar al teléfono, cuyo timbre había empezado a sonar. Belden le miró con astucia de gato.

-¿Arline?-interrogó Griscom-. ¿Sí? ¡Cómo! (Su rostro palideció.) ¡No puedo creerlo! Dígame... ¿dónde está usted ahora? ¿Cómo? ¿Que si digo una palabra pudiera significar la muerte.. para usted? ¡Arline¡ ¡Arline!

Sacudió el aparato. La llamada se había interrumpido bruscamente. Colgó el auricular como un autómata. Habíasele apagado la mirada. Parecía moverse como en sueños.

-¿Qué ocurre?-inquirió Belden.

-Han secuestrado a mi hija-replicó Griscom-. Dice que no debo decírselo a nadie. Que la pondrán en libertad el hago lo que se espera de mí.

"Me advierte que no debo hacer pública la noticia. De lo contrario, ¡le darán muerte enseguida!

-Apenas puedo dar crédito a lo que me dice, señor Griscom-dijo Belden, condoliéndose-. Sin embargo, hay esperanza. Dice que si hace lo que se espera de usted...

-¿Qué se espera de mí?

-; Yo espero que ponga usted su firma aquí!

Belden sacó un documento del bolsillo. Lo colocó sobre la mesa. Era un contrato de la Asociación Cooperativa de Propietarios de Teatros.

La mirada de Griscom se tornó, de pronto, furiosa:-¡Ahora lo comprendo¡ Si firmo...

-Creo que su hija no correría peligro alguno. Hay muchos criminales que temen a nuestra organización por el trabajo que está haciendo para ayudar a los socios. Si se le conociese a usted como miembro de la Asociación, junto con todos sus teatros, dudo que se atreviera nadie a hacerle daño alguno a su hija.

-¿Me será devuelta?-inquirió Griscom, casi suplicante.

-Supongo que no tardaría en serlo. Quedando usted reconocido como socio de la Cooperativa... pagando usted con regularidad la cuota... su prestigio alcanzarla una altura asombrosa. Siento la seguridad, señor Griscom...

-¡Quiere usted que haga traición a mi cargo!-dijo Griscom con frialdad. Su mirada era la de un maníaco-. ¡Me tienen sin cuidado sus promesas y sus amenazas! Llamaré a la policía...

-Sería muy poco prudente-anunció Belden con firmeza-. Siga mi consejo, señor Griscom, ¡Firme ese papel!

Con hastío, Howard Griscom alzó la pluma. Entonces recordó las palabras de Lamont Cranston: "Aguarde y no pierda el valor".

¿Debía esperar? ¿Podía esperar?

Cerró los ojos. Ante su mente febril apareció la imagen de George Ballantyme. Le pareció ver que el asesinado alzaba un dedo acusador. Aquel pensamiento le dominó.

Buscó el teléfono. Maurice Belden estaba hablándole, persuasivo, Griscom no le hizo caso. Llamó a la policía.

-¡No puede usted hacer eso!-exclamó Belden-. Recuerde lo que dijo su hija. ¡Recuerde!

Griscom tenia los ojos abiertos ya. Y la mirada desvariada. Metiendo bruscamente la mano en un cajón sacó una pistola, con la que apuntó a Belden. El hombre se sobrecogió de temor.

-¿Jefatura? Howard Griscom al habla. Edificio del Paladrome Theater. Mi hija ha sido secuestrada. Es preciso que vea inmediatamente a los detectives. ¿Pueden ustedes mandármelos a mi despacho?

El teléfono se le escapó de la mano al dejarse caer, nuevamente, en su asiento.

Belden estaba horrorizado. No había esperado que el otro diera semejante paso. !El mal estaba ya hecho! Belden había esperado que Griscom cedería.

Ahora... !era demasiado tarde!

No le quedaba más que un recurso: intentar huir. Belden no era pistolero ni asesino. Era un buen hablador y procuraba no meterse en líos. Aquélla era su oportunidad.

Aprovechándose del estupor de Griscom, Belden huyó del cuarto, impulsado tan sólo por su deseo de huir antes de que llegase la policía.

Las últimas ediciones de los periódicos de la tarde publicaban un relato sensacional. Cliff Marsland lo leyó con asombro, parado en la esquina de la calle. El retrato de Arline Griscom aparecía bajo los siguientes titulares:

¡SECUESTRO DE LA HIJA DE UN MAGNATE!

Howard había contado su historia con brevedad y sentimiento.

La policía no habla querido creer que el asesinato de George Ballantyme fuese obra de un racket. Pero no podía tratar el secuestro de Arline de la misma manera.

Los periódicos se habían destapado y publicaban las acusaciones de Griscom. Los detectives habían empezado a trabajar, buscando el rastro de la muchacha desde el momento en que saliera del despacho de su padre. El éxito no coronó sus esfuerzos, sin embargo.

Cliff se dirigió a Larchmont Court mientras leía el periódico. Estaba seguro de que Durgan tendría algo que ver con aquel asunto.

Había investigado las habitaciones del racketer por orden de La Sombra. Se le había ordenado que siguiera cualquier indicio que pudiera conducir al paradero de Durgan.

Hasta entonces, sus pesquisas habían resultado infructuosas. Había estado buscando datos entre la gente del hampa, principalmente por mediación de Dave Talbot y Patsy Birch, sin lograr obtener noticia alguna.

La Sombra trabajaba, de eso se sentía seguro Cliff. Creía que el hombre de la noche estaría siguiendo indicios sutiles y que estaría esperando agentes a quienes Cliff no conocía. Porque a Cliff le habían dado la orden de telefonear sólo a horas determinadas.

El reloj de enfrente a la ventana de Cliff señalaba las ocho y media cuando entró en su cuarto. El anuncio luminoso seguía brillando intermitentemente, como de costumbre. Las nueve y media seria la hora de su próximo informe.

De no recibirse respuesta, orden de seguir llamando cada treinta minutos de aquella hora en adelante.

Cliff experimentó una oleada de antagonismo contra Durgan. Quería encontrar al hombre rápidamente.

Sonó el timbre del teléfono. Cliff lo contestó con avidez. Soltó una exclamación de asombro al oír la voz de Madge.

Ganas le entraron de dar un grito de alegría. Había esperado aquello. Se había preguntado si sabría Madge que él seguía vivo. Hasta se había preguntado si viviría aún la muchacha.

-¡Cliff! -Madge hablaba rápidamente-. Te diré dónde estoy. Lo más aproximadamente que pueda. Una casa vieja de los alrededores de la Calle Noventa y seis. Al oeste de

Broadway. Una manzana más allá, entre mí y el río, hay un edificio grande de pisos. Tiene una bola eléctrica encima. Da vueltas continuamente La vi esta noche.

"Estoy encerrada con llave (la muchacha parecía sin aliento); encerrada en el cuarto piso. Hay una escalera para caso de incendio por el lado de atrás. Puedes subir por ella... hasta un vestíbulo que tiene una ventana con el estor roto. No hay ventanas aquí.

"Durgan me deja asomar cuando está él. Ahora no está. Estoy en un cuarto pequeño que parece un calabozo.

"Encontré un teléfono. Durgan lo tiene escondido.

"¡Ayúdame, Cliff! Hay otra muchacha aquí también. Durgan tiene muy malas intenciones. ¡Está loco! ¡Date prisa, Cliff!...

La llamada se interrumpió. Cliff comprendió que algo le había alarmado a Madge. Sus instrucciones eran lo bastante claras para empezar. Había dicho "otra muchacha" Aquello estaba en consonancia con las sospechas de Cliff.

¿Se trataría de Arline Griscom, hija del propietario de teatros? ¡Tenía que saberlo¡

¡Las nueve menos veinte! ¿Podía permitirse el lujo de perder minutos preciosos para enviarle un mensaje a La Sombra? Tal vez no obtuviera respuesta; ello significaría que tendría que aguardar media hora más.

¡No! El tiempo significaba demasiado en aquellos momentos. Un pensamiento predominaba en la mente de Cliff. Estaba seguro que la muchacha a quien quería estaba amenazada por peligro serio. Lo alarmado de su voz no dejaba lugar a dudas.

¡Era preciso que acudiera en su ayuda... Inmediatamente!

## *CAPÍTULO XX*
## *LA MUERTE Y LA SOMBRA*

Cliff Marsland se introdujo por la ventana. Habla logrado subir por la escalera de escape. La ventana no había tenido echado el pestillo. Tal vez Madge se hubiera encargado de dejarlo así cuando Durgan la permitiera asomarse aquella tarde.

Cliff suponía que no se había equivocado de casa. Había encontrado el anuncio luminoso; había visto la bola giratoria encima de una casa de pisos.

Luego descubrió un edificio viejo, oscuro, evidentemente un edificio abandonado, que tenia una desvencijada escalera de escape. Había subido al cuarto piso.

Tocó el estor de la ventana, una vez en el oscuro vestíbulo. Sí; estaba roto.

¡Aquella debía de ser la casa!

Cliff estaba preparado para entrar en acción. Pero se arrepentía de no haber llamado a La Sombra. Tendría que trabajar solo aquella noche-he ahí todo,-¡trabajar para salvar a las muchachas que se hallaban en poder de Durgan el Matador!

Había dos puertas en el vestíbulo. Estaban practicadas, una al lado de la otra. Cada una de ellas tenía un fuerte cerrojo. Bien podían ser aquellas las habitaciones que parecían calabozos de que hablara Madge.

Se paró junto a la puerta más cercana. Descorrió el cerrojo, que apenas se veía en la obscuridad. Pistola en mano, abrió cautelosamente la puerta. Se encontró con un cuarto pequeño. Iluminado, que contenía una cama y unas sillas.

En la cama estaba sentada una muchacha, con la cabeza apoyada en una mano. Estaba sola. Cliff entró y cerró silenciosamente la puerta. Se aproximó.

La muchacha alzó la vista reprimiendo una exclamación de alarma.

-¡Arline! -susurró Cliff.

La muchacha le reconoció enseguida. Antes de que pudiera responder, Cliff la había asido por los hombros y la había puesto en pie. La besó con todo el ardor de olvidados años; luego, de pronto, retrocedió unos pasos e inclinó la cabeza.

-Perdóname, Arline-dijo-. Perdóname. Me olvidé...

-Te olvidaste... ¿de qué Cliff?

La muchacha se había abrazado a él. Le miraba con ojos suplicantes, arrasados en lágrimas.

-Me olvidé de que era un ex presidiario-contestó él, con amargura-. Que salí de Sing Sing... hace unas semanas nada más...

-Yo no sabía eso, Cliff-dijo Arline-. Te he estado esperando, confiando que volverías a mi lado.

-Pero, Arline...

-Lo sé todo, Cliff Mi hermano me lo dijo... antes de morir. Fue por él que fuiste a la cárcel... ¡por mí, Cliff! Se había maleado, Cliff, cuando papá le echó de casa en un momento de ira.

"Cuando entró en tu cuarto, huyendo de la policía, cargaste tú con la culpa del robo que había cometido él. Luchaste con ellos, usando la pistola que le habías quitado, mientras él se escapaba.

"Me lo dijo muchos meses después, cuando regresó a casa. Murió como sabrás, después de una enfermedad terrible. Papá quedó completamente quebrantado. Le hubiera matado la verdad; por eso no podía yo hablar.

"Mi hermano había matado a un hombre también antes del robo, Eso no se te achacó a ti nunca. Si se te hubiese culpado de ello, hubiese hablado yo. ¡Oh, Cliff! ¿No puedes ver que te he estado esperando, que te quiero... que te quiero con un amor más grande y profundo...?

Todo pensamiento de peligro quedó olvidado. Cliff estaba besando las mejillas de Arline, que estaban húmedas de lágrimas. Todas las penas de un año se olvidaron en un segundo. Arline sabía... comprendía... y Cliff no se lo había dicho. ¡Había cumplido su promesa de proteger el nombre de la muchacha a quien amaba!

Volvieron a la realidad Cliff se dio cuenta, de pronto, que habían de salir de aquella casa aprisa, que debía de estar preparado para un posible encuentro con Durgan. Dio a Arline un último y prolongado abrazo.

Había una puerta a un lado del cuarto.

Ni Cliff ni Arline la vieron cuando se abrió. En el umbral apareció Madge Benton.

El rostro de la rubia reflejó el más vivo asombro. Luego al comprender la verdad, sus facciones se tornaron duras, expresaron un odio profundo.

Madge era una muchacha del hampa. Seguía unos principios en los que el amor rivalizaba con el odio. Un instante bastaba para cambiar sus sentimientos de un extremo a otro. Cerró la puerta dulcemente.

Cliff depositó a Arline en una silla. Asió la pistola y miró a su alrededor. Se acordó de Madge. A ella le debía aquel encuentro.

Madge le inspiraba vivos sentimientos de amistad. Nunca la había amado, pero se compadecía de su situación. Era demasiado buena para un canalla como Durgan. Cliff le susurró a Arline.

-Hay una muchacha aquí. ¿Dónde está?

-En el cuarto de al lado. Comunica con éste. Ahí es ... donde el bruto que me trajo aquí vive. Salió... con otro hombre. Regresarán pronto.

"La muchacha (se llama Madge), estaba encerrada aquí conmigo. Encontró abierta la puerta que da al cuarto de al lado; pero la que da al pasillo está cerrada con un cerrojo por fuera, como esta. Está ahí ahora. Hemos de avisarla...

La cabeza de Arline cayó hacia adelante. Estaba a punto de caerse de la silla. Dejando caer la pistola en la cama. Cliff la agarró antes de que cayese al suelo. Arline recobró el conocimiento y susurró:

-Ya estoy bien, Cliff-dijo-.Ya estoy bien, Cliff...

Su expresión de felicidad se convirtió en gesto de horror. Estaba mirando por encima del hombro del muchacho. Este se volvió, rápidamente.

Allí en el centro del cuarto, estaba Ernie Shires, revólver en mano. El gangster habla entrado por la puerta del pasillo. La había cerrado tras sí.

Era demasiado tarde para que Cliff pudiera esquivarle. Pero Cliff estaba desesperado. Alargó la mano hacia la pistola, dejándose caer al suelo para que los disparos de Ernie no le tocaran.

Shires hizo lo inesperado. Dio un paso y movió el brazo bruscamente. El acero de la pistola alcanzó a Cliff detrás de la oreja cuando éste tendía la mano hacia la cama. Cliff perdió el conocimiento.

Arline saltó hacia él, exhalando un grito de angustia. Shires cogió a la muchacha con una mano y se echó a reír. Sujetándola se metió su pistola y la de Cliff en el bolsillo. Tiró a la muchacha sobre la cama, donde ésta se quedó sollozando.

Se inclinó sobre el cuerpo de Cliff. Medio le alzó y le metió en un rincón, detrás de una silla. Le registró todos los bolsillos sin hallar arma alguna.

-Vas a estar un rato sin conocimiento-murmuró Ernie burlón-. Tal vez muchísimo rato. Te dejaremos dormir ahí hasta que vuelva Durgan. A ver que tiene él que decir.

Se volvió hacia la cama. Arline estaba acurrucada contra la pared. Ernie rió al aproximarse.

-Conque ése es el tipo de quien te enamoraste, ¿eh?-dijo-. Te oí pronunciar su nombre. Cliff Marsland ¿eh? Bueno, pues tengo unas cuantas que ajustar con él... y la mejor manera de hacerlo, es empezar con su novia. ¡Ven aquí¡

Asió a Arline y la atrajo hacia él. La muchacha luchó desesperadamente.

Ernie la manejó con brutalidad. Intentó besarla a pesar de sus protestas. Ella le cruzó la boca de un manotazo y Shires rió, cruelmente.

Apretaba a la joven entre sus brazos como queriendo asfixiarla. Arline logró desasirse. Se acercó, tambaleándose, a la pared y se quedó allí, jadeante abiertos los ojos desmesuradamente de terror, se asió el brazo por donde le había sido arrancada la manga y los arañazos de las uñas de Ernie habían dejado unas rayas encarnadas.

Ernie se apresuró, preparado para abalanzarse sobre ella en cuanto intentara escaparse.

-¡Conque eres un mal bicho¡-interrumpió una voz, desde la puerta del cuarto vecino.

Durgan "el Matador" congestionado de ira el rostro, apuntaba a Ernie con su pistola. El gangster miró a Durgan, completamente aturdido-demasiado sorprendido para hablar.

-Me robaste la querida. ¿Eh?-gruñó Durgan-. Mataste a Mike Wharton antes de que pudiera pronunciar tu nombre. Ya me parecía algo falso... la primera noche que estuviste en mi casa. Mirabas a mi querida como si la quisieras para ti.

"Ella misma acaba de decírmelo... Me dijo que te encontrara aquí... que encontrarla al hombre por quien ella estaba medio chalada... en el acto de querer hacerse con otra novia porque parecía una mujer de postín.

"¡Perro¡ Bueno, pues, Madge está ahí dentro... ¡esperando para oírte morir!

-¡Durgan!-protestó Shires-. ¡Escucha, Durgan!... ¡No sabes....!

Antes de que pudiera decir otra palabra, Durgan disparó. Tres proyectiles se alojaron en el cuerpo de Ernie Shires.

Arline, sobresaltada y asombrada, vió, por primera vez, morir a una persona de muerte violenta, cuando el pistolero cayó al suelo. Durgan se quedó contemplando el cadáver, gozando de su obra.

No había visto el cuerpo de Cliff Marsland que yacía detrás de una silla en un rincón oscuro del cuarto.

Ernie Shires había arreglado las cosas en otra ocasión para que mataran a Cliff, en lugar de matarle a él, por la muerte de Tim Waldron. Ahora, ¡las circunstancias habían cambiado de tal suerte, que había muerto él en lugar del hombre a quien Durgan quería matar!

-¡Le has matado¡-Madge entró en el cuarto, llena de remordimiento-. ¡Oh. Durgan¡ ¡Le has matado¡ ¡Hemos matado a mi hombre! ¡Has matado ....

Vió, de pronto la cara de Ernie Shíres. Su mirada se iluminó.

Madge no podía explicarse lo ocurrido sólo sabia que se había equivocado de hombre-y... ¡se alegraba!. Su odio furioso sé había convertido de nuevo en amor, al oír los disparos. Durgan la estaba mirando con ojos de halcón.

-¡Le maté!-dijo-. ¡Maté a este perro! Tu hombre, ¿eh? Bueno, pues ¡ya no es el hombre de nadie¡ Ya no es más que Ernie Shires... un perro muerto...

Vió algo en la expresión de Madge que le intrigó. Ya no tenia la vista extraviada. Parecía aliviada. Durgan no lo comprendió.

La muchacha ni lloraba ni reía. Tenía el semblante en tensión. Intentaba recobrar le serenidad.

Fue en aquel momento cuando Durgan acertó a ver la figura de Cliff Marsland.

Echó a Madge a un lado y cruzó el cuarto. Retiró la silla. Miró de cerca, el rostro del hombre. Luego se volvió y se dio cuenta de que Madge estaba temblando.

-¡Ahora lo comprendo.-exclamó, con aspereza-. Maté a Ernie en lugar de matar a éste. ¿Eh? ¡Este es el pájaro que armó el jaleo! ¿Quién es?

-¡No te lo diré!-respondió Madge con ferocidad-. No es nadie, Durgan... ¡Déjalo en paz!

-Dime quien es y... ¡le dejaré marchar!

-¿Me lo prometes?

Durgan movió, afirmativamente, la cabeza.

-Es Cliff Marsland

-¡Cliff Marsland!-El rostro de Durgan expresó un odio profundo-. Dije que le dejaría marchar, ¿eh? Bueno, pues si que le dejaré marchar... por ti. Le perdonaré la parte que contigo se relaciona. Pero tengo una cuenta mía que saldar con él. ¡No lo adivinas! Cliff abrió los ojos. Intentó moverse; pero no pudo.

-Estás recobrando el conocimiento, ¿eh? -agregó Durgan-. Pues bien, amigo, ¡despiertas a tiempo para ver lo que te va a pasar!

Gozando del momento "el Matador" bajó la pistola. Tenia el dedo puesto en el gatillo. Antes de que pudiera oprimirlo, sonó un grito. Madge se adelantó de un salto echando el cuerpo delante del cañón de la pistola, intentado impedir que disparara.

¡Demasiado tarde¡ Durgan movió el dedo antes de que Madge pudiera apartar la pistola. Sonó un disparo. El proyectil halló blanco; pero jamás alcanzó a Cliff Marsland.

Durgan, "el Matador" se quedó horrorizado al caer Madge al suelo mortalmente herida. Había intentado salvar al hombre a quien amaba. Lo había logrado... ¡al precio de su propia vida!

Durgan parecía como petrificado. Vió a la rubia exhalar el postrer suspiro.

¡Su querida había muerto!

El amor no formaba parte de la naturaleza de Durgan. Era el deseo de posesión lo que había gobernado sus acciones en el caso de Madge. Estaba aturdido por lo ocurrido; pero sólo momentáneamente. A continuación, sufrió un acceso de furor.

¡Cliff Marsland debía morir!

Arline Griscom se dio cuenta de las intenciones de Durgan. Había quedado horrorizada al ver morir a aquellas dos personas; ahora, el amor que profesaba a Cliff la empujó hacia la desesperación.

Se abalanzó sobre el brutal asesino, luchó con uñas y dientes mientras Cliff hacia vanos esfuerzos, Durgan tiró a la muchacha contra la pared. Antes de que pudiera volverse a poner en pie, vio que tenia el brazo extendido hacia el rincón en que yacía Cliff.

Se oyeron dos disparos. Arline soltó un grito. Luego se quedó mirando, aturdida.

¡Durgan, "el Matador" se estaba cayendo¡ Su cuerpo se desmoronaba como la figura de una película tomada con ralentí. Cayó hacia adelante, escapándosele la pistola de entre los dedos. Quedó inmóvil, de bruces, convertido en masa inerte.

Entonces se dio cuenta Arline de donde habían salido los disparos. Se había abierto la puerta del pasillo. Silueteado en el hueco, veíase a un hombre vestido de negro-una figura extraña y fantástica, envuelta en una capa.

Los pliegues de la misma exhibían un forro carmesí-único punto de color que se veía en toda la vestimenta del desconocido, porque llevaba un sombrero negro, de alas anchas, que le cubrían las facciones. Tenia una pistola en la mano enguantada de negro.

Era él quien había disparado. Sus balas habían puesto fin a la criminal existencia de Durgan, "el Matador", defraudando al notorio matador de una víctima.

Cliff se estaba poniendo en pie ya. Arline observó que dirigía la vista hacia el hombre vestido de negro. Los labios de Cliff se movían.

-¡La Sombra!-estaba diciendo-. ¡La Sombra!

El hombre de negro soltó una risa suave y baja. Era la risa más extraña que había oído Arline en su vida. Le helaba; le asustaba: porque tenia un deje de amenaza.

Sin embargo, instintivamente, comprendió que la risa era de triunfo-que el hombre de negro, se había presentado como amigo. Sabia que Cliff y ella habían sido salvados-Cliff, de la pistola de Durgan, "el Matador"; ella, de la suerte brutal a que hubiera querido someterla el asesino.

El hombre de negro permaneció inmóvil y silencioso, mientras Cliff se ponía en pie. Vio cómo cruzaba el joven el cuarto, con paso vacilante andando con cuidado para no pisar los cadáveres.

Vio a Arline ponerse en pie para salir al encuentro de Cliff. La Sombra volvió a reír. De pronto dio media vuelta y desapareció por la puerta. Cliff había recobrado por completo el dominio de sus sentidos. Le dolía la nuca; pero tenía un deseo que le hacia olvidar el dolor. ¡Era preciso que sacara a Arline de aquella habitación de horror¡

Ofreció el brazo a la muchacha. Juntos salieron al pasillo. Ante ellos vieron una puerta abierta que conducía a una escalera. Siguieron adelante. Llegaron a una calleja y desembocaron en una calle. Cliff paró un taxi.

Arline se apoyó contra él cuando se dirigían a su casa. La muchacha estaba débil; pero se sentía feliz. ¡Había hallado al hombre a quien quería! ¡Se había presentado a salvarle arrostrando toda suerte de peligros!

Cliff se sentía feliz también, porque sabia que su pasado era comprendido.

Estaba libre-no sólo de la cárcel, sino del recuerdo del crimen que él no había cometido

Ello no obstante, ninguno de los dos era olvidadizo. AL avanzar el automóvil por Broadway, un solo pensamiento predominaba en la mente de Arline y en la de Cliff.

Ninguno de los dos podía olvidar a aquel misterioso hombre de negro que había aparecido, como caído del cielo para salvarles de la muerte.

¡La Sombra les había salvado la vida!

## *CAPÍTULO XXI*
## *SALDO FINAL*

Era cerca de medianoche. Dos hombres de edad se hallaban sentados en un cuartito sin ventanas, lujosamente amueblado. Estaban sentados a extremos opuestos de una mesa muy pulimentada. Sendos tapices cubrían las paredes del cuarto; a cada lado. Unas cortinas indicaban la presencia de nichos ocultos que hacían las veces de armarios.

Una puerta conducía al cuarto-una puerta maciza, reforzada con tiras de hierro y un enorme pomo del mismo metal. Aquel era el "estudio" de Stanley Wilberton. Estaba hablando con Howard Griscom. Existía un enorme contraste entre los dos hombres. Ambos eran de edad; pero, mientras Wilberton daba muestras de agudeza y de estar muy alerta el otro parecía a punto de sufrir un colapso.

-Es terrible Griscom--dijo Wilberton-. Créame que lo siento de verdad. Me gustaría ayudarle; pero no sé cómo.

"Eso carece de importancia. Es lo menos que puedo hacer. Pero ha cometido Usted un grave error, Griscom. Debía usted de haber conferenciado conmigo, antes de dar cuenta a la policía, de la desaparición de su hija.

"Le he estado advirtiendo, desde el primer momento, que podrían amenazarle muchos peligros. Ahora me temo que será demasiado tarde. Estos racketeers son muy astutos.

"Su hija hubiera estado segura en sus manos, mientras usted guardara el secreto del secuestro. Ahora, no les queda más que un recurso. Tal vez se vean obligados a deshacerse de ella.

-Renunciaré a lo que sea -exclamó Griscom-. Debí de estar loco cuando llamé a la policía. Maurice Belden ha desaparecido. No hay medio de dar con él ahora.

'Mi hija lo representa todo para mí, señor Wilberton. Firmaría mil papeles como el que Belden me ofreció si se me presentara la ocasión. Podrían quedarse con ella en rehenes un año... si siquiera pudiese saber yo que estaba viva... ¡sí pudiera escuchar su voz!

-Tal vez-repuso, serenamente, Wilberton -, tendrá usted esa oportunidad. Es posible que Belden le visite en secreto. Podría ofrecerle usted unos millares de dólares por adelantado.

"Si su hija volviera repentinamente, a su casa, podría usted decirle a la policía que todo había sido un error. Aun hay probabilidades, Griscom.

"Le aconsejo que regrese usted a su casa... que permanezca en ella... que dé usted a entender claramente que la casa no está vigilada...

Griscom movió afirmativamente la cabeza.

-Pero, después de todo-la voz de Wilberton tomó un tono extraño-, es posible que haya llegado usted demasiado lejos. Eso se verá dentro de muy pocos días. Si no tiene usted noticias pronto. ¡Me temo que ya no las tendrá usted nunca!

Escudriñó el semblante de Griscom Este tenía las manos posadas en la orilla de la mesa. Estaba lastimosamente débil. Wilberton parecía aprensivo.

Griscom podría sufrir un colapso de un momento a otro.

Fue, precisamente por la atención que miraba, que Stanley Wilberton no vió abrirse la puerta. Cuando miró en aquella dirección, quedó sobresaltado al ver a un hombre alto de pie allí.

El recién llegado resultaba una figura asombrosa. Parecía una masa de difusa obscuridad que se alzara ante la puerta. Una larga capa negra colgaba de sus hombros Llevaba un sombrero con las alas bajas. No se veía ni asomo de sus facciones.

Wilberton se le quedé mirando.

-¿Quién es usted?-exigió-. ¿A qué ha venido aquí?

-Traigo un mensaje-dijo el hombre de negro-. ¡Un mensaje para Howard Griscom¡

Cuando oyó su nombre, Griscom alzó la cabeza. El tono sepulcral de la voz le sobresaltó.

-Yo soy Howard Griscom-dijo automáticamente.

-Su hija está sana y salva-dijo el desconocido-. A estas horas se encuentra en su casa.

Una exclamación de alivio escapó de su garganta.

Wilberton miraba al hombre de negro como si dudara de su existencia real.

-¿Quién es usted?-preguntó, con voz áspera.

-Me llaman La Sombra

La respuesta aquella hizo que las facciones de Wilberton enrigecieran.

Había oído hablar de aquel misterioso hombre de la noche. Corría el rumor de que él era quien habla desencadenado la destructora guerra contra los racketeers de Nueva York.

Si aquel hombre resultaba ser La Sombra -y Wilberton no dio muestras de dudarlo ¡Las palabras que había pronunciado debían de ser verdad!

La Sombra se estaba acercando. Se paró junto a la mesa-figura ominosa y amenazadora-y miró a los dos hombres. Ambos parecían aceptar su presencia. Griscom parecía esperanzado; Wilberton expresaba intenso interés.

-Su hija-le dijo La Sombra a Griscom-, fue secuestrada por el hombre que mató a Ballantyme. Dicho hombre se llamaba Durgan "el Matador". Murió esta noche.. de repente. Su hija ha sido conducida a lugar seguro.

"Durgan, "el Matador" (La Sombra parecía estar dirigiendo ahora la palabra a Wilberton) era un notorio racketeer que se las arreglaba para cubrir bien sus pasos.

"Desapareció la noche en que se destrozó para siempre el racket de los muelles. Se ocultó en la casa de un super-racketteer, cuyas órdenes obedecía Durgan.

Howard Griscom miró a La Sombra, maravillado. Lamont Cranston había hablado de un super-racketteer-una mente maestra cuyas manos invisibles controlaban los rackets más importantes de Nueva York.

-Cuando llegaban mensajeros de dicho rey de los rackets o jefe supremo-prosiguió la Sombra-, se recogían sus órdenes en un lugar designado de antemano y se hacían llegar a su destino. Los mensajeros hacían su trabajo y desaparecían.

'Ni ellos siquiera sabían quién era su jefe. Se les pagaba para que trabajaran y olvidaran.

"Su jefe cometió un error. Hizo uso de un coche que podía identificarse... un Halcyon Ocho de modelo especial con cierto accesorio que lo hacía fácil de reconocer.

'El coche fue descubierto y vigilado, por agentes, a mis órdenes. Procedía de una casa situada por encima de la Calle Sesenta y Nueve.. Las señas exactas no hacen el caso.

"Durgan "el Matador", se ocultaba en aquella casa. Arline Griscom se hallaba en su poder. Ahora está a salvo. Pero, después de haberse marchado ella, cierto hombre, yo mismo, volvió a entrar en la casa.

"Sobre el cadáver de Durgan, "el Matador", fue descubierto... ¡esto¡

Una mano, enguantada de negro, se alzó. Dejó caer unas hojas de papel blanco sobre la mesa. En ellos había escritos unos mensajes, a máquina.

Otra hoja de papel cayó sobre la mesa. Era una carta que llevaba las señas del despacho particular de Stanley Wilberton.

-Descubrirá usted-dijo La Sombra-, que esas escrituras son iguales. Un examen detenido revela que fueron escritas todas con la misma máquina: la que hay fuera de este despacho... ¡la que usa su secretario particular Crowley¡

Howard Griscom parecía como aturdido. Empezó a recordar ciertas observaciones enigmáticas hechas por Lamont Cranston. Miró a Stanley Wilberton. El financiero contemplaba a La Sombra con ojos duros y fríos.

-Desde la noche en que estuvo usted en casa de Griscom, comprendí, perfectamente sus propósitos. Prestaría usted el dinero para que se llevara a cabo la fusión de teatros... ¡si se acordaba estabilizar el negocio cediendo a las exigencias de los raeketeersl

"Hubiera sido un negocio fantástico, Wilberton. Usted y su socio Crowley hubieran cobrado por medio de racket y además hubieran percibido los intereses del capital.

Howard Griscom empezaba a comprender la verdad. Volvió a recobrar sus antiguas energías. Miró, acusador a Stanley Wilberton.

-Conque... ¡usted es el responsable!-exclamó-. ¡Usted es la causa de la muerte de Ballantyme! Ahora comprendo cómo ha conseguido sus fabulosas riquezas... usted, el criminal más grande de todos...

No pudo decir más. Reventaba de indignación. La Sombra guardó silencio, haciendo de figura acusadora en aquella dramática escena.

Stanley Wilberton se echó a reír y una leve sonrisa, maligna se dibujó en sus labios.

-¡Tiene usted razón! -exclamó, con voz sibilante-. Crowley y yo nos hallábamos en el fondo de todo. Pero... sólo dos hombree conocen la verdad y ¡no vivirán para contarlo¡

Hizo una pausa; luego agregó, con aspereza:

-¿Eh, Crowley?

Se abrieron las cortinas de un lado del cuarto y apareció Crowley, supuesto secretario pero, en realidad socio de Stanley Wilberton.

Tenia una pistola en la mano. Apuntaba con ella a La Sombra y a Howard Griscom.

La Sombra no se movió. Le parecía increíble a Griscom que no hubiese acudido preparado para semejante eventualidad ¿Sería posible que el hombre de negro, tuviese algún plan para frustrar los designios de Wilberton y Crowley?

Haciendo una leve reverencia, Wilberton se levantó de su asiento, se dirigió, deliberadamente a la puerta con una sonrisa en los labios.

-Vuélvanse hacia aquí-ordenó.

Griscom y La Sombra obedecieron. La amenaza de la pistola de Crowley no admitía réplica.

-Las armas de fuego-comentó Wilberton-, son ruidosas y molestas.

Crowley le seguía hasta la puerta y se colocó allí, sin dejar de apuntar a los otros dos.

-Tengo un medio mucho mejor--dijo Wilberton, burlón-, ¡un medio mucho mejor para deshacerme de ustedes!

Sacó un cordón de detrás de un cuadro.

"Cuando tire de este cordón-afirmó-, entrará un gas en este cuarto. No será desagradable. Morirán ustedes dulcemente... sin sentir nada... más que arrepentimiento por su locura.

"Cuando tire yo del cordón, Crowley abrirá la puerta. Yo saldré. Él me seguirá. Y por cierto, su pistola será la última en salir. Crowley tiene una puntería excelente.

"Hasta que la puerta quede cerrada del todo, no se verán ustedes libres de la amenaza de su pistola. Permítaseme agregar que, una vez se haya tirado del cordón, nada puede contener el escape de gas. ¡Eso ha quedado arreglado así ya!

Wilberton miró a Crowley. El hombre hizo una señal afirmativa con la cabeza. Wilberton tiró del cordón, se oyó un ruido sibilante en el cuarto, parecido al que produce un escape de gas. Cesó enseguida. El gas empezaba a salir con facilidad.

Crowley exhaló un grito al posar la mano en el pomo de la puerta. Se tambaleó al recibir una fuerte descarga eléctrica. Cayó de bruces, escapándosele la pistola de entre los dedos.

Antes de que Wilberton pudiera adueñarse del arma, las manos de La Sombra se extendieron. En cada una de ellas había una pistola.

Crowley se había alzado sobre las rodillas. Tenía las manos alzadas sobre la cabeza. Wilberton alzó las manos también.

-Venga-le dijo La Sombra a Griscom.

El hombre de negro se acercó a la puerta. Su mano enguantada hizo girar el pomo. Aquella vez no hubo sacudida alguna. La puerta se abrió.

Howard Griscom salió. La Sombra permaneció en el cuarto, apuntando a los dos hombres. Sonrió levemente. Luego él también salió. La puerta se cerró tras él.

Una vez en el pasillo quitó un alambre que había sujeto al picaporte por el lado exterior de la puerta y desconectó el otro extremo de un enchufe que había en el suelo.

Luego la mano de la Sombra se introdujo debajo de su capa. Cuando volvió a sacarla, un fogonazo brilló en la obscuridad. Con una bala la cerradura de la puerta había quedado encallada.

Aun teniendo llave ni Wilberton ni Crowley, podrían sustraerse a la suerte que tan merecida se tenían.

Pero, al sonar aquel disparo, vino un ataque inesperado. Se abrió la puerta de un cuarto próximo. La Sombra se siluetó contra la luz-una figura alta, negra.

Había cuatro gangsters allí - ¡la escolta particular de Wilberton integrada por asesinos!

Tardaron un instante en darse cuenta de la presencia del hombre vestido de negro. Wilberton conservaba aquella escolta para caso de apuro. Habían acudido al ruido del disparo; pero no habian tenido la menor noticia de La Sombra. En aquel instante de vacilación, La Sombra obró.

Acurrucado contra la pared, Griscom contempló la escena con asombro. En lugar de disparar la pistola, ¡La Sombra se abalanzó contra los pistoleros!

Luego se oyeron disparos. Fueron hechos por los gángsters; pero ni un solo proyectil dio en el blanco.

Las manos que asían las pistolas, fueron empujadas hacia arriba. Un gangster fue tirado de cabeza contra la pared. Otro se tambaleó al recibir un puñetazo y acabó cayendo al suelo. Un hombre asió a La Sombra. Juntos rodaron por el suelo.

El último pistolero aguardaba, con ansiedad, para disparar el tiro de gracia sin darle a su compañero Pero, en el preciso momento en que oprimía el gatillo, partió un disparo del suelo.

¡La pistola de La Sombra había hablado, con su puntería perfecta! El ansioso gangster se desplomó. Griscom vio cómo se alzaba un brazo negro. La culata de la pistola de La Sombra descargó un golpe sobre la cabeza del hombre que luchaba con él.

El último de los gángsters yacía inmóvil. EL hombre de negro se puso en pie. Avanzó, rápidamente, por el pasillo, haciendo una seña a Griscom.

Salieron por una puerta excusada.

Fuera, les aguardaba un coche. Al ponerse éste en marcha, unos policías pasaron por su lado en motocicleta. Acudían a la escena del tiroteo.

Griscom miró por la ventanilla del coche cuando pasaron. ¿Qué encontraría la policía? ¡Gángsters, impedidos o muertos, los cadáveres de dos hombres malignos en un cuarto lleno de gas!

El coche se habla detenido para dejar paso a un camión de la brigada móvil...Griscom contempló el vehículo; Luego se volvió para hablar con La Sombra. No recibió respuesta. Encendió la luz del interior.

¡Se hallaba sólo en el asiento de atrás del automóvil! Silenciosa y misteriosamente, La Sombra había abandonado el vehículo. ¡El hombre de negro se había desvanecido en la noche!

## *CAPÍTULO XXII*
## *EL FIN DE LOS RACKETS*

Cliff Marsland estaba leyendo el último ejemplar del Sphere de Nueva York. El número aquél era de hacia una semana. Arline Griscom sonrió al verle devorar las noticias.

Se hallaban pasando la luna de miel en Francia. Howard Griscom había propuesto el viaje.

Arline le contó a su padre la verdad acerca de su hermano. La había aguantado bastante bien, porque la terminación de sus recientes preocupaciones le había hecho capaz de soportar un golpe así.

La policía de Nueva York estaba investigando la extraña muerte de Stanley Wilberton y de su secretario Crowley. Se había averiguado que el financiero y su secretario, estaban relacionados con el negocio de los rackets.

Se creía que habían sido condenados a muerte por los gángsters que, más tarde, se pelearon en el pasillo

Los cadáveres de Durgan, Madge y Shires, fueron hallados en una casa de la parte alta de la ciudad. ¡Otra matanza entre gángsters rivales! ¡Otra lucha que nunca lograría ponerse en claro!

Con la muerte de Stanley Wilberton, se había impedido que llegase a funcionar el racket más grande de todos.

Arline soltó una exclamación de alegría al leer uno de los titulares por encima del hombro de Cliff. Lo señaló.

¡La gran fusión teatral se había acordado por fin! El capital necesario se había obtenido mediante los esfuerzos de Lamont Cranston. A éste no se le había hecho entrevista alguna. EL periódico aseguraba que había salido de Nueva York para hacer un viaje por el extranjero. Cliff sonrió. Tras los titulares, le era posible leer datos que no figuraban en letras de molde.

El sabia-aun cuando el Sphere no lo supiese-cómo se había acabado con los rackets. Sin embargo, no lo sabia todo.

Una cosa se preguntaba Cliff: ¿se movería la misteriosa figura vestida de negro en la noche a medio mundo de distancia? ¿Una figura que tal vez, iniciaba de nuevo la lucha contra los criminales?

Porque sólo aquel hombre era capaz de hallar el rastro de fuerzas poderosas y siniestras que pudieran estar trabajando en aquellos momentos Y el hombre en cuestión, era... ¡La Sombra!

***FIN***